
MUNDO
HISPANICO
NUMERO 123
15 pesetas

Diviértase meditando, disfrute sonriendo; pero tenga ante sus ojos la obra más audaz de Charles Chaplin



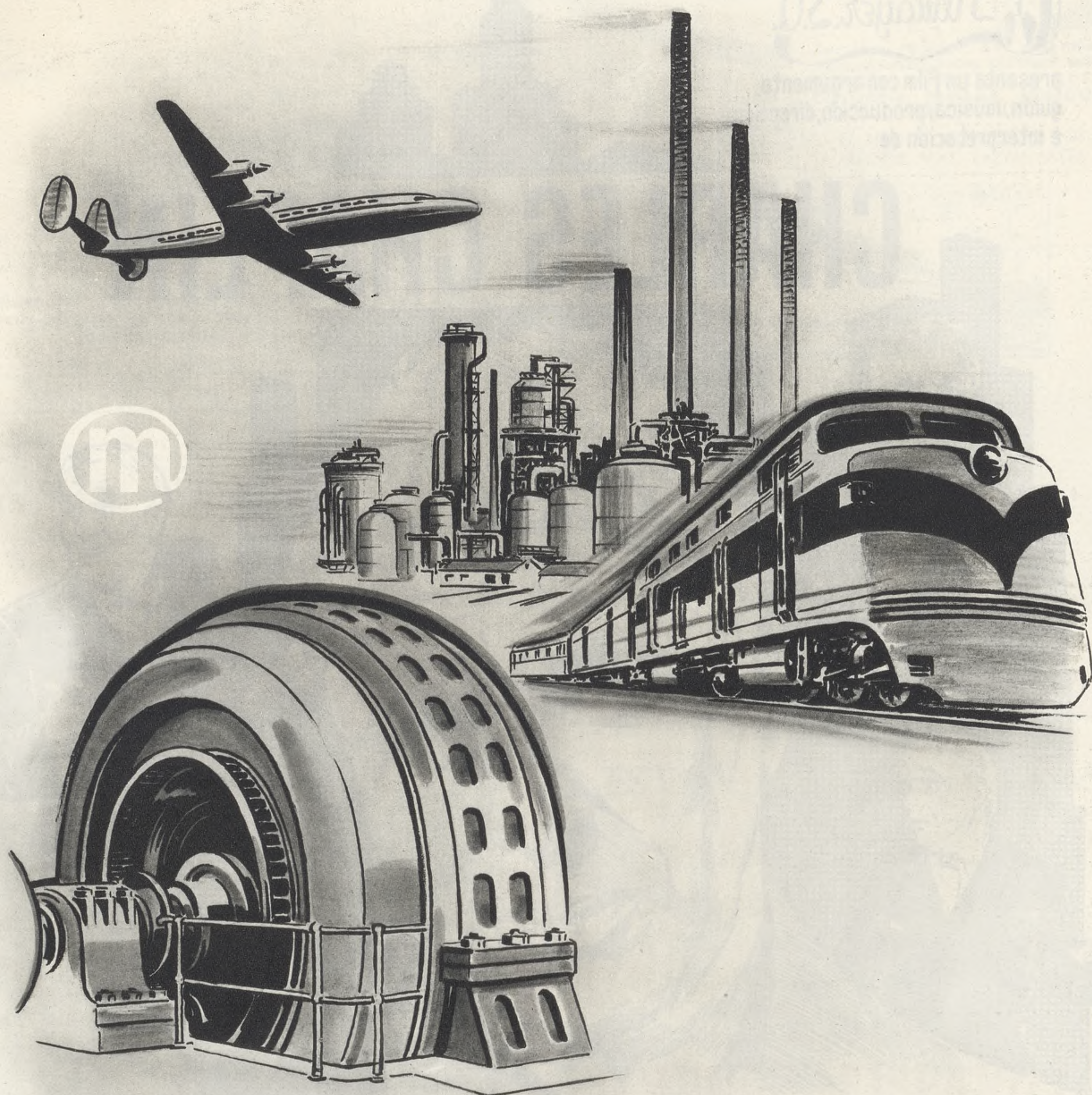
presenta un film con argumento, guión, música, producción, dirección e interpretación de

CHARLES CHAPLIN

R.

Un Rey en Nueva York

con **DAWN ADDAMS**



Toda la industria usa CARBONES ELECTRICOS GELTER

Fábrica:
MADRID
Antracita, 10 al 16

C. Móstoles s.a.
GELTER MARCAS REGISTRADAS

Fábrica:
BARCELONA
Esplugas del Llobregat

MUNDO HISPÁNICO

Director: JOAQUIN CAMPILLO
Director adjunto: MANUEL SUAREZ-CASO
Redactor-jefe: JOSE GARCIA NIETO

NUMERO 123 ☆ JUNIO 1958 ☆ AÑO XI ☆ 15 PESETAS

Depósito legal M. 1034-1958.

SUMARIO

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION
Avenida de los Reyes Católicos
Ciudad Universitaria - Madrid

Teléfonos:
Redacción 57 32 10
Administración 57 03 12
Administración y Redacción. 24 91 23

Dirección postal para todos los servicios:
Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA
Ediciones Iberoamericanas (E.I.S.A.).
Pizarro, 17 - Madrid

IMPRESORES
Tipografía y encuadernación: Editorial Magisterio Español, S. A. (Madrid). — Huecograbado y Offset: Heraclio Fournier, S. A. (Vitoria).

PRECIOS
Ejemplar: 15 pesetas. — Suscripción semestral: 85 pesetas.—Suscripción anual: 160 pesetas (5 dólares).—Suscripción por dos años: 270 pesetas (8,50 dólares).

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1958. NUMBER 123, ROIG, NEW YORK «MUNDO HISPANICO». SPANISH BOOKS, 576, 6th Ave. N. Y. C.

NUESTRA PORTADA



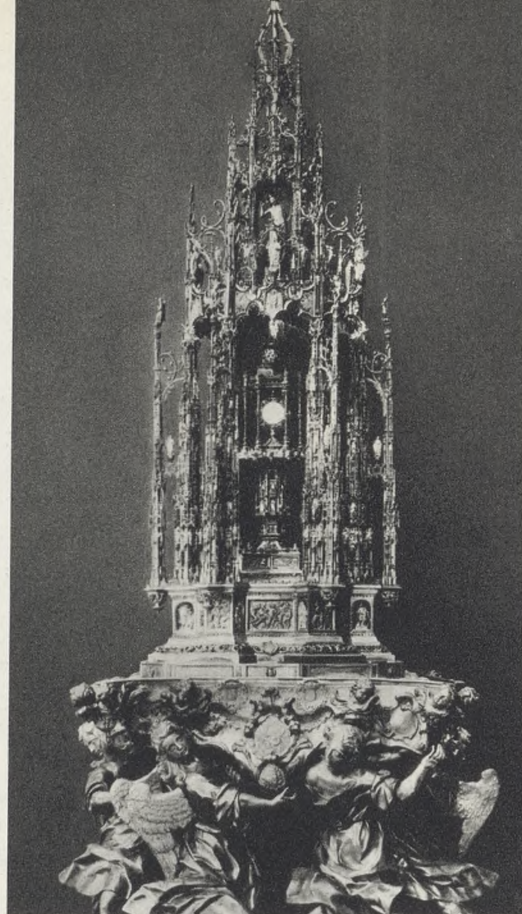
La artesanía hispanoamericana, como la española, surge muchas veces como una llamarada urbana a la puerta de los establecimientos donde se exhibe y se vende. Esta bella muchacha ha sido sorprendida adquiriendo su «oportunidad» a la entrada de una típica tienda de cerámica colombiana.



Corpus en Toledo

La letra popular lo dice: «Tres jueves hay en el año que relucen más que el sol: Jueves Santo, Corpus Christi y el día de la Ascensión», y Toledo, de una manera esencial y





La custodia, en la solemne procesión del Corpus, pasa bajo el arco que une la catedral con el palacio arzobispal.

La joya de Enrique de Arfe, tal como se puede admirar en el tesoro de la catedral, sobre el pedestal que la sostiene.

CORPUS EN TOLEDO

única, subraya el esplendor de uno de esos tres jueves con particular devoción y con magnificencia ya tradicional. El día del Corpus es para Toledo una fecha clave de su catolicidad. Toda la ciudad cobra un aliento singular y espera ese momento litúrgico de la magna procesión, en la que la maravilla de la custodia de Enrique de Arfe recorre las calles estrechas y típicas, bajo los toldos que defienden al cortejo del riguroso sol, entre los riquísimos tapices y las flores de los devotos.

Alguien ha llamado a la famosa custodia «la joya más ostentosa de la Cristiandad», y no se ha equivocado quien lo dijo. En otras ocasiones se ha ocupado nuestra revista de reproducir este prodigio de la orfebrería gótica. Durante la dominación marxista, la custodia fué despojada de muchas de las piedras preciosas que la adornaban. Del viril fueron arrancadas perlas y piedras de incalculable valor, que no han podido recuperarse, y fué despiezada toda ella para su traslado. El artífice toledano Julio Pascual ha sido el encargado de la dificilísima y delicada tarea de reconstrucción.

La parte interior o principal de la custodia es la llamada de Isabel la Católica, y está hecha, según tradición, con el primer oro que se trajo de América. Toda la parte exterior es de plata sobredorada. Dejando aparte el valor material de la obra, su mérito artístico es imponderable. No existe obra de orfebrería donde se hayan estudiado con más cuidada precaución los espacios y los volúmenes y se haya hecho compatible la riqueza con la austeridad, porque la custodia de Arfe es una verdadera oración materializada, que cuando brilla por las calles toledanas, una vez cada año, justifica la expectación de las gentes que acuden este día a la Ciudad Imperial para verla procesionalmente por las calles, fuera del tesoro de la catedral, donde se la puede admirar cualquier día.

Este es el centro y la razón principal del solemne día del Corpus en Toledo. Gigantones y gigantillos—como allí se llaman las máscaras anunciadoras—, fiestas profanas que completan el ocio del día, iluminaciones en la noche—entre las que destaca la catedral primada, que cobra un sorprendente y mágico encanto—, llenan, añadiéndole gracias, el día del Corpus en Toledo, que, sobre todas las costumbres, tiene esta de su oración renovada discurriendo por el corazón de la ciudad con el Cuerpo del Señor en el mejor de los tronos construídos por los hombres.

Detalle de la custodia, donde se puede admirar toda la gracia y profusión de las figuras que adornan el trazado.

La torre de la catedral, iluminada en la noche del Corpus, vista desde un balcón de la fachada del Ayuntamiento.



Aventura del Canal

Por EDUARDO TODA OLIVA

PANAMÁ, clave de océanos y singladuras, es sinuosa y colorista. Las calles, bien asfaltadas, suben, bajan, caracolean, ofreciendo cambiantes perspectivas. Predomina la arquitectura moderna: edificaciones sobre pilares, rimeros de ventanas, cuerpos en ángulos obtusos para enfocar la orientación mejor, como el notable Palacio Legislativo. Recorremos barrios residenciales llenos de atractivo, de casas de una planta rodeadas de galerías abiertas a jardines prolíficos como fuegos de artificio. El centro de la urbe está atestado de comercios y de ir y venir de gentes atareadas, en competencia de mercancías y estridencias. Casas, tiendas, edificios públicos de color fresa, verde botella, rosa, terracota. Hombres y mujeres—entrevero de razas, idiomas, gamas—luciendo camisas de colorines, pantalones de colorines, faldas de colorines, contrastados por los blancos sombreros. Riadas de automóviles último modelo, terracota, rosa, verde botella, fresa. Despliegue abigarrado de la paleta negra tropical. Y por doquier, deslumbradora, la blanquísima belleza de la mujer panameña, como una sonrisa abierta de donaire y hospitalidad.

Panamá es famosa por sus tiendas, entre las que destacan las de los hindúes. A quienes estamos acostumbrados al sistema europeo de «precio fijo» nos resultan un rompecabezas. Por lo que ofrecen y por lo que piden. Objetos de marfil, de maderas orientales, de jade. Sedas indias, alfombras persas, surtidos de nylon, de refrigeradores «made in U.S.A.», pijamas chinos recamados de dragones y oros...

Panamá es alegre, naturalmente cosmopolita. Tiene hermosos clubs, bellas playas, atrayentes cabarets, en cuyos ambientes se entremezcla la rítmica sensualidad vital de los indígenas con la flema turística y la aventurera intemperancia de marinos de todos los puertos y mares. Y tiene, entre otros, un hotel—el Panamá—de antología hollywoodense, en el que no sabemos qué admira más: si su edificio ultramoderno, su maravilloso patio-restaurante con palmeras y plantas y flores exóticas, que de día sombrean y de noche asombran; si su kilométrico *buffet*, servido por negros realzados a fuerza de gorros blancos, o la anchura de sus dependencias, salones, tiendas, jardines; la profundidad de su piscina, la altitud de sus precios...

Junto a estos aspectos, Panamá ofrece otro inolvidable: el equilibrio de sus monumentos. Visitándolos ritualmente, vimos uno a Cristóbal Colón, descubridor de América; otro a Núñez de Balboa, descubridor del Pacífico, y un tercero a Fernando de Lesseps, el hombre genial que, utilizando la genialidad de aquéllos, concibió partir a América en dos para unir el Atlántico de Colón y el Pacífico de Balboa en una sola vía fraterna para el mundo todo. La visita al monumento a Lesseps, rodeado de bloques que recuerdan a los 22.000 muertos que costó la primera gesta del Canal, es una adecuada preparación para quien va a cruzarlo.

La obra de la naturaleza y la obra del hombre

El barco lo emboca de mañanita, pues se tardan ocho horas en recorrer los 81 kilómetros y medio de su extensión. Y al entrar en las primeras esclusas, se advierte ya la competencia a muerte entre la naturaleza y el hombre.

El paisaje, ya sea en las zonas anchas, que llegan a los 305 metros en el lago de Gatún; ya sea en las más angostas del paso de Culebra, es abrumador por lo salvaje y lo bello. Lomas redondas e islotes amazacotados de palmeras, de matas, de lianas, que, al reflejarse en las aguas, duplican su exuberancia vegetal. A trechos, tierra roja, labrada por tractores. Al socaire de los ribazos, caimanes que dormitan. Nubes flotantes como velas, que de repente se espesan y descargan aguaceros oblicuos, atizados por un viento súbito que se vuelve brisa en cuanto el nubarrón se desvanece en el cielo.

Y la obra del hombre. Almacenes, instalaciones hidroeléctricas, salas de máquinas; residencias de jefes e ingenieros; poblados lacustres, sobre pilastras, con aleros saledizos; carreteras magníficas, dársenas con yates, jardines. Y, sobre todo, el Canal.

El sistema de esclusas es sobradamente conocido, pero fascina verlo funcionar con tanta exactitud y perfección. Desde las flechas que indican el oportuno canal a tomar, hasta la rapidez con que accionan las compuertas, con sus pasarelas automáticas y puentes giratorios; desde la sabia electrificación de los caminos de sirga, por los que trafican máquinas sobre cremallera que arrastran o frenan los barcos, hasta los complejos mecanismos que mueven las enormes masas de agua necesarias para el paso de cada nave; desde la extraordinaria labor de acoplamiento técnico y administrativo del engranaje constante de los trabajos, hasta el detalle de los equipos—monos grises, casco metálico, botas y guantes protectores, herramientas apropiadas—con que van provistas las legiones, en su mayoría de obreros panameños, que mantienen



viva y operante la gigantesca obra; todo admira, asombra y revela una inteligente tarea de planeo y una gran capacidad realizadora.

El paso del Canal es una aventura aleccionadora. Desde la comodidad del barco, con aire acondicionado y con un whisky refrescante al alcance de la mano, vemos desarrollarse ante nuestros ojos uno de los grandes combates que jalonan la historia de la civilización: la lucha entre la inteligencia humana y la naturaleza salvaje; entre la imaginación creadora y la inercia hostil de los medios materiales; entre la vocación de servir a la humanidad y las dificultades humanísimas que siempre se oponen y mezquinan toda grande empresa.

Y al verificar ese triunfo del hombre sobre la naturaleza, después que ésta triunfó sobre él arrebatándole 22.000 vidas, la memoria se estremece y evoca los paladines del proyecto; admira la inspiración y decisión del francés Fernando de Lesseps; la aportación europea, roturadora y quimérica; los esfuerzos técnicos y el impulso financiero americanos que le dieron término. Maravilla la labor de cálculo y de estructuración previa a los trabajos; las luchas por obtener fondos, vencer resistencias interesadas; el desespero ante la impotencia por encontrar la causa maléfica de tantas muertes enfebrecidas y anónimas; la gloria del médico que la descubrió en el mosquito del paludismo. El hombre asombra con su capacidad de empresa en esta obra magnífica, ya soñada y entrevista por la mente de algún descubridor español, e inaugurada el 15 de agosto de 1914.

Al atravesar el lago de Gatún aumenta nuestra sorpresa. Navegamos por un lago artificial, forzado al río Chagres, a un nivel distinto del de ambos océanos.

Adiós al Canal

Tras las esclusas de Gatún, que con las de Miraflores y de Pedro Miguel completan los tres tramos que existen, va saliendo la nave hacia la bahía Limón. El Atlántico nos saluda con la movida alegría verde del Caribe. Los peces voladores irradian arco iris de la proa. A ambos lados del barco, aunque parezca paradoja, Cristóbal Colón. Curiosa ciudad partida por gala en dos: una, Cristóbal, en la zona norteamericana; la otra, Colón, en Panamá; como si Norte y Suramérica quisieran repartirse la gloria y la memoria del Descubridor. ¡Memoria que, toponímicamente al menos, es harto menguada en ese continente! Sólo una nación lo recuerda: Colombia. Apenas unas ciudades: Columbia, Cristóbal Colón... Y a ésta los norteamericanos quisieron sustituirle el nombre por el de Aspinwall, uno de los fundadores de la compañía del canal. Por fortuna, sigue llamándose Cristóbal Colón, fundador de un Nuevo Mundo.

Sobrevolar el Polo Norte, cruzar los Andes a pie, pasar en barco el canal de Panamá, son tres auténticas aventuras. En la primera triunfa el hombre sobre la naturaleza; en la segunda, la naturaleza asombra y vence al hombre; en la tercera, hombre y naturaleza asombran y triunfan frente a frente. Aquí, desde que el buque bordea el archipiélago de las Perlas, en el gran golfo de Panamá, emociona la aventura del Canal. Corren a cubierta los pasajeros, anticipando con los prismáticos su deseo. Testimonio de esta aventura son las fotografías que ofrecemos en estas páginas, logradas por el autor del artículo, Eduardo Toda Oliva.







Experiencia de sombra y música

(HOMENAJE A HAENDEL)

No era la música divina
de las esferas. Era otra
humana: de aire y agua y fuego.
Era una música sin hora
y sin memoria. Carne y sangre
sin final ni principio. Bóveda
de alondras nocturnas. Panal
de llama en las cumbres remotas.

Perfectamente lo recuerdo.
Luminoso, por gracia y obra
del misterio. Transfigurado
de eternidad y fiebre y sombra.
Era una música imposible
como un ser vivo. Prodigiosa
como un presente, eternizado
en su cenit. Oí sus ondas
candentes. Rocé con mis dedos
la palpitación de su forma.

Aquí principia el tiempo. Urna
de luna, cárcel del aroma.
Es ya todo celestemente
material. Suenan venas-violas,
trompas—nostalgias, corazones—,
claveles-oboes... ¿Quién deshoja
la subterránea luz, los números
armoniosos? ¿Qué cuerdas roban
vida a lo mudo, melodía
a la carne, beso a las bocas?
Vidrio de siglos de la fuente
de donde toda mudez brota.
¿Tú también, hija mía, música;
tú también...?
Aguila, corona
errabunda, ¿tú también? Mágica,
solitaria, majestuosa,
arriba, inmóvil, ¿reinas, riges
la noche?... Y bajas a la roca
donde la carne prometea
sufre sus viejas sedes nómadas.
Y hundes el pico en sus entrañas,
la atormentas hasta que implora.
De tierra y aire, y agua y fuego,
y carne y sangre... Prodigiosa
como un presente eternamente
presente. Bebes gota a gota
las estrellas sonoras; sorbo
a sorbo, todo el dolor, toda
la vida, todo lo soñado:
el universo. Ya no importa
morir, hacernos eco tuyo.

La muerte rompe con su proa
la tristeza; tú eres su estela:
pulverizada luz. Ahondas
en el alma: la haces más alma;
en la carne helada: la tornas
primaveral, la vistes de alma,
encadenándola a tu órbita.

No era la música celeste
de las esferas. Era cosa
de nuestro mundo. Era la muerte
en movimiento. Era la sombra
de la muerte. Paralizaba
la vida al borde de la aurora.

Y, de pronto, se oye el silencio.

Todo recobra su luz propia.
La carne—oía nuestra carne—
vuelve a ser piedra, cárcel, fosa.
Hundí mis manos de diamante
entre las pálidas corolas.
Alcé las crestas de las aguas
hasta el reino de las gaviotas.
Manos que habían recorrido
muchos kilómetros de olas.
Que habían sido, un solo instante,
boca ardiendo contra otra boca.
Que habían sido vida, y eran
nube y ceniza en la memoria.

Jirón fatal de la belleza,
sólo queda llorar a solas.
Pero ya sin lágrimas, ya
sin palabras, las misteriosas
que dicen aquello que ocultan,
callan aquello que pregonan.
Sin transparencia si se miran.
De granito cuando se tocan.

Jirón fatal de la belleza,
imposible cuando se nombra.
Sobre la escarcha de la música
pétalo a pétalo se agosta.
Arcos de plumas la arrebatan...

Y la noche, de nuevo, cobra
su realidad de ruinas pálidas
bajo la luz de las antorchas.

JOSÉ HIERRO

(Del libro «Cuanto sé de mí», Premio de la Crítica.)



De luna a luna

Homenaje a Alfonso Reyes en Madrid

● La lectura escenificada del interesante y sugestivo poema dramático, de don Alfonso Reyes, titulado «Ifigenia cruel», efectuada por el Teatro de Cámara Escena en el teatro del Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid, ha proporcionado la oportunidad para tributar al ilustre escritor mexicano un merecido y cordial homenaje en la capital de España. Antes de iniciarse la representación, el poeta don José María Souvirón resaltó, con palabras sinceramente expresivas, tanto los méritos literarios como las virtudes humanas que concurren en don Alfonso Reyes, trazando una cálida evocación de esta gran figura del país hermano.

● El noble empaque literario del texto de «Ifigenia cruel» y el sobrio y trágico patetismo de su acción obtuvieron del grupo Escena una interpretación singularmente afortunada, correspondiendo buena parte del éxito a la excelente labor de dirección, realizada por Aitor de Goiricelaya, que no sólo acertó en las directrices dadas a los actores, sino también en los aspectos técnicos del montaje (lu-

CARTA ABIERTA A UN EMBAJADOR

Actualidad de una ruta histórica

Por FRANCISCO CASARES

Todos los españoles saben y agradecen, señor embajador, la devoción, muy sincera, que profesa usted a nuestra Patria. La amistad que une a los dos pueblos no ha podido hallar mejor mantenedor. Su frecuente visita a las ciudades y las tierras hispánicas, su simpatía personal, su sentido de la cordialidad, le han conferido la singular prerrogativa de conquistar—y merecer—una popularidad auténtica, que desborda los linderos, precisos y protocolarios, de la diplomacia. El pueblo español, señor embajador en Madrid de los Estados Unidos, es agradecido. Le gusta que le amen y le comprendan. Y sabe corresponder. Lo habrá usted podido apreciar en sus viajes, en la presencia con que frecuentemente honra a lugares y gentes de este viejo solar, que tan férvidamente admira a su noble nación, nuestra amiga leal.

Usted, ilustre embajador, ha dedicado más de una vez su atención a nuestros afanes y nuestros problemas. Y a ese concepto inmortal, vínculo indestructible a través de la Historia, que es la Hispanidad. Ello me impulsa al atrevimiento de sugerirle que, cuando le sea factible, incluya entre sus itinerarios, entre sus andanzas amicales, la ruta extremeña, que tiene mucho que ver. «La Ruta de los Conquistadores» se nombra ahora con acierto de recuerdo y de síntesis a la que, en la provincia de Cáceres, forma un triángulo, impregnado de esencias de nuestra raza, en donde se forjaron aquellos hombres gigantescos que salieron a conquistar y descubrir, que alumbraron nuevos pueblos. Se trata de Trujillo, Cáceres y Plasencia. Por allí anduvo Carlos V, que eligió, para morir, Yuste, muy cerca. Y también, próxima, está Guadalupe, que da nombre a la advocación de la Virgen venerada en tierras de América. Esa ruta es de las más interesantes de España. Lástima que no se conozca mejor, con su significado y su belleza.

Extremadura, dotada para el turismo

Estamos en tiempos en que el turismo es un ejercicio fundamental. Lo practican los hombres de todo el mundo. Es la satisfacción de una inquietud, de unos anhelos que antes se entumecían por las dificultades materiales. Hoy es distinto. Extremadura—y en ella, muy especialmente, la región cacereña—está dotada y preparada para el turismo. Faltaban, como en tantas partes y zonas, dos elementos sustanciales, la hostelería y los buenos caminos. En cuanto a lo primero, se ha logrado un avance considerable. En Trujillo se está construyendo un espléndido hostal. Se llamará «del Conquistador». En el itinerario Madrid-Lisboa, a doscientos cincuenta kilómetros, en un altozano, que viene a ser como un pedestal o basamento, como si se tratase de una simbólica, monumental exaltación, se alza la moderna fábrica de esa hospedería, mitad de camino, que puede ser plácido, elegante prólogo de la excursión extremeña. El espíritu emprendedor, con exacta noción de lo que son las exigencias del turismo actual, de don José Acha, en quien ejerce más influencia la idea de servicio y prestación que los propósitos de personal rendimiento, aunque sean legítimos, ha concebido esa magnífica instalación. También en Cáceres, la misma mano y la misma mente acertaron a crear otro establecimiento, de modernísima traza, digno de parangonarse con los mejores de España y de Europa: el hotel Extremadura. Hay otra instalación, muy decorosa, en Plasencia. Trujillo, Cáceres y Plasencia tienen y mantienen vestigios del mayor interés. Castillos, templos, tesoros de arte, testimonios de las glorias, de las figuras cimeras. Detenerse en cualquiera de esas ciudades, adentrarse en sus barrios típicos, deambular por sus calles y pararse ante

en la Universidad de Puerto Rico tres conferencias, en las que puso de relieve el impulso de la Arqueología en España y la primacía de este país en lo que se refiere a las cuevas pintadas del arte paleolítico. El ilustre conferenciante fué presentado por su antiguo alumno y hoy decano de la Facultad de Humanidades doctor Sebastián González García.

● El cónsul general de España, don Ernesto La Orden, que fué director de nuestra Revista, ofreció una recepción en honor del doctor Pericot, a la que asistieron importantes personalidades de la vida política y académica.

Exposición Lara en Madrid

● En los salones del Museo de Arte Contemporáneo, de Madrid, se ha celebrado una gran exposición con las obras del joven pintor, recientemente fallecido, Carlos Pascual de Lara. En la misma exposición se han dedicado varias salas a exhibir la colección de obras que los pintores españoles han ofrecido como homenaje al compañero fallecido. Los beneficios que se obtengan de la venta de estos cuadros, esculturas, cerámicas, etcétera, serán ofrecidos a la viuda e hijo del pintor Lara.

● Figuran en la exposición parte de los grandes lienzos que Carlos Pascual de Lara estaba realizando para la decoración del techo del teatro Real, de Madrid.

● Ha sido destacada para figurar en la portada del catálogo una «Cabeza de Jesús», debida al pincel del malogrado y excelente pintor Carlos Pascual de Lara, recientemente fallecido. El arzobispo de Zaragoza ha dicho de esta Exposición: «Si el arte sacro es hoy capaz de continuar presentando con decoro y reverencia los temas religiosos; si puede seguir enseñando a los hombres la verdad revelada, y si se siente con aliento para suscitar un acto de fe, un golpe de arrepentimiento, un movimiento de esperanza o un himno de alabanza, bien venido sea.»

«El hospital de los locos», en Buenos Aires

● En el atrio de la basílica del Sagrado Corazón, con ocasión de cumplirse el L aniversario de la consagración de este templo, se ha representado el auto sacramental, del clásico español José Valdivieso, «El hospital de los locos». El acto, al que asistió numerosísimo público, fué

minotecnia, superación de las dificultades provenientes del estatismo obligado en toda lectura, gran sentido plástico, etc.). Tras él merece especial mención la joven actriz Carmina Santos, que supo dar al personaje central del poema la complejidad de matices que éste exigía, bien secundada por el resto de los intérpretes.

Los espectadores aplaudieron entusiásticamente al finalizar la representación, y sus ovaciones de admirativo homenaje a don Alfonso Reyes premiaban, a la vez que la belleza y calidad del texto, los muy adecuados montaje e interpretación que al mismo habían dado los componentes de Escena.

Una Exposición de Arte Sacro

● Se ha celebrado en Zaragoza una interesante Exposición de Arte Sacro, organizada por la Semana Nacional de la Parroquia en colaboración con la Dirección General de Información, Instituto Nacional de Colaboración, Ateneo de Madrid y Movimiento de Arte Sacro. La exhibición ha tenido lugar en los salones de tapices de la catedral de La Seo. Arquitectos, escultores, pintores, orfebres y autores de bocetos de vidrieras, mosaicos, esmaltes y paramentos litúrgicos se han congregado en esta magna exposición, dando un paso importantísimo en el difícil y apasionante camino del arte religioso. Estas son las palabras que acotamos del catálogo con que la muestra se ha convocado: «Lo que hoy se presenta es fruto de un noble deseo y expresión de la mejor voluntad de servir con docilidad a la Iglesia, a quien no quieren comprometer... Nadie pretende hacer teoría, ni menos dogmas, ni ambiciona un acierto definitivo y completo.»

Donativo de un deportista

● El conocido deportista cubano don Pedro Abreu ha hecho entrega al presidente del Club Vasconi, de Barcelona, de un donativo de 80.000 pesetas, con una carta, en la que dice: «Envío este pequeño donativo para el grupo de los Seis, a quienes se debe que subsista la pelota, que tanto queremos en Barcelona. Te ruego excuses mi tardanza en cumplir mi palabra. Agradeciéndote como socio y deportista todas tus gestiones y desvelos, y en la esperanza de encontrarnos pronto en esa nueva casa, tu amigo afectísimo, Pedro Abreu.»

Profesor español, en Puerto Rico

● El profesor de la Universidad de Barcelona don Luis Pericot ha pronunciado

---

sus piedras seculares es tanto como dialogar con las fases gloriosas que cimentaron la historia de esto, que a todos nos cautiva y nos sugestiona actualmente: la Hispanidad. Usted es, por entendimiento de misión, por gusto y por inteligencia, un paladín muy relevante del hecho y de los sentimientos. Vaya a Cáceres, quédese unas horas en Trujillo, no deje de ver Plasencia, recorra la «Ruta de los Conquistadores», y verá como es también la de los conquistados. Porque uno se queda absorto, embrujado, ante tanta grandiosidad, ante el incomparable acervo.

Cáceres, escenario de la Hispanidad

Dícenme, señor embajador, que en esta emotiva coyuntura de celebrar el IV centenario de la muerte de Carlos V, en Yuste, junto a esos otros pueblos de tan singular prestigio hispánico, la fiesta del 12 de Octubre, la que se llamó de la Raza y ahora es de la Hispanidad, tendrá como escenario Cáceres. Los que acudan en la memorable ocasión podrán ver la antigua ciudad, la que permaneció entre murallas y se arrebató al sarraceno, con su conjunción impresionante de casas señoriales, de viejas iglesias, de torres almenadas, escudos nobiliarios, impronta incomparable, indestructible.

No deje usted de ir allá, Mr. Lodge. Le esperan. Vea y recorra la «Ruta de los Conquistadores». Y dedique algún rato—mejor algunos, que la insistencia está bien justificada—a ese rincón, dédalo de callejuelas, museo de las piedras y huella de los siglos que es el Cáceres viejo, desconocido para muchos, incluso para nosotros los españoles. Le esperan, me consta. Y los hará felices su visita. Le acompañará, seguramente con Acha, que tanto ha sabido poner en la evolución turística de la antigua Norba Caesarina, un culto historiador, que conoce perfecta, magistralmente, aquellos parajes: el conde de Canilleros. Verá, entre otros palacios, el suyo de Ovando. Y el de los Golfines de abajo y el de los de arriba, en el segundo de los cuales hallábase cuando fué proclamado Jefe del Estado su amigo el Generalísimo Franco. Ese escritor, don Miguel Muñoz de San Pedro, ha descrito Cáceres y ahora está en el quehacer de componer otra gran historia: la de Extremadura. Estoy seguro de que todo lo que allí vea y le expliquen, quienes se sentirán muy satisfechos y honrados de recibirle, le agradará.

Cáceres, conjunción de casas señoriales, torres almenadas y escudos nobiliarios

●

La región extremeña en pie para celebrar el centenario de la muerte de Carlos el Emperador

El «Nido de halcones» de Cáceres

Comprobará también que si lo referente a alojamientos está francamente bien—gracias, como le digo, a iniciativas plausibles y en camino de perfeccionarse, con ese hostal de Trujillo, un verdadero acierto y un indiscutible alarde—, las carreteras no se hallan del todo en condiciones. Han mejorado algo. Es una pena que la directa de Cáceres a Badajoz—90 kilómetros—, que podría ahorrar bastante en el recorrido Madrid-Lisboa, esté mal conservada. Todo el tráfico entre las dos capitales ibéricas pasaría por Cáceres. Como le digo, un museo de piedras y de historia. De lo más interesante para el turismo. Y ahora, con magnífica hospedería. Ese hotel, con su original jardín a la altura del tercer piso—«nido de halcones», dijo García Sanchiz—, es digno de huéspedes ilustres, de personalidades de relieve, acostumbradas a viajar y andar por el mundo, como usted, señor embajador.

Extremadura, concretamente Cáceres y esos históricos lugares que forman la «Ruta de los Conquistadores», le esperan. Acepte mis más respetuosos y cordiales saludos, con la demanda de indulgencia por haberle importunado.

---

presidido por el embajador de España, excelentísimo señor don José María Alfaro.

Ley de colonización peruana

● En unas declaraciones hechas a la prensa, el ingeniero peruano Noriega Calmet, director del Departamento de Colonización y Bosques del Ministerio de Agricultura, ha manifestado que las selvas peruanas están capacitadas para albergar más de cincuenta millones de colonos en los 79 millones de hectáreas que supone su extensión territorial.

● El ingeniero limeño ha destacado los grandes beneficios que ofrecerá para el futuro de la región amazónica peruana el nuevo proyecto de ley de colonización y tierra del Oriente. El proyecto de ley será debatido y aprobado por el Congreso. El señor Noriega ha dicho: «Desde la vigencia de la ley de colonización de 1909 sólo están colonizadas 1.600.000 hectáreas, que implican un volumen demográfico de 2.000.000 de habitantes.»

● Al referirse al colono inmigrante que ha de establecerse en la región selvática peruana, manifestó que quedará exento del pago del impuesto de colonización durante los cinco primeros años de su residencia en la selva. Y que tanto el colono peruano como el extranjero podrán adquirir maquinaria agrícola sin los gravámenes ordinarios, con el fin de ofrecer el mayor número de facilidades para que tenga amplitud en los terrenos de la selva el desarrollo de la agricultura, de la ganadería y de la minería.

Sables de honor para los cadetes ecuatorianos

● El Instituto de Cultura Hispánica de Madrid ha hecho entrega de unos sables de honor a los cadetes más distinguidos de la Marina y del Ejército del Aire ecuatorianos como continuación de la entrega que ya se hizo anteriormente al Ejército de Tierra. El acto de la entrega ha tenido lugar en la base naval de Salinas, con ocasión del homenaje que las fuerzas armadas rendían al ministro de Defensa. El embajador de España, don Luis Soler, al efectuar la donación, pronunció un elocuente discurso, al cual contestó el teniente coronel Colombo Jáuregui. Seguidamente, el ministro de Defensa expresó su gratitud y la de su país a España y puso de relieve la obra civilizadora española en América, que permitió la constitución de estos potentes países, que un día pudieron declarar su madurez e independencia.

La palabra, la imagen, la letra...

Teatro

TEATRO UNIVERSITARIO

Más de una vez hemos destacado aquí las crecientes y cada día mejor encauzadas actividades de los teatros experimentales y de cámara en Madrid, y hoy importa mencionar la paralela contribución al fomento del buen arte dramático que viene realizándose en la Universidad a través de la actuación de los grupos que, bajo la denominación genérica de «Teatro Español Universitario», existen en las diversas Facultades, aprovechando la oportunidad que para ello nos brinda la reciente celebración de la Semana del Estudiante, en la que representaciones teatrales y lecturas escenificadas tuvieron importante participación.

Es indudable que de esta vigilante atención de nuestra juventud universitaria hacia el arte dramático no puede éste obtener otra cosa que grandes beneficios en un futuro próximo, tanto más cuanto que no es un mero afán de novedad y sensacionalismo el que impulsa a los estudiantes de nuestros centros superiores hacia el teatro, sino el deseo de suscitar el interés de sus compañeros por obras de auténtica calidad, pertenezcan o no a autores contemporáneos.

Así lo prueba el hecho de que en la citada Semana del Estudiante se hayan representado, junto a piezas de dramaturgos actuales—«La tercera palabra», de Alejandro Casona; «Lucha hasta el alba», de Ugo Betti; «Un amante en la ciudad», de Ezio D'Errico, etc.—, obras de Lope de Vega, Moreto, Alejandro Dumas, Tamayo y Baus y algunos otros autores de épocas pretéritas, ofreciendo en conjunto una bien cuidada antología del mejor teatro de todos los tiempos.

Si esta aproximación de la Universidad al arte teatral perdura, y nada hace suponer que así no sea, el futuro inmediato del teatro en España se presenta bajo un signo netamente positivo y esperanzador. Por ahora, no procede otra cosa que dejar constancia del hecho..., y el tiempo hará lo demás.

Cine

«AQUELLOS TIEMPOS DEL CUPLE» y «LA VIOLETERA»

Tras el éxito popular alcanzado hace un año por la película española *El último cuplé*, no eran precisas cualidades proféticas para predecir la irrupción en nuestro cine de una serie de producciones cuya acción debía necesariamente situarse en un pasado todavía próximo, que suscita en los mayores nostálgicas evocaciones de su juventud y en los jóvenes una natural curiosidad hacia el tiempo inmediatamente anterior al suyo. Y, en efecto, la jornada del Domingo de Resurrección nos ofreció los dos primeros títulos de esta serie, iniciada por *El último cuplé* con fortuna que carece de antecedentes en la historia del cine español: *Aquellos tiempos del cuplé* y *La violetera*.

La primera de ellas tiene como protagonista a Lilián de Celis—cantante a la que corresponde el mérito de ser quien trajo las gallinas del regusto por las canciones de la llamada «bella época»—, en tanto que la segunda ha confiado su personaje central a Sara Montiel, gran triunfadora en *El último cuplé*.

Ambas son películas dignas, en cuya realización no se han escatimado medios. La primera, netamente española; la segunda, de coproducción hispano-franco-italiana, si bien la cooperación de Francia e Italia se limita a la intervención de Frank Villard y Raf Vallone, respectivamente, como intérpretes. Las dos siguen fielmente las directrices marcadas por su antecesora, manteniendo aquel tono amable y desenfadado que fué su esencial característica.

La semejanza temática y de ambiente no impide, sin embargo, que se adviertan diferencias sustanciales entre una y otra. Así, en tanto *La violetera* no pretende sino rememorar con la máxima exactitud posible la época objeto de evocación, *Aquellos tiempos del cuplé* logra ser una caricatura exenta de intenciones sarcásticas, plenamente lograda, del ayer evocado, con burlescas alusiones a los tópicos de entonces. Puestos a aquilatar, acaso quepa señalar una cierta superioridad del guión de *Aquellos tiempos del cuplé*, concebido y desarrollado con manifiesta fortuna, mientras que *La violetera* ha dispuesto para su realización de un mayor despliegue de medios técnicos y económicos. Sara Montiel y Lilián de Celis han logrado sendos triunfos en su doble cometido de cantantes y actrices, y si aquélla obtiene adecuada réplica de los citados Frank Villard y Raf Vallone, junto a ésta ha de figurar la notable calidad artística de Rafael Luis Calvo y Amelia de la Torre.

JUAN EMILIO ARAGONES

El capital extranjero en COLOMBIA

LAS inversiones de capital privado extranjero en Colombia están protegidas por una legislación privilegiada estable y de garantías. La legislación está informada por la ley octava de 1952, por el decreto 0055 del mismo año y por el decreto 3211 bis de 1953. Conforme al actual estatuto, los «capitales extranjeros» se clasifican en «capitales registrables» y «capitales no registrables».

Por «capital registrable» entiende la legislación colombiana el capital extranjero que ha sido importado al país en una de las siguientes formas: a) en «efectivo» (monedas extranjeras o títulos representativos de las mismas, aceptables por el Banco de la República), y b) en «maquinaria o equipo industrial, agrícola o minero».
b) en «maquinaria o equipo industrial, agrícola o minero».

El «capital registrable» goza de los beneficios de reexportación y giro de rendimiento al exterior.

Por «capitales no registrables» se entienden aquellos que están representados en formas distintas de las enumeradas en el párrafo anterior. Entre éstos se encuentran las materias primas, las mercancías y los intangibles. Igualmente deben contarse como «capital no registrable» las divisas no aceptadas por el Banco de la República, es decir, aquellas divisas que, en concepto de dicha institución, no son convertibles, o sea, no son de libre disponibilidad por no poderse hacer libre uso de ellas para adquirir en cualquier mercado extranjero bienes y servicios.

La legislación de privilegio en favor de los «capitales extranjeros» se refiere única y exclusivamente a aquellos capitales extranjeros que se destinan a actividades privadas en Colombia y que se importan precisamente para vincularnos a actividades bancarias, industriales, comerciales, petroleras, de seguros, etc., en donde figuran como aportes o envuelven un interés social, corriendo con todas las contingencias propias de tales actividades y participando de la utilidad o la pérdida resultantes del ejercicio o gestión económica respectiva. Estas inversiones no están precedidas de un compromiso u obligación de índole contractual por la cual se les garantice su amortización y una cuota o tasa determinada de rendimiento, pues ellas llegan a Colombia sujetas al área de todo negocio particular, bajo la protección general que brinda la ley a las actividades económicas privadas legítimamente ejercidas. Su condición, por tanto, es distinta de la del capital extranjero llegado al país en calidad de empréstitos públicos, pues en estos casos las obligaciones correspondientes se rigen por normas propias, como son las que regulan la «Deuda Pública externa», para cuyo servicio de amortización y pago de intereses existen las especiales apropiaciones de los respectivos presupuestos, habiéndose predeterminado, como en todo negocio jurídico de índole contractual, las prestaciones y contraprestaciones respectivas.

Diferencia entre «importación» e «inversión»

En control contable de la inversión privada extranjera, en cuanto capital vinculado en forma más o menos permanente a la economía nacional colombiana, tiene dos aspectos fundamentales e interdependientes: el primero, referente a la **importación**, y el segundo, referente a la **inversión**. Por el referente a la importación, el sistema contable está organizado en tal forma que, además de facilitar el control del capital importado, permite mostrar la forma en que dicho capital ha llegado al país; indica quién o quiénes son los titulares o inversionistas; cuál o cuáles los países de origen del capital; registrar el movimiento de reexportaciones del capital; indica el volumen de sus rendimientos y permite establecer si éstos fueron remesados al exterior o reinvertidos dentro del país. Por el referente a la inversión, el sistema, a más de registrar ésta, permite conocer las ramas o actividades económicas a las cuales se ha vinculado el capital, estableciendo al mismo tiempo, con exactitud, las utilidades remesables al exterior.

Rendimientos netos íntegramente remesables al exterior.—Los rendimientos que corresponden al capital de operación de la firma en Colombia, cuando éste es extranjero en su totalidad o puede considerarse así en virtud de su formación, esto es, el capital originariamente importado y valores tales como utilidades reinvertidas, capitalización, reservas, etc., producidos por dicho capital, son remesables íntegramente al exterior. La introducción del capital a Colombia, se repite, debe haberse hecho en la forma de «divisas» o en «maquinaria y equipo industrial, agrícola o minero», debiéndose encontrar registrado en la oficina correspondiente.

Rendimientos no remesables al exterior.—Las utilidades hechas con créditos obtenidos en el país (crédito interno), cualquiera que sea la naturaleza de la garantía (interna o externa) que los respalde, así como los rendimientos provenientes de capital, a crédito o al contado, introducido en el país en otras formas (materias primas, mercancías, elementos varios, créditos intangibles, comisiones, honorarios, primas, sueldos, gastos, etcétera), distintas de las precisadas en el párrafo anterior, no son remesables al exterior.

Rendimientos netos parcialmente remesables al exterior.—Las utilidades hechas con capital mixto, esto es, con capital legalmente importado y debidamente registrado en la Oficina de Cambios y con créditos internos obtenidos en Colombia, o externos en especies, o con capital totalmente extranjero, parte con derecho a registro y parte no registrable, serán remesables al exterior en la proporción en que ellas correspondan al capital importado y registrado. El resto de la utilidad, esto es, la correspondiente al capital sin derechos, o no registrable, se considerará como capital colombiano.

Utilidades hechas con capital extranjero consistente en créditos exteriores concedidos en «especie».—Cuando las utilidades son producidas por créditos obtenidos en el exterior, créditos consistentes en mercancías, materias primas, etc., su remesa al exterior no es permitida, ya que tales clases de créditos son esencialmente operaciones corrientes de comercio que no dan lugar a pagos distintos del costo mismo de las mercaderías representativas del mismo crédito.

Los dineros que no podrán salir del país

Condiciones y efectos de las utilidades no remesables al exterior.—Las utilidades no remesables al exterior se consideran como capital colombiano. Y como estas utilidades quedan y continúan vinculadas a la firma filial o subsidiaria en Colombia, formando parte del capital de operación y, por consiguiente, contribuyendo también a la producción de nuevas utilidades, se deberá entender que la suma inicial que tenga el carácter de «no remesable» al exterior conserva indefinidamente esa condición incluso respecto de las utilidades sucesivas que produzca. Por tanto, de las utilidades periódicas netas de la firma en Colombia, necesariamente una parte irá a aumentar la utilidad ya existente como «no remesable», aquella parte que corresponda al interés de dicha utilidad «no remesable».

Los dineros correspondientes a utilidades remesables pendientes de giro y cuya remesa al exterior se haya demorado por cualquier circunstancia continuarán gozando del derecho de reembolso, como también las utilidades o rendimientos netos que tales valores produzcan.

Los restantes valores o saldos a favor del exterior serán analizados a fin de establecer si tienen su fuente o han sido generados mediante capital extranjero registrable o no registrable, o del consistente en créditos internos o externos sin derechos, o de utilidades no remesables, o de valores de remesa demorada al exterior, etcétera, etc.

Entre el capital general y la utilidad existe una especie de filiación, ya que los rendimientos, en general, siguen la suerte y tienen la misma condición de la fuente que inmediata y directamente los origina.

Resumiendo, se puede decir que el capital extranjero y sus incrementos naturales, registrados o registrables en la Oficina de Cambios, producen utilidades remesables al exterior. Esto, como es obvio, no puede extenderse a los capitales que carecen de derechos de reexportación y de giro de rendimientos al exterior.

Explotación de un «intangible».—La explotación de un «intangible» (marcas, patentes de invención, procedimientos industriales, etc., etc.) da lugar a la formación de un crédito a favor del titular de los bienes en explotación, el cual, si los contratos respectivos han sido previamente aprobados por la Oficina de Registro de Cambios, puede hacerse efectivo mediante remesas al exterior.

La capitalización de utilidades

Utilidades que pueden registrarse como capital importado.—Las utilidades no distribuídas que pueden registrarse como capital importado son las que, conforme a la ley, podrían remesarse al exterior. Es decir, aquellas utilidades que, encontrándose listas para ser giradas al exterior (lo cual exige un reparto previo que haya permitido colocar en cabeza del titular o poner a la disposición de este las sumas que le hayan correspondido por el concepto indicado), después de haber sido analizadas por sus diversos factores, han sido señaladas en calidad y cuantía como susceptibles de remesarse al exterior o registrarse por capitalización, según el caso.

En este punto hay necesidad de observar que aquellos valores que en los balances de las empresas figuran en las cuentas de «reserva legal», «reservas eventuales», «ganancias por distribuir», «superávit», etc., no son aún de los accionistas y legalmente pertenecen a dichas empresas, aunque los accionistas tengan derecho en forma potencial a esas sumas, de las cuales no pueden disponer sino cuando la asamblea general las haya distribuído o decretado pagar a favor de tales accionistas.

El inversionista extranjero tiene la facultad de capitalizar las utilidades no distribuídas provenientes del capital importado a Colombia y debidamente registrado, en virtud de la ficción legal que asimila tales utilidades a «capital importado» para los efectos de su reexportación, cuando así lo desee el inversionista, y del giro de los rendimientos que a su vez provengan de dichas utilidades. La capitalización de esas utilidades acumuladas, debidamente registradas en la Oficina de Registro de Cambios, con derechos de exportación y de giro al exterior de sus rendimientos correspondientes, puede formalizarse emitiendo acciones y elevando a escritura pública el aumento de capital o simplemente acreditando las cuentas de «superávit ganado», «ganancias por distribuir», etc., todo a opción de las firmas o personas beneficiarias de tales utilidades, respetando el principio universal de la libertad contractual en los negocios civiles y mercantiles.

Maquinaria y equipo que se entiende como capital importado.—La maquinaria y equipo que se permite importar a Colombia y que se entiende como «capital importado», con derechos de registro y de reexportación y giro de utilidades, es aquella que se emplea directa y exclusivamente en la transformación y elaboración de materia prima nacional o extranjera, esto es, maquinaria y equipo fabril, en oposición a todo otro género de elementos carentes de aptitud para estas operaciones y procesos.

Cualquier otra clase de maquinaria o equipos que se importen a Colombia para la ejecución de otra clase de trabajos y labores no quedan comprendidos dentro de la denominación «capital extranjero registrable» y, por tanto, no goza de los privilegios de que trata la ley octava de 1952 y sus decretos correspondientes.

Francisco **GONZALEZ TORRES**

Ministro Consejero de la Embajada de Colombia en Londres



Juan Ramón en su poesía

● El escritor Guillermo Díaz-Plaja ha dejado Barcelona por unos días y ha venido a Madrid a entregar personalmente el texto de su nuevo libro, «Juan Ramón en su poesía», que es el fruto de una investigación de cerca de tres años. En las 40 páginas de este libro revisa toda la trayectoria de Juan Ramón. Y las coordinadas correspondientes a su cuatro momentos estáticos culminantes, que el autor cita bajo el signo respectivo de otros tantos poetas: Rubén Darío, Francos Jammes, Paul Valéry y Emili Dickinson. El libro será editado por Aguilar.

Se duplican los ecuatorianos

● En su informe anual correspondiente al año que acaba de terminar, la Junta Nacional de Planificación y Coordinación Económica del Ecuador realiza un interesante estudio de las perspectivas de la nación hermana. La población, que a fines del mes de junio de 1956 alcanzaba los 3.784.000 habitantes, pasará a tener 4.259.000 en igual fecha en 1960, con uno de los ritmos de crecimiento más altos de Hispanoamérica. Siguiendo con estas proporciones, la población actual del Ecuador se duplicará en veinticuatro años, o sea, hacia 1980. Este crecimiento demográfico planteará problemas de trabajo, capital, etc., que en el informe se estudian detalladamente.

De este estudio se deduce la necesidad de hacer frente a la capitalización requerida, y para ello se ha proyectado el nivel interno de ahorros netos, tanto públicos como privados, en el tiempo que media entre 1957 y 1960, suponiendo que prevaleciera la misma tasa de años anteriores. En esta hipótesis, el país conseguiría en los cuatro años un total de ahorros equivalente a 4.643 millones de sucres a precios de 1950. Pero por importante que parezca esta cifra, señala el informe, resulta aún insuficiente para ponerse al nivel de las inversiones netas referidas, que alcanzaría un total de 6.134 millones de sucres.

La consecuencia es clara: crédito exterior; sustitución de importaciones, especialmente de productos alimenticios; mejora de productividad; racionalización de las inversiones públicas y reforma tributaria.

TRES NUEVOS LIBROS DE EDICIONES CULTURA HISPANICA

MIGUEL DE LA PINTA LLORENTE

LA INQUISICION ESPAÑOLA Y LOS PROBLEMAS DE LA CULTURA Y DE LA INTOLERANCIA

LA INQUISICION ESPAÑOLA Y LOS PROBLEMAS DE LA CULTURA Y DE LA INTOLERANCIA (Aportaciones inéditas para el estudio de la cultura y del sentimiento religioso de España).—Tomo II. P. Miguel de la Pinta Llorente. Ediciones Cultura Hispánica. Colección Historia y Geografía. Madrid, 1958; 24 X 17 centímetros; 228 páginas.—80 pesetas.

Continuando el camino señalado en el primer tomo de esta obra, el P. de la Pinta Llorente, O. S. A., utiliza materiales de primera calidad inéditos hasta la fecha y que se conservan en nuestro Archivo Histórico Nacional de Madrid; continúa el P. de la Pinta manteniéndose al margen de la apología y de la detracción del Santo Oficio, laudable línea de conducta, marcada irreductiblemente desde el principio de su obra.

ALBERTO SILVA

DOÑA JUANA LA LOCA

•

DOÑA JUANA LA LOCA (1479-1555). — Alberto Silva. Ediciones Cultura Hispánica. Colección Historia y Geografía. Madrid, 1957; 24 X 17 centímetros; 1056 páginas.

Alberto Silva, destacado historiador, recientemente fallecido, alcanza con esta obra uno de sus mayores aciertos biográficos. La extensa bibliografía que adorna la obra es muestra plena del concienzudo estudio que hizo Alberto Silva sobre esta figura histórica, tan poco estudiada por los españoles, y que fué madre, por su matrimonio, de la Casa Real de Austria en España, que tantas glorias había de traer a nuestra nación.

JAIME DELGADO

INTRODUCCION A LA HISTORIA DE AMERICA

•

INTRODUCCION A LA HISTORIA DE AMERICA.—Jaime Delgado. Ediciones Cultura Hispánica. Colección Historia y Geografía. Madrid, 1957; 24X17 centímetros; 192 páginas.—85 pesetas.

Fruto esta obra de varios años de trabajo en torno a la fundamentación filosófica de América, entendiéndola no como una parte de la totalidad de la Historia, sino como una realidad concreta y específica, puede asegurarse que es uno de los trabajos más profundos de su autor, antiguo subdirector de la Escuela de Estudios Hispánicos y actual catedrático de la Universidad de Barcelona.

Se trata de un libro que, pese a su profundidad y especialización, ofrece razones suficientes de interés a todos aquellos que por uno u otro motivo mantienen alguna atención a ese mundo diverso y complejo, tan profundamente enraizado a nuestra cultura y a nuestro destino, que es la América hispana.

LIBROS ABIERTOS

HISTORIA BREVE DE LA LITERATURA BRASILEÑA, por J. Osorio de Oliveira. Ediciones Cultura Hispánica. Colección «Hombres e Ideas». Madrid, 1958.

Este escritor portugués, que ha sido ya clasificado en el Brasil como «brasileño de Portugal», ha dado ahora en España, y en las Ediciones Cultura Hispánica, su *Historia breve de la literatura brasileña*, cuya edición en el Brasil alcanza varios miles de ejemplares y es aconsejada como libro-guía para sus alumnos por los profesores de las Facultades de Letras.

Y si entre las obras del profesor Osorio de Oliveira ésta tiene significación especial, es porque su concepto de la literatura tiene una dimensión y una claridad realmente ejemplares. Su amplitud de criterio y su perfecto conocimiento de la lengua y literatura portuguesa le hacen estudiar la literatura brasileña sin aislarla de aquellos orígenes lusos que le han dado raíz y fortaleza primerísima. Lo que no es obstáculo para que la independencia y singularidad de la literatura joven que estudia queden salvadas con su suficiente importancia. Así dirá: «Más importante que la lengua es el espíritu... Siendo el Brasil un país de los trópicos, era inevitable que los brasileños—incluso cuando eran descendientes sin mezcla de los portugueses—adquiriesen un espíritu distinto del de las gentes de Portugal.» Pero, salvando la diferenciación esencial y justa, defiende esa «unidad de la cultura lusiada», con la que todos los hombres de habla portuguesa se verán favorecidos.

Un libro preciso y rico en su brevedad que servirá de iniciación preciosa para el que quiera conocer la literatura de un país que está llamado a ser uno de los primeros del mundo. Con claridad están estudiados los diversos momentos, cambios y constantes literarios, y la sola nómina de los autores tratados es un índice valiosísimo para el que desee entrar en conocimientos de mayor amplitud, porque sobre las páginas de Osorio de Oliveira se puede trazar cualquier plan de estudio, en la seguridad de que el punto de partida es exacto y objetivo.

DICCIONARIO GEOGRAFICO DE ESPAÑA. Tomos IV y V. Ediciones del Movimiento. Madrid, 1958.

Sigue su curso de publicación la magna obra emprendida por Ediciones del Movimiento para dar al público un nuevo Diccionario Geográfico, basándose en el único y ya anticuado de Madoz. De nuevo, con estos dos tomos que acaban de aparecer, se confirma la fortuna de los editores, pues el cuidado que han puesto en la realización de la obra ha dado ya la seguridad de los frutos.

Abarca el primero de estos tomos las voces que van desde Barcelona a Bocairente, y el segundo, que hace el quinto de la publicación, las que alcanzan de Bocal a Candeliñas. De modo que se han tratado ahora poblaciones tan importantes como Barcelona y Bilbao, y Burgos, Cáceres y Cádiz. Y lo mismo en esta poblaciones que en los demás lugares, cualquiera que sea su importancia, la documentada actuación de especialistas ha aportado su conocimiento para que los artículos queden totalizados con un número de datos realmente excepcional.

A la referencia ciudadana o urbana se une siempre, de manera precisa y amplia, la geográfica, y así los accidentes del suelo hispano van quedando marcados con un detalle excepcional. La actualidad de las referencias demográficas, culturales y sociales abren a esta obra un horizonte de consulta realmente imprevisto. Por otra parte, los índices económicos, industriales y comerciales han superado a cualquier publicación, aun parcial, que se hubiera hecho monográficamente sobre cualquier lugar determinado.

Tienen además estos tomos algunas páginas suplementarias que tratan de referencias que se han omitido en los anteriores. Esto dará a la obra, una vez terminada, una situación actualísima, y de aquí puede nacer la idea de que, aun concluída la publicación, el organismo editor puede encargarse periódicamente de aportar algunos datos de importancia que hayan variado, para que su vigencia sea mayor y, en cierto modo, permanente.

COMO LLANURAS, de Eduardo Zepeda-Henríquez. Espasa Calpe. Madrid, 1958.

¿Personalidad, intensidad, acento? Sí; acaso sea, entre las tres características que evidencian este libro, el acento lo que más permanezca en nosotros después de su lectura. Eduardo Zepeda, a quien conocíamos ya parcialmente por poemas publicados en los últimos años en revistas españolas y por medio de lecturas ofrecidas, aparece ahora en este libro como una de las voces de mayor interés que nos han llegado de los países hispanoamericanos. Su juventud física es un choque casi inconcebible con la madurez y certeza de estos versos.

Libro de una mantenida emoción, de una clara sucesión de descubrimientos, que muchas veces no saltan con toda la rotunda fortaleza de su sorpresa, porque el poeta los ha conducido siempre en sus versos con una mano de armónica contención, de medida ponderada y continua.

«Yo cumplo deteniendo las cosas», nos dirá el poeta, y en este su oficio aparece seguro y consciente, filtrando y «situando» la ternura, o el dolor, o la muerte, o el recuerdo, o la belleza.

En ocasiones, su voz se alza con seguridad de elegido y, sobre todo, de convicto, y nos dirá:

...y ciégate en Dios,
que hay un Indeclinable Dios que llaga
todos nuestros sentidos...

O también:

...y, juntos, ya podamos despeñarnos en Dios.

Esta religiosidad que informa todos los poemas del libro afirma cada palabra y la sostiene en un cambio de estremecedora verdad.

DE LOS SIGLOS OSCUROS AL DE ORO (notas y artículos a través de setecientos años de letras españolas), por Dámaso Alonso. Biblioteca Románica Hispánica. Editorial Gredos. Madrid, 1958.

Sería difícil encontrar en la literatura española otra figura, como la de Dámaso Alonso, donde se dieran, de tal manera hermanados, la sencillez y el rigor, la amenidad y la ciencia, porque verdadera ciencia literaria es la que él desarrolla siempre en sus ensayos, y el vehículo por el que nos la hace llegar es de una claridad y de una frescura realmente inigualables. Cada libro suyo es una aventura y una tentación, y más éstos, en los que recoge materias tan diversas y sugestivas. Por otra parte, cada tema ha sido tratado desde ángulos distintos, originalísimos las más de las veces. De aquí su «manera», que el propio autor acusa en las palabras preliminares del libro: «Mi único principio de crítica literaria—quiero decir, el único que tengo hoy—es que cada tema ha de ser abordado de una manera distinta: el cómo de esa variedad no es cosa de reglas, sino de intuición en cada caso concreto.» Y, naturalmente, esta postura, en una magistratura intelectual de la categoría de la suya, convierte sus escritos en verdaderos regalos de creación.

No podemos en una nota tan breve ni hacer mención de los estudios de este libro. Digamos solamente que se extienden estos capítulos desde los orígenes de la lengua hasta el Siglo de Oro; que el autor incide en temas sobre los que nos ha dado ya importantísimos y acabados estudios, como los de la poesía de Gil Vicente, Garcilaso o San Juan de la Cruz; que recoge estudios de una emocionada claridad, como el *Elogio del endecasílabo*, o de primerísimo descubrimiento, como el que se refiere al «hallazgo» de la famosa *Nota Emilianense*, con el que se renuevan todas las ideas que se habían tenido sobre el origen escrito de la épica francesa, concretamente de la *Canción de Roldán*.

Como ya nos tiene acostumbrados siempre que acomete obras de este género, las páginas del libro están abiertas para que discurran por ellas referencias, fuentes y derivaciones amplísimas, de manera que el estudioso pueda tener siempre un haz precioso de caminos para alimentar su curiosidad.—J. G. N.



San Martín en España

Nuevos documentos sobre la vida del Libertador

Por ARMANDO RUBEN PUENTE

EN las inmediaciones del lugar donde en el siglo XVIII se alzaba el Seminario de Nobles de Madrid, en el que el aun niño José Francisco de San Martín y Matorras siguió durante varios años los estudios de Humanidades, se levanta ahora el edificio del Servicio Histórico Militar del Estado Mayor Central del Ejército. Allí, rodeado de planos, libros y documentos, el capitán Juan Manuel Zapatero López-Anaya ha trabajado durante cinco años estudiando con tesón la vida del Libertador. Fruto de esta tarea «dura, seria, sin hacer concesiones a la literatura ni dar un paso sin comprobación documental»—nos dice—, son dos grandes obras, que no tardarán mucho en ser publicadas, y que constituyen una revolucionaria y precisa aportación para esclarecer la vida militar en España del general San Martín.

Los veintisiete años de la vida del Libertador en España estaban hasta hoy envueltos en numerosos errores, presentaban grandes lagunas y hacían necesario un estudio que revelara lo desconocido, rechazara lo inadmisible y abriera al campo de la investigación un período decisivo—el de su formación—de la vida de una de las más gigantescas y nobles figuras de la historia americana.

«La importancia era capital—dice don Juan Manuel Zapatero— porque en los ejércitos españoles el Emancipador aprendió, se ejercitó y se distinguió en críticas campañas, capítulos trascendentales de la historia contemporánea. Así, su asistencia en el sitio de Orán, en 1791; las campañas del Rosellón, guerras contra Francia (1793-1795); la guerra contra Portugal, en 1801, y la guerra de la Independencia española, desde 1808 hasta 1811. Años decisivos de la vida sanmartiniana, pues no hay que olvidar que van desde 1789, cuando ingresa como cadete en el regimiento de infantería de línea de Murcia, hasta el año 1811, cuando, con el grado de teniente coronel, solicita y obtiene de la Regencia su retiro para trasladarse a América a realizar su destino.»

El Investigador

Un hecho circunstancial puso a don Juan Manuel Zapatero en el camino de la investigación sanmartiniana. En el año 1952 las autoridades argentinas solicitaron de personalidades españolas determinados datos sobre la actuación de San Martín en los ejércitos españoles, sobre todo en la llamada Guerra de las Naranjas y en la batalla de Albuera, contra las fuerzas napoleónicas.

Aquella solicitud llegó al Negociado de Ultramar, del Servicio Histórico Militar, a cuyo frente se encuentra el capitán Zapatero, nacido en Cervera del Río Alhama (provincia de Logroño) hace treinta y nueve años, que era licenciado en Historia por la Universidad de Zaragoza.

«Examiné lo más fundamental de la bibliografía sanmartiniana y me trasladé después al Archivo Militar de Segovia; consulté ávidamente los archivos militares del antiguo Depósito de la Guerra, los numerosos legajos de la colección Conde de Clonard, la documentación de los fondos del Servicio Histórico Militar, todos ellos radicados en Madrid. Recurrí al Archivo de Simancas, en Valladolid, dispuesto a buscar un camino distinto de los insistentemente recorridos con rutinaria persistencia durante tantos años por los historiadores. Mi labor se vió recompensada. Pronto me di cuenta de que no sólo se podía contestar al interrogante sobre la participación de San Martín en Albuera, sino que se abrían senderos nuevos, precisos, de alta y profunda valoración, para investigar un dilatadísimo campo de la vida del emancipador en España.»

La figura del Libertador sugestionó desde el primer momento al capitán Zapatero. Cumplida la tarea casi burocrática que se le

SAN MARTIN EN ESPAÑA

Grabado de color: Ruta seguida por el segundo teniente del regimiento de infantería Murcia José de San Martín en la Guerra de las Naranjas. La línea de puntos indica lo único que se conocía hasta la fecha. La más larga, el resultado de las investigaciones del capitán Zapatero, que amplían el conocimiento de la participación de San Martín en la guerra contra Portugal.

Grabado en negro: Plano del castillo de Rosalcázar, en Orán, levantado el 17 de septiembre de 1791. Es de un extraordinario valor, porque confirma gráficamente que allí estuvo San Martín en la campaña africana, donde recibió su bautismo de fuego. Lo que, hasta hoy, era absolutamente ignorado.

encomendara, continuó estudiando la vida del general con pasión, siguiendo las rutas inéditas que descubriera. En abril de 1957 presentaba en la Universidad Central de Madrid su tesis doctoral: «La campaña de 1801 contra Portugal, Guerra de las Naranjas, y la participación de José de San Martín», obteniendo la calificación de sobresaliente.

La guerra contra Portugal

Esta es la primera de las dos obras, ya terminada, y en disposición de publicarse, de la vida de San Martín en España. Consta de diecinueve capítulos, dividida en tres partes y con un cuerpo de veintisiete apéndices; la ilustran y documentan dieciséis facsímiles de mapas y planos inéditos y diez croquis trazados para completar o facilitar su estudio.

«José de San Martín participó en esta campaña, pero no es posible admitir su asistencia—después de mis investigaciones—según las noticias de sus historiadores clásicos: Domingo F. Sarmiento, Juan M. Gutiérrez, B. Mitre o las modernas de J. Pacífico Otero, Vicuña Mackenna, Orrero, etc., seguidas todas por una bibliografía huérfana de profundos o acertados trabajos investigatorios que las hacen incurrir en lamentables errores», nos dice Zapatero.

La obra está dividida en tres partes. La primera da una idea general de la guerra contra Portugal; la segunda es la actuación de la *tercera división del marqués de Castelar, en cuya unidad iba encuadrado el regimiento Murcia, unidad del segundo teniente San Martín,* aspecto que significa una importantísima aportación, por ser tal extremo rigurosamente desconocido; la tercera es fundamental: en ella las opiniones mantenidas invariablemente durante más de cien años son rechazadas. Llégase incluso a desvalorizar totalmente la hipótesis de Pacífico Otero—«uno de los más ilustres investigadores sanmartinianos, cuyo error fué no romper los senderos marcados por los clásicos para buscar documentos que podían haber estado al alcance de su mano y que luego yo he encontrado», dice Zapatero—en tal grado que, siguiéndole, habría que negar la participación de San Martín en el sitio de Olivenza o en los de Jurameñan, Elves, Campo Mayor.

La obra de Zapatero nos amplía enormemente el conocimiento de la actuación del «segundo teniente» San Martín en la Guerra de las Naranjas. Por ella sabemos, sin lugar a dudas ni posibilidad de ser refutado en el futuro, que, además del sumario camino seguido por San Martín en aquella campaña, del que nos habla su hoja de servicios, *siguió con su regimiento a través de Alegrete, Portalegre, Sumarén y San Antonio, para terminar esta actuación en Crato.* Nuevo aspecto de la vida de San Martín, como lo es también, inédito, el conocer quiénes fueron los compañeros de armas, asunto ambicionado por sus historiadores desde la primera época, que hasta ahora no había hallado contestación. Sabemos así que *entre aquellos oficiales que participan en la Guerra de las Naranjas de 1801 está su primer capitán, aquel que le enseñara las primeras técnicas y con quien recibió su «bautismo de fuego» diez años antes.*

¡Se aclara así uno de los enigmas de la vida de San Martín! Vemos ahora que durante más de diez años—exactamente doce—el Libertador sirve a las órdenes de un hombre que es el maestro de la táctica que después aplicara en Chacabuco y en Maipú. Este aspecto, que durante tantos años preocupara a los historiadores, queda perfectamente develado y analizado con todo detenimiento. «Habrá que colocarlo en el monumento a San Martín, junto a los otros compañeros de armas que ya figuran en él», dice el historiador español.

Nos es posible referirnos a otros muchos aspectos inéditos y publicar, por vez primera, el día, la hora y el lugar exacto que el Libertador recibió su «bautismo de fuego», así como otros muchos detalles hasta hoy absolutamente ignorados.

«El día en que llegó a mis manos el documento que da cuenta del momento en que José de San Martín entró por primera vez en fuego, las lágrimas asomaron a mis ojos», nos dice el capitán Zapatero. Con emoción semejante, como argentino, transcribo ahora el párrafo de la segunda de sus obras inéditas: *José de San Martín en Orán, 1791-1792,* donde se da cuenta de ello:

«...a las diez y media de la noche del 27 (junio de 1791), dos días después de llegar a Orán, recibió la orden de concentrarse en el llano de San Felipe...» «Trece fueron las compañías de granaderos, y entre ellas estaba... la del segundo batallón de Murcia y trescientos fueron los soldados fusileros y minadores que salieron a cegar y sostener con su presencia los trabajos de la destrucción de los pozos abiertos al sur y este del castillo San Felipe y fuerte San Carlos.»

«...entre una y dos de la mañana del día 28 de junio, hora histórica y trascendental en la que José de San Martín recibe el "bautismo de fuego", ante un enemigo terrible y ambientado con el terreno. Conducía a la columna el general don Francisco Grajera; mandaba la compañía de granaderos el mariscal de campo don José Eslava y los trabajos de contrazapa don Rafael Adorno. La acción tuvo un éxito completo, "se consiguió completa y felizmente": antes del amanecer ya estaban todas las unidades de regreso en sus alojamientos. La situación de los pozos, lugar exacto de la primera actuación bélica de San Martín, puede verse con toda claridad en los planos del coronel de Ingenieros don Antonio Hurtado, en Orán, el 20 de agosto de 1791», que se incluyen en la obra, y que con los diarios de operaciones, hojas de servicios nuevas y otros capitales documentos, certifican ante la Historia la veracidad de los relatos que comprueban y declaran la asistencia de San Martín.

«Sólo con una voluntad férrea, un dejar de vivir, despegarse de la vida, con sus múltiples ocupaciones y trasponer las fronteras del tiempo», dice Zapatero que ha sido posible realizar esta obra, en la que se incluyen 19 planos, 32 documentos y 28 croquis hasta ahora desconocidos de la actuación de San Martín en Africa.

Las tres campañas africanas

Se tenían noticias, por una solicitud de pensión de la madre del Libertador, doña Gregoria Matorras, de que San Martín había realizado tres campañas en Africa; pero su hoja de servicios sólo hablaba de dos. Don Juan Manuel Zapatero ha *descubierto* también y estudiado con sumo detenimiento *esa tercera y hasta hoy ignorada campaña,* además de conocer esos «treinta y tres días de asistencia en Orán frente al bey de Mascara» y ampliarlos hasta conocer la actuación personal del Libertador día a día.

Sus trabajos permiten reconstruir que la primera campaña de San Martín, citada en la hoja de servicios, tuvo lugar en Melilla, en el año 1790, permaneciendo en aquella plaza, que sigue siendo española, cuarenta y nueve días.

La segunda campaña, hasta hoy desconocida, *la integran dos expediciones. En la primera el cadete de granaderos José de San Martín, del regimiento de infantería de línea del Murcia, embarca en Málaga en abril de 1791 con destino a Mazalquivir, sin llegar a desembarcar, a consecuencia del noveno sitio impuesto sobre Orán por el bey de Mascara, Mohamet-Ben-Osmán, el Quebir (15 de octubre de 1790 a 31 de marzo de 1791), regresando a la Península y tomando tierra en el puerto de Cartagena.*

La segunda expedición parte de Cartagena el 17 de mayo de 1791 a bordo del «San Joaquín», rumbo a Mazalquivir, donde el Libertador permanece doce días de guarnición en el castillo, regresando a Málaga el 28 del mismo mes y año.

La tercera campaña es en Orán, como dice la hoja de servicios. Parte San Martín de Málaga el día 22 ó 23 de junio a bordo del *navío «San Francisco de Paula» o de la fragata «Florentina», en los que embarcan los contingentes del segundo batallón del regimiento de Murcia para llegar a Orán el día 25 del mismo mes, permaneciendo en la plaza africana en total seis meses y veintinueve días y un día más en Mazalquivir, abandonando definitivamente la tierra africana el 29 de febrero de 1792, día de la evacuación general. Al segundo batallón del regimiento de infantería de línea del Murcia, al que pertenecía el cadete de granaderos José de San Martín, correspondió la misión de cerrar la operación de reembarque y arriar la bandera española en Orán, donde nunca más volvería a izarse.* Zapatero nos descubre además que *una veintena de embarcaciones trasladaron entonces a los siete mil hombres hasta la Península, donde llegaron—a Cartagena—el 2 de marzo de 1792.*

Sabemos también ahora que *San Martín entró en fuego, por primera vez en su vida, a los dos días de estar en Orán,* en la madrugada del 28 de junio, en los llanos de San Felipe, y que *luego fué trasladado al fuerte de Rosalcázar,* donde permaneció hasta cumplirse los treinta y tres días de asedio del bey de Mascara, Mohamed-Ben-Osmar, de que habla su hoja de servicios, y que corresponde al décimo, último y definitivo sitio contra Orán.

La obra, que se limita a la verdad rigurosa, sencilla y documentada, irrebatible por la fuerza de escritos nuevos, inéditos y originales, concluye con el reembarque de las fuerzas españolas en Orán, diciendo:

«...el honor de las armas lo habían sobradamente respaldado aquellos extraordinarios soldados, que ahora presenciaban con estupor el repliegue de unas banderas tenazmente defendidas, limpias de deshonor, no doblegadas por la derrota. Forzosamente la impresión de desgarro tuvieron que sentirla ellos, testigos en sus propias carnes de la primera manifestación material de la hecatombe del Imperio español. Todavía esas jornadas, en su carencia de perspectiva histórica, debieron hacer difícil comprender que la derrota política la marcaba la propia Monarquía por la que lucharon. Aquello fué el precursor símbolo para el joven cadete José de San Martín del debilitamiento de su gran patria.»

ESQUEMA GRAFICO DE LA RUTA SEGUIDA POR EL SEGUNDO TENIENTE DEL REGIMIENTO INFANTERIA MURCIA JOSE DE SAN MARTIN EN LA CAMPAÑA CONTRA PORTUGAL DENOMINADA «GUERRA DE LAS NARANJAS» (AÑO 1801).

Itinerario de San Martín según los documentados trabajos de esta tesis.

Idea según la expresión de su hoja de servicios «En la campaña contra Portugal, desde el 29 de mayo de 1801 hasta la Paz». Considerada errónea.

Montalvao
rio Tajo
Povoa
Niza
Castelho de Vide
Marvao
Valencia de Alcántara
Portalegre
Alpalhao
Alegrete
Sumaren
Crato
Flor de Rosa
Arronches
San Antonio
San Vicente
Duguela
Cabeça de Vide
ESPAÑA
Sta Olaya
Campo Mayor
Barbacena
Borba
Estremoz
Elvas
Badajoz
rio Guadiana
Vila Viçosa
PORTUGAL
Jurumeña
Olivenza
Valverde

Plano del Castillo de Rozalcazar.
Explicacion

VELA ZANETTI

muralista en la O. N. U.

EN el país de los grandes muralistas, en el México de Rivera, Orozco y Siqueiros, un español, un leonés, nacido hace cuarenta y cinco años, ha dado no hace mucho una gran lección de pintura con su mural *Los misioneros,* cuya reproducción ilustra nuestras páginas en color. El pintor se llama José Vela Zanetti, y sus obras iluminan palacios, museos y edificios públicos en España, República Dominicana y México. Su decoración de los muros de la sede de las Naciones Unidas en Nueva

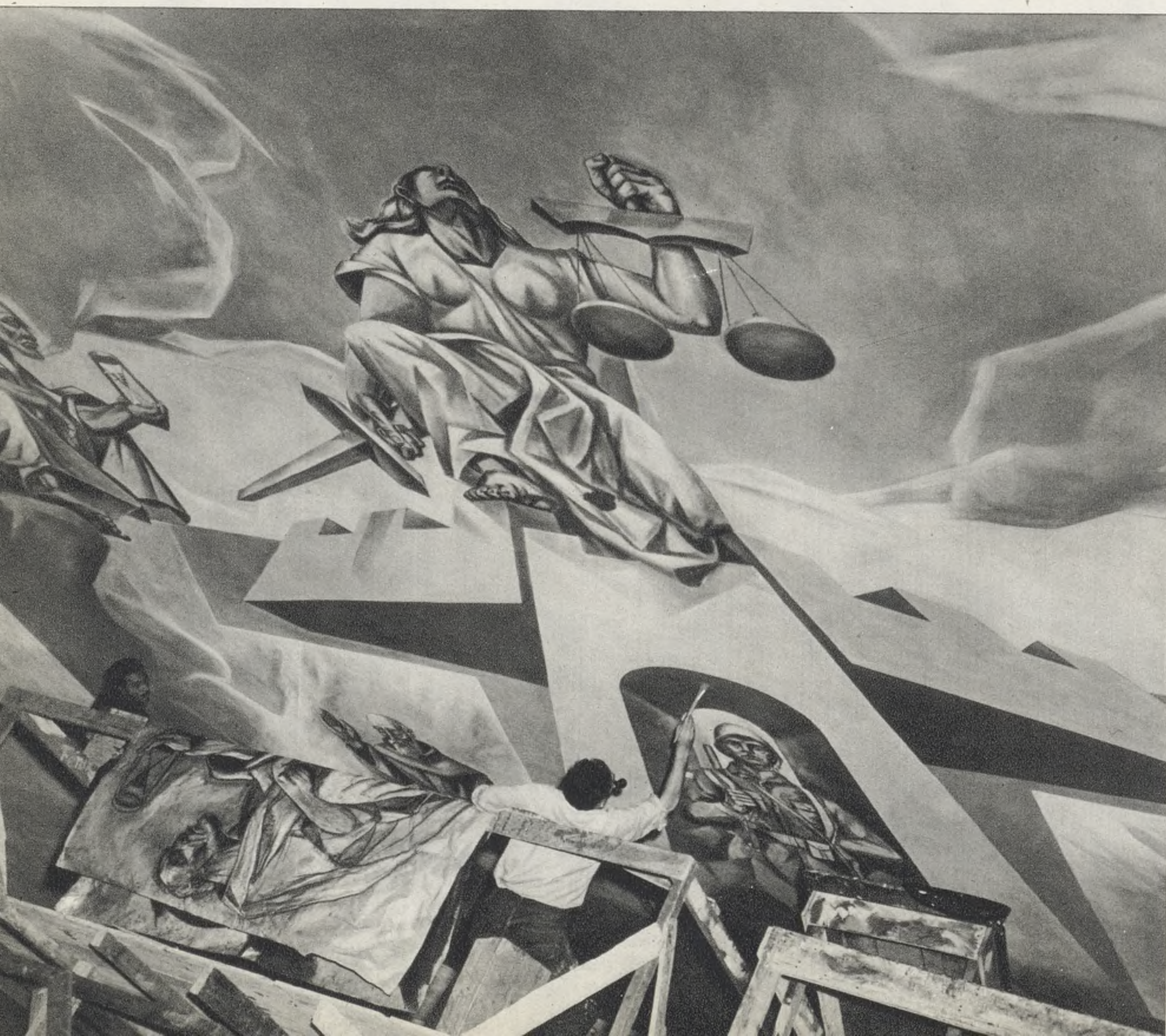




Todo el peso de la escultura castellana, con su rica tradición imaginera, gravita en esta obra de Vela Zanetti, «Cristo leonés», realizada hace cuatro años.

VELA ZANETTI

El hombre más trabajador de las Naciones Unidas



El pintor da los últimos toques a la grandiosa decoración de uno de los techos—30 metros cuadrados de superficie—del Museo de Ciudad Trujillo.

York, donde resolvió magistralmente un cúmulo de problemas técnicos y artísticos, ha dado al nombre y a la obra de este pintor un relieve extraordinario.

Desde 1933, en que Vela Zanetti llegó a Italia, pensionado por la Diputación de León, hasta 1955, en que obtuvo el Gran Premio de Dibujo en la Exposición Bienal Hispanoamericana de Arte celebrada en Barcelona, los días de este pintor han estado marcados por una superación constante en su creación artística. Nueve exposiciones individuales — entre ellas una con lienzos de Miró, Picasso, Gris y Dalí y otra con obras de Rivera y Tamayo—murales en España, República Dominicana, Puerto Rico, Estados Unidos, Colombia y México, dan la medida de la colosal tarea realizada en poco más de veinte años.

Actualmente, en México, realiza los trabajos preliminares para la decoración mural de una sala en la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra. La República Dominicana, país en donde ha residido el pintor algunos años, ha querido subrayar la consideración en que se tiene su obra en el país encargándole la ejecución de aquel mural, ofrecido por el Gobierno dominicano a la O. I. T., y que desarrollará el tema «Las leyes de Indias».

Posiblemente es Santo Domingo el país que hasta ahora guarda mayor número de obras—unos sesenta murales—de Vela Zanetti. Y en estas pinturas dominicanas puede seguirse claramente la evolución de unos medios expresivos, llegados en este momento a una madurez indiscutible. Fueron los veintisiete murales de la iglesia de San Cristóbal, en los que se relata la vida de Cristo, los que le valieron la concesión de la beca Guggenheim, uno de los más preciados galardones que pueden conseguirse en América. Entre estas pinturas y «Los misioneros», del llamado «Palacio de don Juan Manuel» en Ciudad de México, una de sus obras más recientes y admiradas, hay toda una historia y una auténtica lección de recia y sincera pintura.

Un periódico neoyorquino, en vísperas de la inauguración de las pinturas de Vela Zanetti en el edificio de la O. N. U., publicaba una gran fotografía del pintor ocupado en su obra y un elogioso artículo, titulado: «El hombre más trabajador de la O. N. U.» Con el sentido de precisión característico de la mentalidad norteamericana, el articulista comenzaba así: «El hombre, sin duda alguna, más trabajador de la O. N. U., es en estos días el artista español José Vela Zanetti, de treinta y nueve años, que ha estado trabajando durante cinco meses, con frecuencia siete días a la semana, en un mural de setenta pies de largo y doce de alto situado en uno de los principales pasillos de la O. N. U... En este período el artista ha consumido cada día veinte tazas de café y una libra de fuerte tabaco de pipa...»

Entre todos los pintores que han decorado el funcional edificio central de las Naciones Unidas—el francés Leger, el noruego Per Krohg, el brasileño Portinari—, Vela Zanetti ha sido el único que ha pintado hasta ahora directamente en el muro. Leger permaneció tranquilo después de hacer el plano definitivo y dar instrucciones para que se ampliara las veces necesarias



Izquierda: Vela Zanetti proyecta sus obras directamente sobre la superficie en que han de realizarse, prescindiendo de una técnica bastante usual, consistente en realizar sólo el proyecto, que después es ampliado. Arriba: El tema ibérico de los toros encuentra una vigorosa y dramática expresión en este duco, «Toro y caballo», en la Galería Sudamericana de Nueva York. Abajo: Parte central del mural de Vela Zanetti en el edificio de las Naciones Unidas.



Maestro de muralistas en el país de los murales

y fuese colocado en el lugar de su destino. El noruego Krohg lo envió desde su país completamente terminado, y sólo hubo que pegarlo.

En otro artículo aparecido en *La Prensa*, de Nueva York, firmado por Francisco V. Portela, se referían las dificultades técnicas que Vela Zanetti ha tenido que resolver para realizar su obra. El muro sobre el que el pintor había de trabajar aúna la dificultad de la luz, ya que da a un gran ventanal corrido, y la perspectiva, puesto que la distancia máxima focal no pasa de las diez yardas. La solución de Vela Zanetti fué colocar los elementos de su obra siempre en primer plano, siguiendo la idea de profundidad, no con artificios de perspectivas geométricas, sino principalmente con colores. Colores en los que predominan los negros, los blancos y las tierras, en unas gamas muy características de las maneras españolas.

Vela Zanetti había proyectado pintar su obra al fresco; pero teniendo en cuenta la estructura del edificio y el carácter del muro señalado, eran de prever posibles grietas en el futuro, con perjuicio de la obra. Para evitar esto se obtuvo una tela que, sobre el muro, conservara su rugosidad.

Diez meses llevó al muralista la preparación de la obra, dibujando y trazando bocetos en el propio muro. Acabada esta primera fase, comenzó la tarea definitiva, y a mediados de 1953 fué inaugurada con toda solemnidad.

La paz es un estado del alma

«La obra mural debe ser realizada para ser leída por igual en el espíritu del hombre preparado y sensible y no para ser gozada por una minoría. En definitiva, su mensaje debe ser recogido de diferentes maneras, pero por todos los que la contemplan. No se puede perder la dignidad humana. La pintura mural no debe perderla por su tamaño. Las figuras siempre deben indicar nuestra razón de existir y de vivir. Entiendo que ha habido una ola de experimentadores de pintura mural que se han ceñido a sus credos particulares políticos, sin acordarse del gran ejemplo que nos ha legado Orozco, el cual ha hecho una pintura universal sin perder su sensibilidad artística ni su función social.» Estas palabras son de Vela Zanetti poco después de su llegada a Nueva York procedente de la República Dominicana y de Puerto Rico. Por otra parte, y refiriéndose ya al mural de la O. N. U., afirma: «Es una obra en la que las formas y colores hablan por sí mismos, ilustrando el sentimiento del artista de que, como dijo Espinoza, la paz no es la ausencia de la guerra, sino un estado del alma.»

Dado ya de lleno a la pintura mural, Vela Zanetti no tenía más remedio que llegar a México. Y hoy, en el país de los grandes muralistas, Vela es un nombre de primera magnitud. La obra maestra de esta última época es el grandioso mural *Los misioneros*, en el palacio de don Juan Manuel, de la ciudad de México. Los críticos mexicanos han señalado la influencia decisiva de lo más recio de la pintura española en el pintor leonés y al mismo tiempo la impronta de los grandes maestros muralistas mexicanos, en cuya busca, «como el creyente que por instinto sigue la ruta del maestro que lo precedió sin conocerlo», llegó Vela a México.

El mural de *Los misioneros* tiene por tema los contactos primeros entre los indios de México y los misioneros. De una gran riqueza de colorido, dominan, sin embargo, los tonos ocres. De manera semejante a como está concebido el mural de la O. N. U., también éste prescinde de los segundos términos y elude asimismo paisajes complementarios. La fuerza del dibujo de Vela Zanetti se complementa con la sobria gama de colores y, por otra parte, con la estructura del edificio en que está instalado.

«En un período de la plástica—ha dicho un crítico, hablando sobre Vela Zanetti—en que a la inquietud ha sustituído cierta confusión a la hora del ajuste y las decisiones, es importante que se llame la atención acerca de un hecho trascendental. La trascendencia... estriba en que constituye un acopio de experiencias, logrado tras la simplificación, tras el estudio honesto y bien orientado. Por eso el mural de Vela Zanetti será un punto de referencia en el muralismo contemporáneo. Orozquismo sí, pero sin oscuridades. Trágico, pero sin sentimentalismo... Lapidario en su mensaje.»

Mensaje que en boca del propio pintor es éste: «Es hora de que dejemos de reclamar más libertad para el arte. Llevamos medio siglo pidiendo libertad de tema, de técnica, de tamaño, etc. No debemos olvidar que los grandes creadores del Renacimiento no pidieron ninguna de esas libertades, sino que crearon sobre la marcha de los encargos, sosteniendo las batallas contra los mismos mecenas.—J. C.



Tañedores de Sicus (Bolivia).

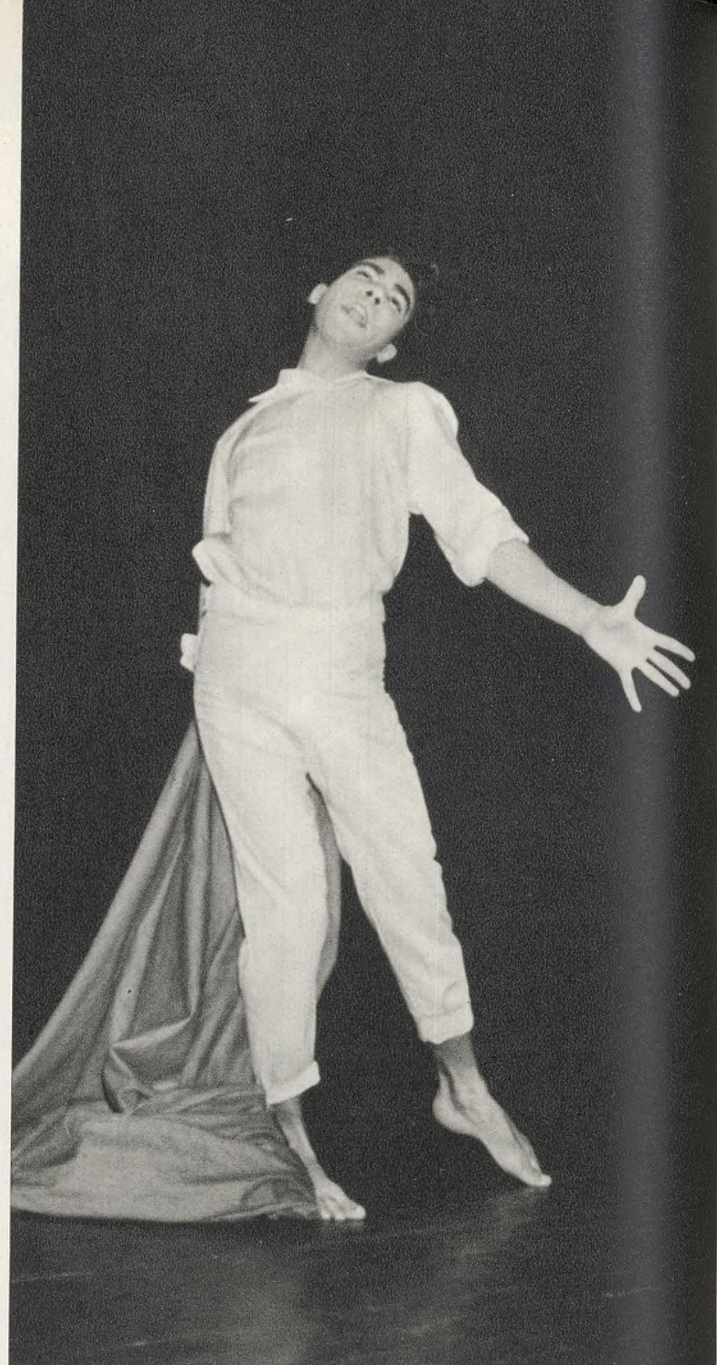
F. LINARES (LA PAZ)

Festival en Cáceres

ENTRE los actos que han de celebrarse en España con ocasión del IV centenario de la muerte del emperador Carlos V figura el Primer Festival de Folklore Hispanoamericano, que ha de celebrarse en Cáceres, patrocinado por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, en los primeros días de junio. Trujillo y Plasencia, las históricas ciudades, serán también escenarios de

Danza de sacrificio (México).

RAFAEL (MEXICO)



PORTILLO (MADRID)

Danza de las islas Filipinas.

este magno Festival. Grupos folklóricos profesionales y aficionados de Hispanoamérica, Brasil, Portugal, Filipinas y de la propia España concurrirán con sus repertorios de bailes y danzas peculiares en cada país. También las canciones populares y las interpretaciones mixtas de baile y canción tendrán cabida en el certamen, donde la múltiple diferenciación artística y cromática de estos países encontrará una ocasión de conjunto realmente singular. El solo anuncio del concurso ha levantado verdadera expectación, y son muchos

Danza de Segovia (España).



CORMOR (MADRID)

Indios voladores de Veracruz (México).

CASASOLA LOPEZ (MEXICO)



Músicos de un «ballet» azteca.

los países que se han preparado ilusionadamente para esta excepcional exhibición Trajes maravillosos, letras llenas de sabor y antigüedad, músicas e instrumentos jamás oídos por muchos, van a tener por fondo el austero paisaje extremeño y se van a disputar los codiciados premios ofrecidos para los vencedores de la prueba. España, que ha cuidado de manera especial todo lo que significa permanencia y vitalidad de su riqueza folklórica, va a encontrarse ahora rodeada de otras manifestaciones artísticas, que se emparentarán en el tiempo y muchas veces se confundirán en los orígenes. Estas fotografías que ofrecemos son un anticipo precario y aventurado de lo que va a ser el excepcional Festival.

La célebre jota aragonesa (España).

JALON ANGEL (ZARAGOZA)



"Platero and I"

Entre las muchas traducciones que se han hecho de la ya inmortal obra de Juan Ramón Jiménez «Platero y yo», aparece ahora ésta, que le ha valido ser considerada entre los libros más leídos en el año en los Estados Unidos. Como realmente la traducción de un libro poético encierra grandes dificultades, reproducimos hoy para nuestros lectores el primer capítulo de la genial obra del Premio Nóbel español, según la versión de Eloïse Roach, que ha sido la encargada de dar a conocer «Platero y yo» al gran público norteamericano.

I

PLATERO is a small donkey, a soft, hairy donkey: so soft to the touch that he might be said to be made of cotton, with no bones. Only the jet mirrors of his eyes are hard like two black crystal scarabs.

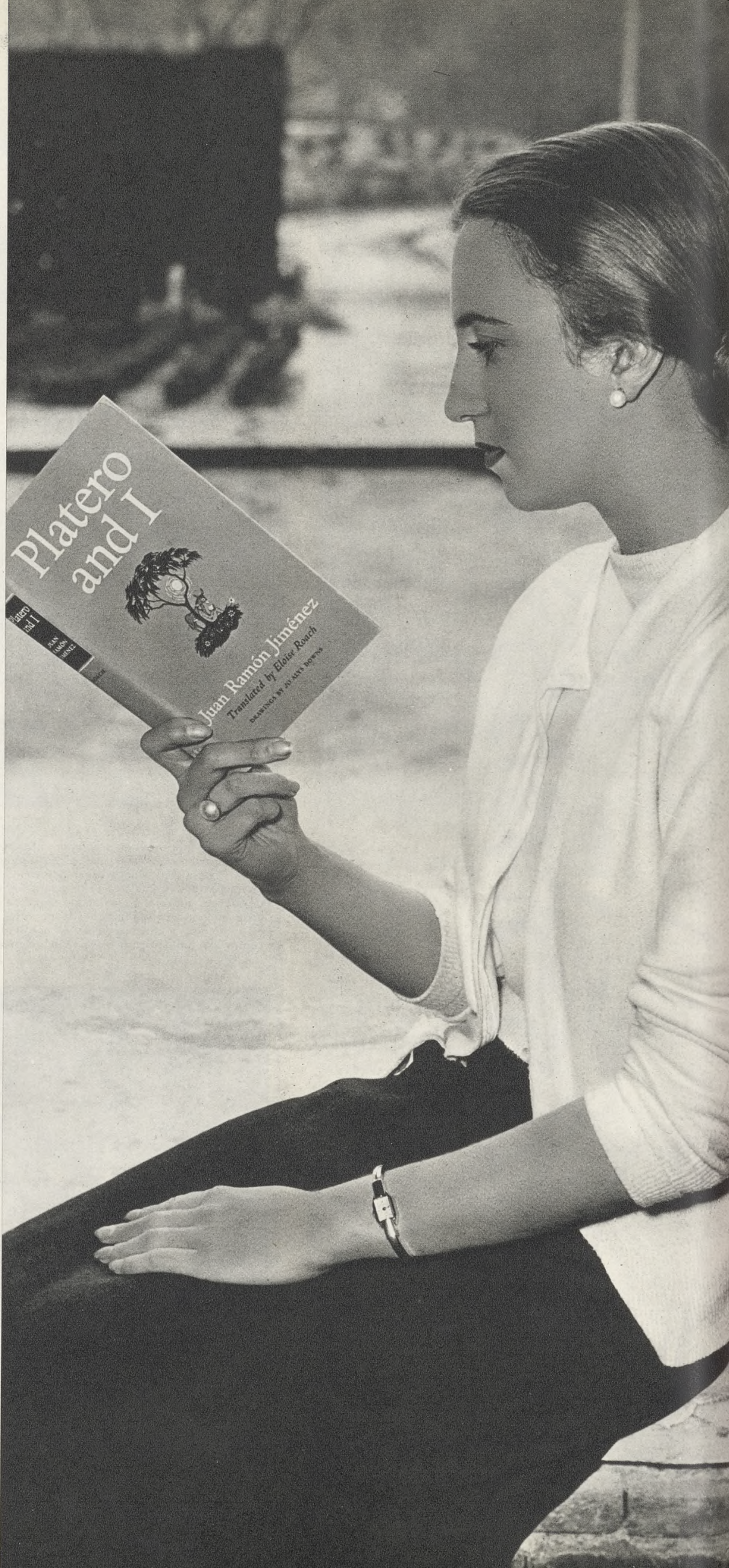
I turn him loose, and he goes to the meadow, and, with his nose, he gently caresses the little flowers of rose and blue and gold... I call him softly, Platero? and he comes to me at a gay little trot that is like laughter of a vague, idyllic, tinkling sound.

He eats whatever I give him. He likes mandarin oranges, amber-hued muscatel grapes, purple figs tipped with crystalline drops of honey.

He is as loving and tender as a child, but strong and sturdy as a rock. When on Sundays I ride him through the lanes in the outskirts of the town, slow-moving countrymen, dressed in their Sunday clean, watch him a while, speculatively:

«He is like steel», they say.

Steel, yes. Steel and moon silver at the same time.



LITERATURA EN LOS EE. UU.

"Platero y yo" entre las mejores obras de 1957

En los Estados Unidos se ha hecho por una importante revista una selección de las obras que, a juicio de la crítica, pueden considerarse las mejores entre la numerosísima producción literaria del país. Se trata, naturalmente, de obras publicadas en inglés, y entre éstas figura la traducción de «Platero y yo», el delicioso libro de nuestro Premio Nóbel Juan Ramón Jiménez. Como dato curioso, y para dar idea del volumen de la producción de libros norteamericanos, la revista dice que, para que una persona pudiera conocer la totalidad de los libros publicados en el año 1957, tendría que leer treinta libros cada día durante un año. Y a continuación damos la selección hecha por estos críticos de los libros en cuestión.

FICCION

«UN LEGADO» — **De Sibile Bedford**

Una mirada a la Europa victoriana y eduardiana, en que el ocio de las clases altas las conduce a una verdadera batalla contra el hastío. Sibile Bedford convierte la novela cosmopolita en una rememoración entretenida de la época tratada, al tiempo que formula una documentada acusación.

«UNA LUZ PARA LOS TONOS» — **De Natalia Ginzburg**

Se trata de un breve y poético relato de unas vidas ordinarias sumidas en la desesperación durante el Gobierno mussoliniano en Italia. Escrita con sencillez desde el nivel de las vidas sencillas que resume, se trata de una de las mejores novelas italianas de los últimos tiempos.

«LA CAIDA» — **De Albert Camus**

En este libro, el último Premio Nóbel se aparta en cierto modo del existencialismo para acercarse a una solución religiosa en un esfuerzo por determinar el dilema del hombre de hoy. Su héroe, borracho e incomprendido, se ve centro de todas las cosas y envuelto en la idea del pecado original.

«LA CAJA VOLADORA» — **De Mary McMinnies**

Una primera novela, que trata de los británicos que todavía pretenden llevar sobre sus hombros la misión del hombre blanco en la Malasia. La decadencia del Imperio se da en la medida del oscuro triunfo de un agente del mercado negro de Londres, que encuentra un botín en las ruinas.

Platero and I



Juan Ramón Jiménez

Translated by Eloïse Roach

DRAWINGS BY JO ALYS DOWNS

PLATERO Y ANDALUCIA vistos por Jo Alys Downs

Jo Alys Downs aporta la novedad de su arte y la finura de su lápiz a enriquecer el acervo de ilustraciones en torno a Platero, su ambiente, sus amigos y su paisaje. Seguramente será este libro uno de los que en el tiempo haya dado lugar a que artistas de todas las tendencias y latitudes ensayen su particular interpretación. La breve selección de ilustraciones que damos en estas tres páginas corresponden a la edición de *Platero and I* hecha por Austin: University of Texas Press.



«PNIN» **De Vladimir Navokov**

Se trata de la vida de un emigrado ruso que ejerce el magisterio en un colegio de los Estados Unidos. Sus dificultades de idioma le hacen aparecer ridículo y cómico en sus clases y actividades. Un natural desvalimiento de su persona se une a lo anterior para marcar el triste caso del exilio.

«LA CRONICA DE WAPSHOT» **De John Cheever**

Una novela melancólica y entretenida. Una vieja familia de Nueva Inglaterra, con un árbol genealógico de valientes antepasados, contrastando con jóvenes excéntricos, simpáticos y despreocupados, que carecen de todo lo que ha hecho fundamentales y serios a sus mayores desaparecidos.

«LA FIESTA DE LUPERCAL» **De Brian Moore**

Un libro que viene a confirmar el talento novelístico del autor, que se dió a conocer con *La solitaria pasión de Judith Hearne* (1956). La vida en una escuela de jóvenes en Irlanda, donde la ruindad, la malevolencia, la envidia, contrastan con la inocencia y la ternura, que triunfan.

«BERLIN» **De Theodor Pliever**

Con este volumen se completa la trilogía de Pliever. Los otros tomos se titularon *Stalingrado* y *Moscú*. En esta apasionante novela, alucinadora e intensa, se ve el final de la época hitleriana, y así se completa esta obra, acaso la más importante en torno a la segunda guerra mundial.

«EL ASISTENTE» **De Bernard Malamud**

Un judío de Brooklyn, al que asaltan la tienda. Los remordimientos del ladrón. Una sencilla anécdota, que da lugar a una gran novela, porque la aguda comprensión de los significados llegan a un resultado psicológico interesantísimo sobre las vidas de gentes aparentemente desesperadas.

«EL PUEBLO» **De William Faulkner**

El ilustre Premio Nóbel estudia aquí el caso del malvado Snopeses, que arrebata a las nobles familias de Yoknapatawpha el condado que poseían. Lo tortuoso de la trama está dado aquí a través de un narrador, que es el malicioso tonto de un pueblo, con la técnica extraordinaria de Faulkner.

«EN LOS TIEMPOS DE GREEN-BLOOM» **De Gabriel Fielding**

Un colegial inglés de gran sensibilidad marcha a tientas por las tortuosas sendas de la vida y del amor, y el encuentro con Horab Green-Bloom—uno de los más brillantes sacerdotes aparecidos en el campo de la novelística contemporánea—orienta su vida y le hace recuperarse.

«PLATERO Y YO» **De Juan Ramón Jiménez**

Ciento treinta y ocho poemas en prosa, un constante e ininterrumpido coloquio del poeta con un burrillo en las tierras de la baja Andalucía. Uno de los libros más encantadores que se han escrito, tanto para niños como para hombres, saludo de la pluma de este gran lírico español, Premio Nóbel del año 1956.

«JUSTINA» **De Lawrence Durell**

Lo tierno, lo voluptuoso y lo desagradable se dan aquí en una original ecuación artística. La aventura de una judía de Alejandría que no encuentra cauce para su vida. El lector cobra una inolvidable impresión de los ambientes reflejados en el libro y de las sórdidas horas de una mujer en el Cercano Oriente.

«POESIA POR EL AMOR» **De James Gould Cozzens**

Se elabora aquí el tema de muchas clases de amor y su capacidad para quebrantar o fortalecer el carácter, hacer y deshacer la vida de hombres y mujeres. A través del protagonista, un abogado, el libro trata también de un tema importante: la responsabilidad del hombre frente al hombre.

«NO SOLO DE PAN...» **De Vladimir Dudintsev**

Más que una novela, constituye un documento importante, publicado en Occidente a pesar de las protestas de Moscú. Con tenacidad y sarcasmo, un ruso residente en Rusia condena de modo eficaz el régimen soviético, su cínica burocracia y la falta de respeto para toda clase de aspiraciones individuales.

«UNA MUERTE EN LA FAMILIA» **De James Agee**

Un himno a la vida entonado en el relato de la muerte de un hombre y del complejo de sentimientos que discurren en los corazones y en las mentes de sus familiares. El éxito de la novela está en el conocimiento del autor de la psicología y la tragedia que se encierra en cada personaje.

«ULTIMOS CUENTOS» **De Isak Dinesen**

Relatos góticos en un escenario que se extiende desde Dinamarca a Italia y que ponen al descubierto las trágicas ironías que pesan sobre los reyes, o los poetas, o los asesinos. Un libro de extraña eficacia, donde se dan unidos maravillosamente lo sublime, lo grotesco y hasta lo sobrenatural.

NO FICCION

«EL HOMBRE DE ORGANIZACION» **De William H. White, Jr.**

Un meditado estudio crítico del creciente número de americanos que tienden a vivir, trabajar, pensar y divertirse dentro del cuadro de las grandes empresas en que son empleados. Deja de ser una llamada al no conformismo, pero acucia al hombre a salvar su propia personalidad.





«LAS RAICES DEL COMUNISMO AMERICANO» **De Theodore Draper**

Es el primer volumen de una importante historia de un ex comunista lleno de objetividad para tratar el tema. Ofrece un sabio recuento de la ambición de poder del comunismo y de la increíble falacia que implica en sus procedimientos y normas la teoría y práctica del comunismo.

«EL MERCADER DE PRATO» **De Iris Origo**

Biografía de un mercader toscano del siglo XIV, reconstruída a base de una amplia documentación de cartas y libros comerciales. Una penetrante visión de los comienzos del capitalismo, una fina obra de historia social servida por una pluma que la convierte en graciosa muestra de estilo literario.

«EL SENTIDO COMUN Y LA QUINTA ENMIENDA» **De Sidney Hook**

Muestra aquel filósofo cómo los liberales sentimentales, apartados del sentido común, han aceptado la «quinta enmienda» como una panacea para lo justo y para lo injusto. Soslayado por muchos comentaristas y atacado por otros, ofrece más sentido sobre el tema que ningún otro libro.

«EL LEON Y EL TRONO» **De Catherine Drinker Bowen**

Una biografía de gran estilo. La vida y la época de Sir Edward Coke, quien se convirtió en el perro guardián de la «Common Law» y duramente expresó a los reyes británicos que estaban bajo la soberanía de la ley y defendió principios legales que estarían en vigor varios siglos después.

«LA NUEVA CLASE» **De Milovan Djilas**

Un importante comunista yugoslavo, actualmente en una prisión de Tito, después de una vida consagrada a Marx, se convence de que los comisarios han realizado una labor ruinosa y que son más ambiciosos y materialistas que los capitalistas. Un significativo libro de un ex favorito del mariscal Tito.

«GOGOL» **De David Magarshack**

La biografía del genial escritor ruso que reveló la corrupción de las costumbres de su país y los horrores de la servidumbre. El gran novelista del siglo XIX, uno de los mejores de todos los tiempos, es tratado aquí con verdadero conocimiento por David Magarshack, el agudo autor de esta biografía.

«LAS ARMAS NUCLEARES Y LA POLITICA EXTRANJERA» **De Henry A. Kissinger**

Un libro de un profesor de ciencia política, en el que defiende que los Estados Unidos deben estar preparados y dispuestos para participar en las pequeñas guerras hasta una victoria final, si no se quiere que el mundo se pierda en una sucesión de nuevas Coreas.

«WARWICK, EL HACEDOR DE REYES» **De Paul Murray Kendall**

Una espléndida biografía del conde de Warwick, el fascinante hacedor de reyes británico del siglo XV, quien combatió en ambos bandos alternativamente durante la Guerra de las Dos Rosas. Al final de su carrera, la propia embriaguez del poder le hizo caer víctima de su ambición.

«DADNOS ESTE DIA» **De Sidney Stewart**

Un libro tremendo y sombrío alrededor de la segunda guerra mundial, escrito por un joven recluta que fué hecho prisionero en Batán y liberado por los rusos en Manchuria, después de un largo cautiverio, en el que pasa por años de horror y de enloquecedoras torturas físicas y también morales.

«GEORGE WASHINGTON» **De John Alexander Carroll y Mary Wells Ashwort**

Séptimo y último volumen de la importante obra que inició el historiador Douglas Southall y que no pudo dejar terminada al morir. El libro es un adecuado complemento a la interesante y definitiva vida de George Washington, meritísimo en su labor continuadora.

«TRES SIGLOS DE PINTURA AMERICANA» **De Alexander Eliot**

La rica y extensa historia de la pintura americana está recogida en este libro y fijada en 250 reproducciones a todo color. El desarrollo del arte, con sus variantes, escuelas y creadores, se ha descrito en estas páginas de una manera informativa y a la par de cuidada crítica.

«EL LIBRO DE CHARLES M. RUSSELL» **De Harold McCracken**

Un buen servicio a la tradición americana. Russell fué uno de los más populares pintores de los Estados Unidos. Sus vibrantes cuadros reflejan la luz y la soledad de los amplios espacios abiertos del Oeste que él amó como *cow-boy*. El libro, biográfico, contiene 200 ilustraciones.

«ARTE PRECOLOMBINO» **De S. K. Lothrop**

Una extraordinaria colección del arte aborigen americano, con bellísimas fotografías, la mayoría de ellas a todo color. Desde la interesante cerámica mexicana hasta las máscaras aztecas o los tejidos peruanos, se ha recogido en el libro todo ese mundo de imaginación y fantasía de los antiguos.





OPORTUNIDADES COMERCIALES

LINOTIPISTA ofrécese para cualquier país de América. José Roldán. Aguirre, 4. Granada (España).

•

BUENOS TRABAJOS mecanográficos, precios módicos. FERVENZA. Garibay, número 6. Madrid (España).

•

PERSONA SOLVENTE próxima visitar Península, óptimas referencias España, acepta toda clase gestiones. Mayor. Doce de Octubre, 5235. Mar del Plata (República Argentina).

•

«MADRID FILATELICO». La mejor revista mensual para filatélicos. Suscríbase: Príncipe, 1. Madrid (España).

•

APIDYK. La mejor fórmula de la jalea real. Laboratorios Dykinson. Calle Meléndez Valdés, 61. Madrid (España).

LASO, GESTORIA OFICIAL. Administración, venta fincas toda España. Exportación. Representamos a extranjeros en todo asunto en España. LASO. General Ricardos, 23. Madrid (España).

•

INTENDENTES MERCANTILES, Derecho, en español. Apartado de Correos 348. Santander (España).

•

SERVICIO DE BUSQUEDA de personal técnico y administrativo para grandes empresas. Escriba a Byron Villacres, 1225 S. Union Avenue. Los Angeles, California (U. S. A.).

•

PARA VENTA DE «CHRISTMAS» y grabados de España monumental necesitamos representantes en todos los países. Ediciones JHERR. Velázquez, número 124. Madrid (España).

★

Las notas para insertar en esta sección deberán remitirse directamente a la Administración de MUNDO HISPANICO, Alcalá Galiano, 4. Madrid Tarifa: 5 pesetas por palabra. Tratándose de suscriptores, bonificación del 25 por 100.

Los LECTORES también escriben

Queremos hoy publicar para nuestros lectores una carta verdaderamente excepcional. Porque los muchachos de este grupo escolar brasileño, que piden intercambio de sellos de Correos con otro grupo escolar de España, han elegido para conductor de su mensaje a un verdadero escritor en cierne. La carta, que publicamos íntegra y en la lengua que viene escrita, trasciende emoción y patriotismo entre todas sus líneas. Este muchacho que la escribe, convencido de las gracias y excelencias de su país, quiere dar un anticipo urgente de «cómo es» a los lectores del mundo. Y no creemos que nadie pueda en menos espacio recoger una información más precisa. Recordamos ahora aquella magnífica lección de geografía que un eximio escritor y periodista español, Víctor de la Serna, hizo en cierta ocasión para decir «cómo era España». El escritor tuvo que recurrir a este lenguaje ingenuo, directísimo y limpio de retórica que hoy emplea nuestro comunicante. Creemos que la publicación de este mensaje es algo más que una carta: es una lección espontánea y feliz de la fraternidad mejor entendida.

Itararé, 15 de março de 1958.

Caro colega de além-mar: Espero que esta, ao chegar em terras tão distantes, encontre-o com saúde e feliz entre os seus.

Na escola em que estou estudando, os alunos desejam corresponder-se com crianças de países distantes.

Eu, como ouço falar muito da Espanha, escolhi a cidade em que você mora, para trocarmos cartas e por meio delas conhecermos um pouco das Pátrias de nós dois.

Nosso desejo é construir laços de amigade com meninos da Espanha. Esse é um dos motivos de minha cartinha. O outro é o seguinte:

No Grupo Escolar em que estou, e que é o Maria da Silveira Vasconcelos, foi organizado um clube de sêlos brasileiros e estrangeiros. Cada classe tem o seu álbum, sendo que o nosso, por ser do 4.º ano, é o mais bonito.

Escolhi alguns sêlos para mandá-los a você, esperando para muito breve uma cartinha sua, onde eu possa encontrar sêlos de sua terra.

Desejo saber de tôdas as coisas bonitas que existem nesse belo país.

Agora vou descrever a você alguna coisa da minha Pátria querida.

O Brasil, meu berço natal, está politicamente dividido em 16 Estados marítimos, 4 centrais e 5 territórios. Há ainda o arquipélago de Fernando de Noronha, que é um ponto estratégico de grande importância, pelas manobras militares alí realizadas e também por ser sentinela vigilante das costas brasileiras, sentinela que domina a vastidão do mar.

Minha terra é a das florestas virgens, das matas que têm árvores gigantescas, donde tiramos madeiras para nossas construções. No Estado do Amazonas, há seringueiras, donde extraimos a substância necessária à fabricação da borracho, elemento de grande consumo no mundo inteiro.

Além das florestas, há também rios mui grandes. O maior deles, o rio Amazonas, tem seis mil quilómetros de extensão e é considerado o maior rio do mundo em volume d'água. Nêle penetram navios de grandes calados e quasi todo seu leito é navegável. Quando viajamos pelas águas do Amazonas, próximo das margens, vemos grandes árvores, aves de diferentes e lindas plumagens, como a arara, o tucano, a papagaio, a garça-real, o calhereiro, o pavão do Mato Grosso e outras de que não me lembro agora.

Dois outros grandes rios, são a Tocantins e o Araguaia. No Araguaia existe a ilha do Bananal, a maior ilha fluvial do mundo. O rio S. Francisco também é muito grande. Nêle existe a cachoeira de Poulo Afonso, cujas águas movem a usina hidro-elétrica que fornece energia a tôda zona nordéste do Brasil.

É enorme e variada a quantidade de peixes existentes nesses rios. Há peixes da altura de um homem. O jaú é um deles.

Porém o mais feroz, que devora com espantosa rapidez os animais que caem n'água, é um peixe pequeno chamado piranha.

As cidades brasileiras são bonitas, principalmente o Rio de Janeiro, com suas lindas praias, e S. Paulo com seus arranha-céus. O rio de Janeiro é a capital do Brasil e São Paulo é a capital do Estado de São Paulo, pedaço da terra em que eu nasci.

Itararé, ande eu moro, é una pequena cidade, perto de São Paulo e Rio. Mas, apesar disso, não deixa de ser bonita. Tem ruas largas e bem calçadas com prédios muito bonitos. Tem dois grupos escolares, dois cinemas, ginásios, Escola Normal, fórum, clubes recreativos e seu povo é muito bom.

Agora en vou despedir-me de você, enviando um grande abraço bem brasileiro e bem amigo, a todos os meninos espanhois.

O coléga e amigo,

Nilson GAVIÃO DOS SANTOS



estafeta

VACACIONES EN INGLATERRA. Archer's Court, Hastings. Teléfono 51577. — Perfeccione inglés en Hastings, pueblo simpático, habitantes amables, estancia campestre, quince minutos autobús distante población y playa a dos horas tren de Londres. Pensión completa temporada verano, £ 7.7.0. (pesetas 1.235) semanal; primavera y otoño, £ 5.5.0 (pesetas 882) semanal. Dormitorio salón descanso, agua corriente caliente y fría. Biblioteca. Jardines arboleda, extensos. Escriban vuelta correos.

MARIA DOLORES GIRBAU. P. Claret, 35, Gerona.—Desea correspondencia con jóvenes de treinta a treinta y cinco años.

CARMEN PEREZ. San Olegario, 14 bis, Barcelona.—Solicita correspondencia en español e inglés.

MARIA A. SANZ. Apartado 702, La Habana (Cuba).—Desea correspondencia con jóvenes de cuarenta a cuarenta y cinco años de edad de Madrid o Barcelona.

FERNANDO GARCIA FERNANDEZ. Ramón y Cajal, 14, Alcalá de Henares (Madrid).—Solicita correspondencia con jóvenes de habla española, residentes en cualquier país.

EDDA MARIA SANGRIGOLI. Calle 11, 1.099, La Plata (R. Argentina). Desea correspondencia con jóvenes de todo el mundo en español, inglés, francés, italiano y alemán.

JOSE L. VARELA. Roger de Flor, 5, Barcelona. Desea correspondencia con señoritas, de veinte a veinticinco años de edad, de cualquier parte del mundo.

GUILLERMO DALMAU. San Bernardo, 32, Sallent (Barcelona). — Solicita correspondencia con señoritas francesas en español y francés.

MARI BLANCA ARAUJO. Apartado 21.096, Madrid. — Solicita correspondencia con jóvenes mayores de treinta años de edad españoles y extranjeros.

JESUS MARIA PUERTA. B.ª Euskalduna, 39, Deusto (Bilbao). — Solicita correspondencia con un joven inglés para perfeccionamiento del idioma.

MARIANO DOMINGUEZ. Av. Juan Rodríguez, entre 2 y 4, Residencia Mayabeque. Guines, Habana (Cuba).—Solicita correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo, de cualquier lugar del mundo, para intercambio de postales, revistas, etc.

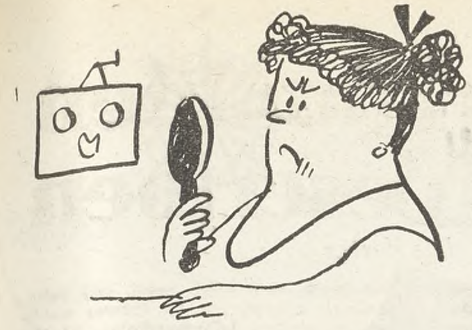
JOSE LUIS DOMINGUEZ. Calle 5, 208. Reparto Fraga. Guines, Habana (Cuba).—Solicita intercambio de correspondencia con jóvenes de cualquier lugar del mundo.

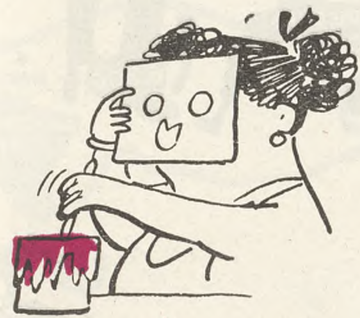
MARIA JESUS TARANCEIN. Plaza José Antonio, 5, La Almunia de Doña Godina (Zaragoza). Solicita correspondencia con jóvenes mayores de treinta y cuatro años de edad.

CARLOS MAIA. Rua Dr. José Jardim, 55, Figueira da Foz (Portugal). Solicita correspondencia para intercambio de emblemas deportivos.

Un color para el humor

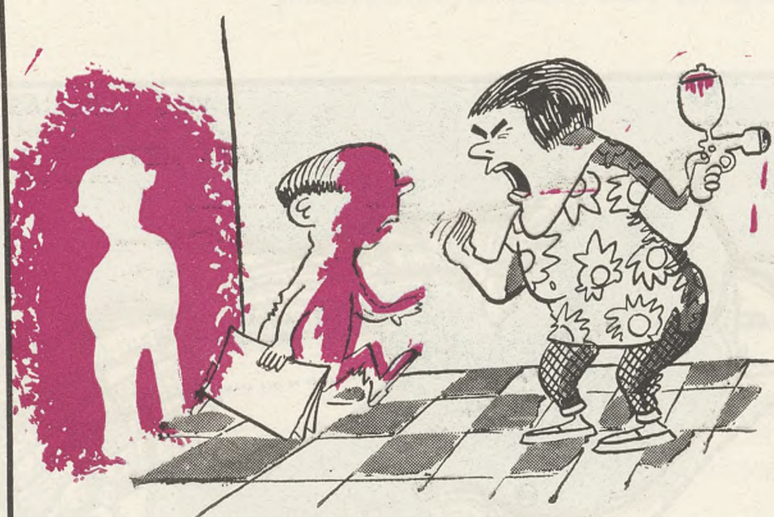
Por SERAFIN

























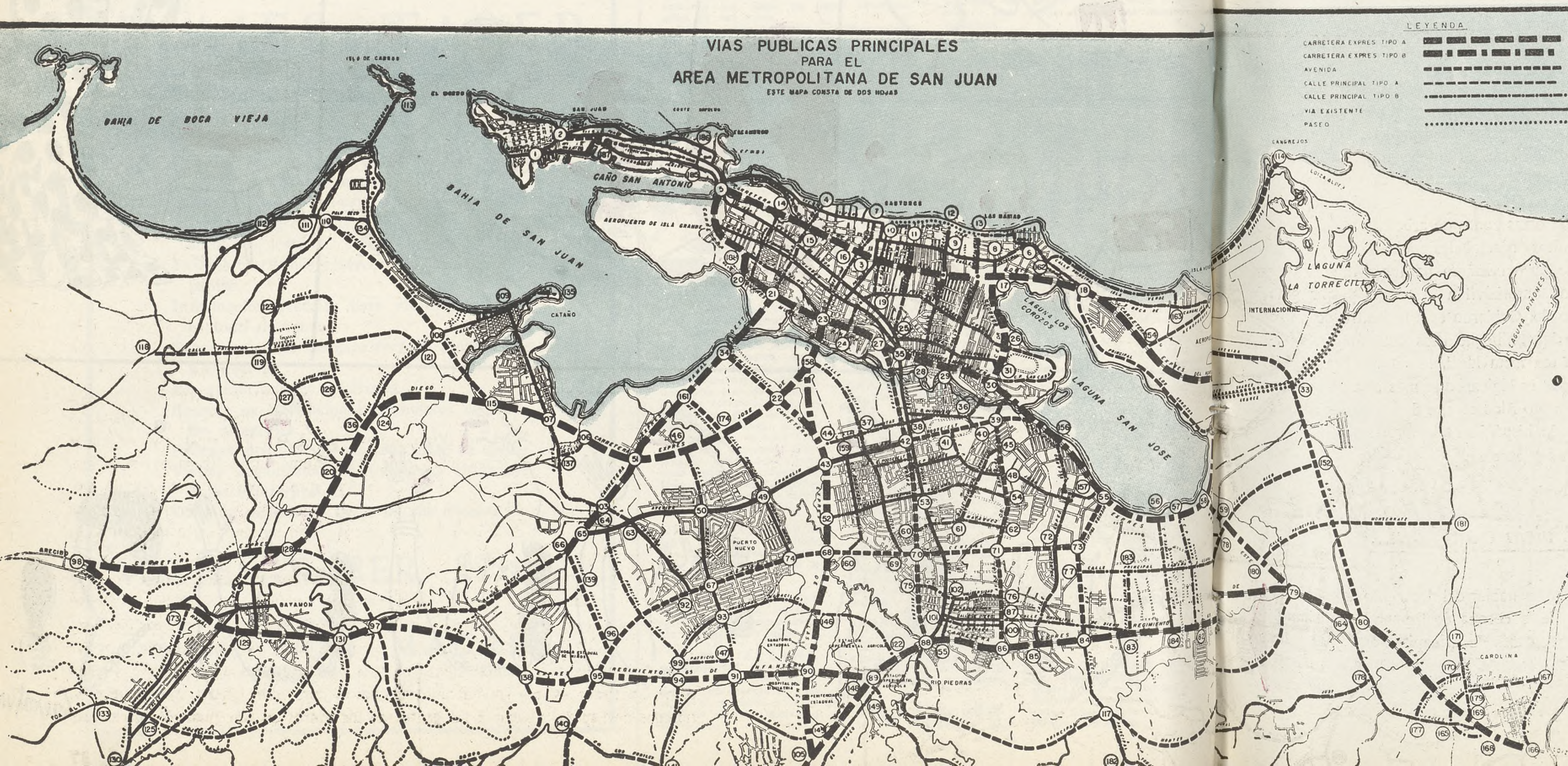


El nuevo San Juan de Puerto Rico

Una gran obra de urbanización planeada por un arquitecto uruguayo

Por

ERNESTO LA ORDEN MIRACLE



El viajero que llega por el aire desde España, con la última visión de la meseta ocre y gris de Castilla, piensa, al ver las montañas de Puerto Rico, que ha llegado al paraíso terrenal. Un verde unánime cubre la gran isla, desde los palmerales y los campos de caña de la orilla del mar hasta las praderas de los valles y los cafetales oscuros de las laderas montañosas, coronadas de bosques en el pico del Yunque.

Acércase el avión a San Juan de Puerto Rico sobre un festón de arrecifes y de playas. Se abren de pronto sobre la costa una, dos, tres lagunas o albuferas y una anchurosa bahía, bien resguardada contra el norte. Se ve en toda su extensión la isleta de San Juan, coronada en su extremo por la geométrica fortaleza del Morro; se adivinan las calles estrechas y coloridas de una ciudad semejante a Cádiz y ceñida enteramente por una muralla monumental; se ven las largas arterias llenas de automóviles que unen esa ciudad antigua con numerosos y dispersos ensanches, hacia el interior y en torno a la bahía; mientras gira el avión se goza por un momento de la visión caleidoscópica de mar y tierra, de casas y de bosques, de lagos y de montañas..., y al final se aterriza dulcemente en un aeropuerto modernísimo, entre los cocoteros y la espuma.

Si el viajero después se echa a la calle—no ciertamente a pie, porque no se lo permiten el calor ni las distancias—, advertirá en seguida que San Juan de Puerto Rico es una gran ciudad, formada de cinco o seis aglomeraciones urbanas bien distintas. Primero la ciudad antigua, el viejo San Juan, que es un islote estrecho sobre la entrada de la bahía. Luego la vasta y desordenada aglomeración de Santurce, bautizada así por un bilbaíno nostálgico, don Pablo Ubarri, que empezó en tiempos de España a sacar a las gentes de los muros de San Juan. El barrio resi-

La capital de la bella isla antillana tendrá un millón de habitantes en 1975 y constituirá un modelo de urbanismo en el soberbio marco de su paisaje

dencial de El Condado, en el costado marino de Santurce, recuerda que el rey de España premió con un título la hazaña del bilbaíno emprendedor. Viene en seguida Hato Rey, que fué un pastizal de la Corona, pero ahora agrupa miles de casitas en varias ciudades-jardín, ensartadas por el largo hilo de la anchurosa avenida Roosevelt. La avenida Ponce de León, todavía más larga, pero mucho más estrecha, nos conduce después a Río Piedras, que era una aldea eglógica junto a un río y hoy es una ciudad de cincuenta mil habitantes, apretada junto al vasco «campus» de la Universidad de Puerto Rico. Llegando a las primeras colinas se alzan las modernas urbanizaciones de Caparra, que han venido a dar la razón a la primera fundación de la ciudad de San Juan, hecha por don Juan Ponce de León en 1508, lejos de las marismas de la costa. Sobre esas mismas marismas, en la bahía, se apiña el barrio obrero de Cataño y se terraplenan los vastos espacios que ofrecerán solar a Pueblo Nuevo y a la nueva zona industrial. Todavía más lejos, a la manera de las varillas de un abanico que tuvieran su centro en el viejo San Juan, se extienden San Patricio, Santa María, San Antón, Sábana Abajo, Carolina y Bayamón, sobre un área de más de doscientos kilómetros cuadrados, en la que las casas y los barrios pululan por doquier sobre playas, llanuras y colinas, junto al mar, las lagunas y los arroyos. Todo ello en un desorden aparente, como una floración espontánea de la vitalidad del pueblo puertorriqueño, uno de los más prolíficos del mundo, y de la prosperidad económica de que disfruta desde hace unos años.

El Plan Regional de San Juan

Pero el curioso viajero se da cuenta muy pronto de que *el gran San Juan*, como diríamos en Europa, está sujeto desde hace algún tiempo a un plan científico de urbanización. Se descubren magníficos accesos a la ciudad, con estudiados «tréboles» o intersecciones de autopistas; saltan a los ojos las grandes arterias, las «avenidas-parques» que enlazan entre sí los sectores de la ciudad; se ve cómo los arrabales míseros, relegados junto a las lagunas interiores, se transforman en bellos caseríos que gozarán de parques y de playas sobre esas mismas lagunas; se aprecian perfectamente los espacios verdes —en Puerto Rico son verdes todos los espacios vacíos— en que se creará el «Parque de las Américas», correrán sobre las colinas las «carreteras escénicas» y se unirán las lagunas y esteros con un sistema de canales en un parque natural de extraordinaria belleza; aquí y allá se ven brotar del suelo las urbanizaciones modernas, con lindas casas unifamiliares—más o menos ricas según las circunstancias—, adaptadas generalmente al relieve del paisaje natural y provistas de sus centros comerciales, cívicos y de recreo.

Está claro que San Juan de Puerto Rico tiene un plan, que hay un arquitecto-urbanista que lo ha concebido y existe una Junta de Planificación con poderes suficientes para aplicarlo. Esa Junta es un órgano del Gobierno insular en el que laboran hombres como Cándido Oliveras y Santiago Iglesias, dignos sucesores de su fundador, don Rafael Picó. Ese arquitecto-urbanista se llama Eduardo Barañano, un uruguayo joven, casado con una gallega de Cleveland-Ohio: un maestro de esa moderna ciencia urbanística que se desarrolla simultáneamente en Europa y en Norteamérica en direcciones semejantes, aunque quizá en Europa con más cuidado de monumentalidad y en América con más prurito de eficacia. Barañano acaba de recibir en Nueva York el Premio anual de Planificación, compitiendo con numerosos otros proyectos de los Estados Unidos.

El Plan Regulador del Area Metropolitana de San Juan, que así se llama la empresa de Barañano, data de enero de 1957 y ha supuesto cinco años de estudio de una zona de 251 kilómetros cuadrados de tierras y aguas, basada en el cálculo económico-político de que la capital del Estado Libre Asociado, que en 1900 tenía 43.700 habitantes y hoy cuenta con 540.000 moradores, llegará en 1975 a la cifra de un millón, de la que no es aconsejable se desborde.

Lo económico, lo turístico y lo social

Al estudiar someramente este plan, presentado, por cierto, a la comprensión del gran público en dos excelentes y bien ilustrados libros, se observa que ha sido inspirado por tres principales orientaciones: la económica-industrial, la turística-recreativa y la social o popular.

En el primer aspecto se reserva todo el fondo de la bahía para el nuevo puerto y la principal zona de industrias. En el segundo se presta atención a los 170.000 turistas norteamericanos que arriban a San Juan cada año, creándose una zona de hoteles y residencias en las playas del norte de la ciudad. En el tercero se multiplican los caseríos populares, de propiedad o de alquiler, cómodos de pagar, con sus escuelas, parques infantiles y toda clase de servicios públicos. Este esfuerzo es particularmente meritorio porque la concentración de masas trabajadoras del interior está creando en la capital, como ocurre en muchos países, vastas zonas de vida material infrahumana, doblemente peligrosa bajo un clima tropical.

La iniciativa de estas obras industriales, turísticas y sociales parte en gran medida del Gobierno de la isla a través de la Corporación de Fomento, la Autoridad de Hogares y otras entidades públicas, ayudadas muchas veces por los organismos federales de la Unión Norteamericana. Pero también es muy grande el esfuerzo privado, visible desde hace bastantes años en múltiples zonas residenciales de gran riqueza. Aunque queda muchísimo por hacer, como es natural, en una ciudad de tan desaforado crecimiento, San Juan de Puerto Rico cuenta ya hoy con una cadena de grandes hoteles turísticos, con el soberbio aeropuerto de Isla Verde y el espléndido hipódromo de El Comandante, con el parque de la Isla de Cabras—maravillosamente situado frente al Morro—y con otras zonas de arboleda y de recreo. Van desapareciendo los «fanguitos» o arrabales encharcados, y en las nuevas casitas, construídas de puro cemento para resistir a los ciclones, suele verse un «carro» automóvil a la puerta y una gran antena de televisión. Propósito del Gobierno es que dentro de pocos años la renta nacional puertorriqueña llegue a los 2.000 dólares anuales por cabeza. Mientras llega esa meta ideal, la actual cifra de 442 dólares *per capita* en la isla, que es lógicamente más alta en la capital, permite ya asegurar que Puerto Rico es uno de los países de más alto nivel económico del mundo hispánico.

Y la restauración del viejo San Juan...

Pero no es hoy nuestra intención hablar del desarrollo de toda esta isla, última perla desprendida de la corona de España en ultramar. Nos limitamos a tratar de los progresos de su capital, esta ciudad de San Juan Bautista que tiene en su escudo el cordero de Dios junto a las iniciales, los yugos y las flechas de los Reyes Católicos, y que está administrada por elección popular, desde hace más de diez años, por





Esta es la maravillosa autopista central de la isla a su llegada a Río Piedras: una aldea de égloga junto a un río..., pero que hoy es una ciudad de 50.000 habitantes.

Vista aérea del viejo San Juan y su puerto, que aparece en primer término. Al fondo, el campo del Morro con su geométrica fortaleza y la entrada espléndida de la bahía.

PUERTO RICO

El plan respeta la vieja ciudad murada

una gran mujer, doña Felisa Rincón de Gautier, «la alcaldesa» por antonomasia en todos los países de nuestra lengua. Ella es quien gobierna, como una reina de abejas, con solicitud femenina y entereza varonil, la vida de esta colmena de San Juan.

El despacho de doña Felisa o «doña Fela», como la llama cariñosamente el pueblo, se abre a todo y a todos en el edificio del Cabildo español, en medio del viejo San Juan. Es un Ayuntamiento modesto y noble, de buena villa andaluza, al que se ha añadido modernamente por la espalda, con muy buen acuerdo, un edificio funcional que no altera las líneas de la antigua Plaza Mayor. La ciudad presente y la futura se rigen desde esta alcaldía andaluza, en medio de una ciudad amurallada española. Por algo el modernísimo arquitecto-urbanista Eduardo Barañano, dejando un momento quieto su lápiz sobre los planos del futuro, se descubre ante el pasado de la capital toda América. Como que el viejo San Juan es un área de particular importancia arquitectónica, histórica y cultural. La ciudad murada debe ser tratada como una unidad, en la que deben ser preservados el conjunto y varias estructuras de gran significado.» Un juicio análogo formuló hace años el arquitecto argentino Mario J. Busciazzo, buen catador del arte español en puertorriqueña y dice: «El viejo San Juan tiene muchas cosas que ver, que conservar y que restaurar. Pero de eso hablaremos otros días.

ENRESTO LA ORDEN

Enlace de la isleta de San Juan y Santurce, con la punta en primer término, y detrás la laguna del Condado. Junto a los dos puentes se ve la intersección de carreteras.







Doña Felisa Rincón de Gautier, alcaldesa de San Juan de P. Rico.



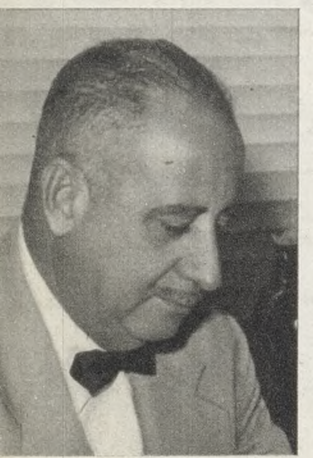
El arquitecto Eduardo Barañano, creador del nuevo San Juan.



Rubén Sánchez, uno de los miembros de la Junta renovadora.



Cándido Oliveras, presidente de la Junta de Planificación de S. Juan.



Santiago Iglesias, colaborador en el renovado San Juan de P. Rico.

Dibujo, sobre la foto, de la intersección de carreteras que se está construyendo en Río Piedras, entre el verdor unánime que cubre la gran isla.

PUERTO RICO

Noticia histórica de San Juan

A finales del año 1508, Ponce de León inició la fundación de la primera ciudad de la isla, y, por orden del comendador Ovando, entonces gobernador de La Española, se llamó a esta primera población Caparra, según consta en las capitulaciones firmadas en la villa de la Concepción, el 1 de mayo de 1509. Más tarde el rey ordenó que se llamase ciudad de Puerto Rico, y subsistió con este nombre hasta 1521 en su primer emplazamiento. A instancias de los frailes jerónimos y de los propios vecinos, la población trasladóse en la fecha indicada al lugar que desde entonces ocupa, y se denominó definitivamente San Juan de Puerto Rico.

Su historia es pródiga en ataques marítimos. En 1529 unas canoas tripuladas por caribes atacaron la naciente población. Poco más tarde fué un corsario francés el que abordó a una carabela que había zarpado de San Juan. En 1595, Drake se presentó ante San Juan con una nutrida escuadra, intentando realizar un desembarco. Pedro Tello, al mando de cinco fragatas, rechazó el intento y el corsario inglés hubo de retirarse con grandes pérdidas.

Otros famosos ataques fueron los del conde de Cumberland, quien, después de entrar en la capital, hubo de abandonarla a los pocos días; el del general holandés Balduíno Henrico, y, sobre todo, el largo sitio que le pusieron los ingleses en 1797.

La ciudad, a primeros de este siglo, y con motivo del cuarto centenario de su fundación, inauguró un bellísimo sarcófago, en el que se contendrían los restos del fundador, Ponce de León. Hoy, cuando se ha cumplido medio siglo desde aquella fecha, los proyectos urbanísticos elaborados para embellecer la ciudad marcan un futuro prometedor en la fisonomía de una de las más antiguas ciudades hispanoamericanas.

Arriba: Aspecto de los arrabales miseros, que están desapareciendo. Abajo: Uno de los nuevos barrios o caseríos para obreros que ahora se construyen. Y, por último, en la fotografía inferior, una espléndida vista aérea del barrio de San José, plantado en la verde pradera de San Juan de P. Rico.







En «Buenas noches, Bettina», su último éxito en Madrid.

Alberto Closas vuelve a Buenos Aires

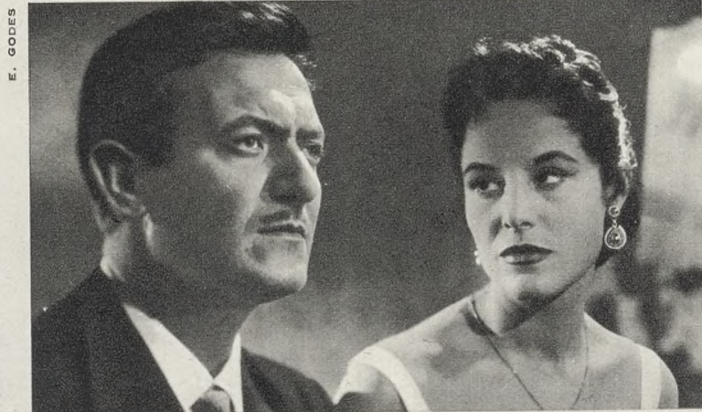
ALBERTO Closas salta ahora el Atlántico, de España a la Argentina, como antes lo saltó al revés o como primero lo cruzó en la misma dirección que hoy. Es el destino de la buena farándula y en general de todos los hombres de nuestro mundo que triunfan en su profesión. Tanto da hablar de Lola Membrives como de Rubén, de Andrés Segovia como de Larreta.

Nacido en Barcelona, Closas atravesó el océano para incorporarse en Buenos Aires a la Escuela de Arte Dramático de Margarita Xirgu, actriz con la que luego actuó como primer galán, hasta formar su propia compañía. El Sábado de Gloria de 1955 se presentó en el teatro de la Comedia, de Madrid, para refrendar en España sus éxitos teatrales argentinos. Si allá *estrenaba* a Casona, aquí *estrenaba* a Mihura... A la hora de juzgar su presentación, la crítica madrileña habló de «uno de los más importantes actores de habla española en los últimos tiempos». Fué premio al mejor actor teatral español en 1956-57, como antes, en Buenos Aires, premio al mejor actor cinematográfico por su labor en la cinta argentina *Danza de fuego*.

Treinta películas en Buenos Aires y ocho en Madrid y Barcelona, y su vertiente de cantante en la comedia musical *Buenas noches, Bettina*, están redondeando la personalidad de este actor, que ahora vuelve a Buenos Aires para presentarse allí en julio con el sartreano *Keam*, de Alejandro Dumas. Después, en enero, otra vez a España...

Con Susana Levesy, en «Un tesoro en el cielo».

E. GODES



Con Carmen Sevilla, en «La fierecilla domada».

SIMON LOPEZ



Con Lucía Bosé, en «Muerte de un ciclista».

TORREMOCHA

JULIO ORTAS



EDUARDO CALIZ

Con María Jesús Cuadra, en «Buenas noches, Bettina».


BANCO
CENTRAL
BANCO
CENTRAL

Toros en el pueblo



La plaza Mayor de La Puebla de Montalbán, convertida en ruedo.

Esta es sólo una de las mil caras de España. Está en sus adentros aún. A la hora en que el país se industrializa a marchas forzadas—la Siderúrgica de Avilés, inaugurada en 1957, ya produce más hierro que toda España junta y hasta lo exporta a los Estados Unidos y el Canadá—, la meseta agrícola conserva sus tradiciones. La fiesta es dura, dramática, y no quita sitio a la técnica. Templa. Para la dialéctica de los antagonistas, y por si su espíritu bebe en influencias galas, argumentos también franceses, por hoy. Gaston Doumergue, Presidente de Francia a principios de siglo, escribía, defendiendo la fiesta de toros: «Se comprende que los hombres tengan pocos amigos cuando los animales tienen tantos.» Algo más: «Las corridas de toros han contribuído, y no poco, a mantener el vigor de la nación española.» Esto lo escribió J. J. Rousseau, quien «sería también un bruto inhumano, un sostén de la regresión». Y la ironía es de un apasionado taurófilo: Henri de Montherlant (de la Academia Francesa).

TEXTO: PEDRO MARIO HERRERO
FOTOS: MIGUEL ANGEL BASABE

Ay, hermano, y qué requiebro se le echa al buen sol en la llanada de Castilla!

Ya ves. Apenas son las seis y va a amanecer Dios en el horizonte. Por el pueblo, hoy, no pasan los carros cargados de espigas; las eras están desiertas, el trillo paralítico y el collar de cascabeles de las mulas colgado de una leja. El pastor no se ha puesto los zajones; el perro dormita espatarrado. Sólo vela una casa: la panadería; y hoy,



Tras la plegaria a la Virgen, en la capilla, el sobresaliente inicia el camino hacia el ruedo.



Expectación en el improvisado ruedo. Mientras la banda de música ameniza la fiesta.

Toros en el pueblo

bien se sabe por qué, el pan se amasa con cariño y se calcula de manera especial el tiempo que las grandes hogazas permanecen en el horno.

De pronto, el alba, hermano. Y un cohete, encendida la mecha a golpe de chispa antigua, caracolea por las nubes y estalla allá arriba, seco y duro, y los vencejos levantan el vuelo y la golondrina protege el nido con las alas.

Y en seguida la banda de música. Sale del Ayuntamiento, hermano; de ese portalón grande que está en una esquina de la plaza Mayor, por el que pasan al cabo del año los feriantes y donde cada domingo los lugareños leen cuándo hay que vacunar el ganado o cuándo se puede comprar pienso. La banda de música es un poco como un milagro en los pueblos de la llanada de Castilla. Los mozos trabajan durante el día, y a la noche, por aquello de que la vocación es un río que nunca se seca y que siempre está amenazando salirse de madre, se encierran en una habitación, y ¡hala!, a soplar, a cansar el fuelle en el clarinete o en el saxofón. Y luego, claro, en la amanecida de la fiesta, el paseíllo por las callejuelas del pueblo. Porque tienes que saber, hermano, que en nuestra España todo el mundo lucha para conseguir dar algún día el paseíllo. Con esto de que la banda de música, un paso tras otro, levante gorjeos en las esquinas, la gente se pone como loca y se asoma a las ventanas, y mira con ojos grandes a la tierra, al sol que nace. Y el hombre busca su mejor boina y su corbata nueva, y la mujer estrena unos pendientes o una falda de vuelo que mercó a un viajante de los caros.

Y mientras el pueblo se despierta, hermano, y se despierta el sol, tienes que saber también lo que está pasando por las carreteras cercanas, porque, a buen seguro, la fiesta de toros en un pueblo español va en los pies descalzos de un torerillo en cierne que camina sin tregua, vacía la bolsa y el corazón fajado por la ilusión más trágica y más venturosa.

Al alba, caminar

—¡Capea en La Puebla de Montalbán!

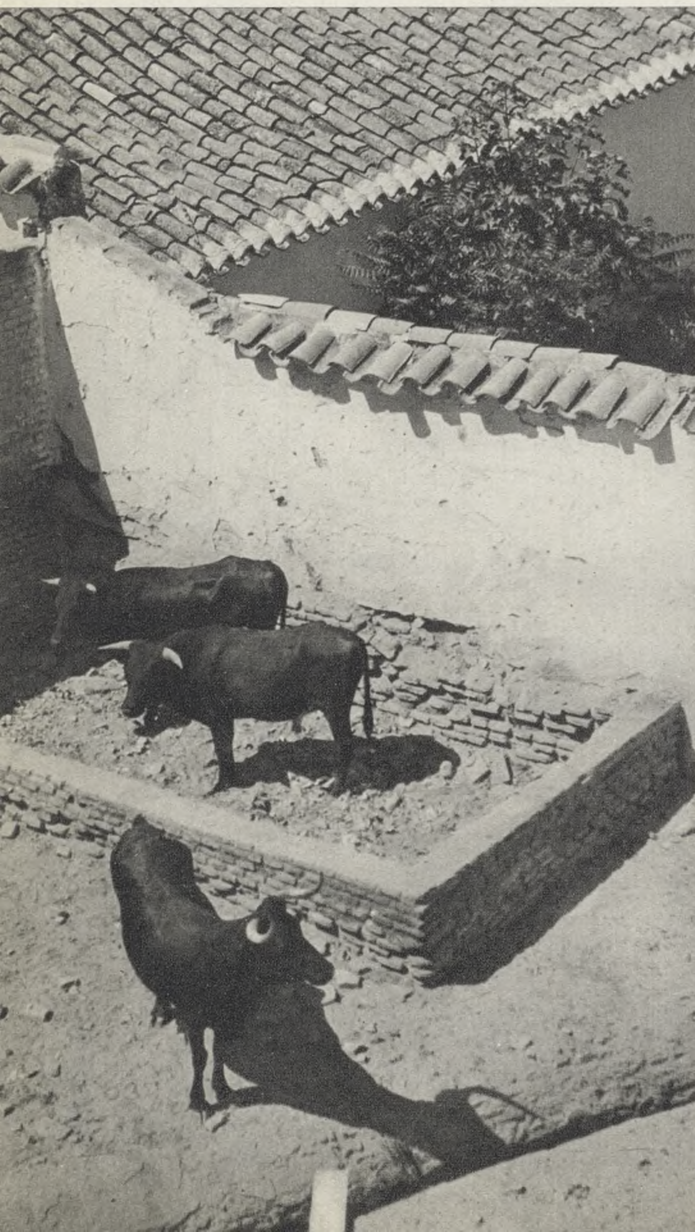
Y la noticia, por el radar de los labios, se calza las botas de siete leguas, sube y baja, espera, trota, y ya tienes a todos los aspirantes a toreros movilizados, hermano. Son muchachos jóvenes, perfilados en los quince años, con el único patrimonio de una sangre que les revienta las venas. Hay que aprender a torear, ésa es la idea que llevan clavada. Y por eso, a la noche, comienzan a caminar hacia La Puebla de Montalbán, hoy, que mañana se ha de ir a otro sitio distinto, el que señale Dios y un señor alcalde de Castilla. Van por la orilla de la carretera, sin detenerse; la boca reseca, si no cae la suerte de una invitación de un camionero que de vez en vez les paga el tiento a una bota de vino que sabe a gloria pura. Un día hay suerte y suben a un turismo y el camino se acorta mucho. Pero si no sonríen los buenos días, da lo mismo; los torerillos echan el pecho al agua y van a buen ritmo a quemarse en el cirio de la capea casi sin equipaje; todo lo más, una gorra para proteger la testa del sol, y eso sí, bajo el brazo, el rojo color de la capa, que en la mayoría de los casos es regalo de un torero de cartel.

¡Ay, hermano, y cómo te dicen estos torerillos que su capa era la capa de Bienvenida!

No pienses que lleven dinero; no hay tal. A la ventura van, y tú dirás que no es extraño, porque así nos conociste siempre tú. Levantando el pie derecho, luego el izquierdo, y luego a ver qué pasa.

Ya te contaré después lo que pasa con estos muchachos; ahora, ya que podemos volar de aquí a allá sobre los hechos, voy a decirte que en el reloj del Ayuntamiento de La Puebla de Montalbán están dando las nueve horas y que a las nueve y diez en punto, si no hay retraso, llega el autocar a la tabernilla esa que sirve de pórtico y de entrada al pueblo, y la noticia es que en el autocar viene de pasajero el torerillo ya encarrilado en la lucha por la fama. Viene, apúntalo, *Lobito Chico*, catorce años recién cumplidos, aunque sus padres y su cuadrilla dicen a moros y cristianos que tiene dieciséis, por aquello de que no se permite torear a nadie que no haya rebasado esa edad.

Lobito Chico es delgado como un palo y tiene mal genio, como corresponde a los toreros que se precian. El ya luchó lo suyo; él, a tan corta edad, ya tiene una biografía que pasma. A los diez años, vagabundo de capeas; a los once, saltar las tapias de pasto de una buena ganadería de reses bravas, chistar a un toro y torearle de noche, a la luz de la luna, jugándose el tipo; a los doce, primera cornada, sin gravedad, y llegar a



Las vacas bravas—no hay toros en las capeas—esperan en un patio abrasado de sol.



Momentos de súbita emoción: se ha lanzado al ruedo un espontáneo... Irá a la cárcel.







Toros en el pueblo

casa hecho jirones, el vientre al aire. A los trece, bautismo torero y hallazgo de su nombre. Y primera corrida contratada. Fué entonces cuando su padre, que es carpintero y que trabaja en Madrid, se puso a pensar reposado en el chaval.

—¡Este crío va para grande!—dijo en la taberna, impresionado.

A los amigos, por aquello de que los españoles llevamos dentro del pecho una admiración fanática por el riesgo, les nacieron relámpagos en los ojos.

—Tengo que ahorrar—siguió el padre—. Quiero que salga a la plaza vestido de luces.

A la madre, que, como en la mayoría de los casos, no sabía por qué llegaba tarde su hijo ni lo que pretendía, le temblaron un poco los labios cuando el padre aseguró que *Lobito Chico* era ya un torero como una casa y que desde aquel momento dejaba de vender «polos» en la estación del Norte de Madrid.

Y así fué la cosa. *Lobito Chico* tuvo su traje de luces, su apoderado, su cuadrilla y hasta su jefe de publicidad. La cuadrilla la componen un verdulero, un hombre que por los inviernos trabaja de *extra* en el cine y un fontanero, que nada está reñido aquí con los toros. El jefe de publicidad, un hombre que iba para pintor serio, pero al que le salieron mal las cosas, puso trazos fuertes y colores chillones en los carteles, y el padre y el torerillo dijeron que sí, que aquello les gustaba.

Y por eso le esperamos ahora, hermano, a la hora nueve, en La Puebla de Montalbán, y yo te aseguro que, si llegara el gobernador, no habría tanta expectación. Las mozas casaderas tienen un pálpito dulcísimo, como si les tocara la entretela el ala ingrávida de un amor de leyenda; los mozos chupan del cigarro de picadura y quieren saber si el torerillo lleva dentro más valor que ellos; los viejos recuerdan a *Joselito* y a *Manolete* y les resbala la frase de que, en donde menos se piensa, salta la liebre. Las fuerzas vivas, por su parte—alcalde, boticario, cura y maestro—se limitan a ser objetivos y el borriquillo de la justicia les mueve en la cabeza el escepticismo:

—Veremos si está maduro y se lleva las orejas del toro.

Entretanto, el barrendero limpia meticulosamente la plaza Mayor, que por arte de birlibirloque y de cuatro estacas enlazadas ha quedado convertida en ruedo. El barrendero es hombre que en ocasiones tiene ideas de armonía y se lamenta entre dientes de que la farola de luz quede en medio de la plaza y estropee un poco el conjunto. A la orilla del ruedo, los feriantes, como en una irrupción de nuevos Crispines, montan el tinglado de la fiesta y se abre el tiro a las cintas, y se cuelga una botella de sidra achampanada que viene de las Asturias para aquel afortunado que logre romper la cinta. Y los hombres de las tómbolas—¡ojo, hermano!, hoy han llegado dos tómbolas a La Puebla de Montalbán y vamos a divertirnos con la competencia, ya lo verás—preparan los cacharros, y las muñecas, y comprueban el girar de la ruleta con el mismo estilo que lo haría el *croupier* más elegante de Montecarlo.

Todo comienza a despertar y a estar a punto. Las madres de los niños los preparan con el mismo mimo que si fueran a hacer la primera comunión, y el padre avisa a la rapaza alocada, que baja los ojos:

—Ya lo sabes. De los forasteros, a no fiar.

Al mismo tiempo, los torerillos solitarios, los torerillos que aun no tienen ni cuadrilla, ni apoderado, ni traje de luces, siguen camino, cantando, soñando, bebiéndose el aire de la tragedia:

—A lo mejor está allí un tío gordo; hago la faena y me contrata.

Al alba, caminar, hermano.





La aventura de la capea

Las vacas bravas—ya sabes, hermano, que en las capeas no hay toros—esperan encerradas en un patio típico, en uno de esos patios pelados, abrasados de luz, de las casas castellanas. El sol, para darles la razón a los turistas, echa fuego y castiga. Un muchachito—mandil, ojos pícaros y vivos—vende helados y va a lo suyo, sin contagiarse del ambiente de los chavales de su edad, que toman posiciones sobre la empalizada que limita el terreno del toro.

Los propietarios de las dos tómbolas gritan como condenados y se tiran pullas desgarradas, pullas de esas que son como banderillas que se clavan en la carne. Las balconadas, las esquinas, se pueblan de gente. Yo te digo, hermano, que todo el pueblo está aquí, en la plaza Mayor, que sin duda tiene su pequeña historia, y puede que a lo mejor aquí cayera el Cid en combate y se levantara más furioso y repartiera mandobles

Estas fotos, mejor que las palabras, dicen el ambiente de la capea en La Puebla de Montalbán. El sol, para darles la razón a los turistas, abrasa la tierra toledana. Hay emoción dentro y fuera del ruedo. ¡Ah!, y aquí mismo, a la derecha, tienen nada menos que al torerillo traído de fuera, a «Lobito Chico», el chaval de catorce años—dieciséis oficialmente—, la pequeña gran figura de la fiesta. El grandioso aspirante.



sin tregua, y puede también que el francés pusiera pies en polvorosa en cualquier noche del ochocientos ocho que ululara la tramontana.

La hora de la suerte

Tienes que estar preparado, hermano—en esta Castilla que se muere de sed—, para recibir al milagro en cualquier momento. Ya ves lo que son las cosas. Ahora mismo acaba de salir de la iglesia una pareja de recién casados. Han esperado a que sonara el clarín de la fiesta nacional, a que brillara el anillo de la plaza, para colocarse los anillos con dulzura en el dedo anular. El es pastor de ovejas; ella mueve la rueca y aventa el trigo. Salen de la iglesia y, como aprieta el sol, lo primero que hacen es invitar a los padrinos a un helado. El pastor, por aquello de que un día es un día, se compra un paquete de tabaco rubio. Da no sé qué mirarlos y darse cuenta de que el ramo de flores es lo que le falta a la llanada para ser feliz. ¡Ay, hermano, si hubiera tantas flores en Castilla del mismo modo que hay tomillo!

Y así—¡cuidado, rapaza, no te tiemble el respiro con los torerillos que hoy están aquí y mañana Dios lo sabe!—comienza la capea. Sale al ruedo la vaquilla, negra, fibrosa, con la testuz mágica del pulso de los siglos. Y el primer torerillo que ha llegado, los pies descalzos, el pantalón arremangado hasta casi las rodillas para no tropezar, se acerca a la fiera. Va lento, seguro, altivo como un chopo, y la capa roja parece un trozo de música arrancado a un pasodoble. Da un capotazo al toro. Y otro, y otro más. La plaza ruge, aplaude, se encrespa.

Pero mira lo que pasa, hermano. El alcalde ha dado una orden tajante; el alcalde ha dicho que a la vaquilla sólo pueden torearla los mozos del pueblo y el torerillo ha de retirarse de la plaza y acompañar a un guardia al cuartelillo. Los mozos silban al alcalde, protestan. Todo inútil. El torerillo, la cabeza baja, el corazón cansado por primera vez en la jornada, va hacia la cárcel.

Y tú te preguntarás, hermano, como yo me pregunto, por qué estas cosas. La explicación es clara: en España están prohibidas las capeas. Las capeas son casi un río de sangre que se lleva a la juventud que sueña con llegar a la fama. Y los torerillos lo saben, y saben que en cuanto lleguen al pueblo y en cuanto se enfrenten al toro no tardarán en ser detenidos. He aquí la gran historia, la inmensa, la poética y desgarrada historia de estos muchachos anónimos que jalonan la patria con sus caminatas. Ellos sufren hambre, se cansan, madrugan, sólo por el placer de dar tres o cuatro capotazos al toro. ¿No ves aquí, hermano, nuestra raza gritando sus cosas? ¿No ves aquí la sinrazón divina de un pueblo que sigue fiel a su corazón, que sueña una cosa y, aunque le cierren el camino, se desgasta en el empeño? Y lo más glorioso es que, en muchas ocasiones, estos torerillos llegan a figuras. Sólo hay que llamar a la suerte. Si las astas del toro que se torea a la noche, a descampado, los respetan, estos muchachos entrarán por la Monumental de Madrid algún día, inmóvil la coleta, sereno el mirar, el alma abierta a todas las sensaciones. Yo te digo ahora, hermano, que la llanada de Castilla está llena de rayas gemelas a la de Pizarro. Atrás los cobardes.

El número grande

Se bebe limonada y vino áspero de la tierra. Para las mujeres, la cerveza, por aquello de que parece más fina o es más suave y la galantería está siempre al quite en el hombre de las Españas. A la novia se le compran cacahuetes y avellanas; tantas, que ella tiene que echarlas en la falda y caminar pasito a pasito cogiendo con los dedos dos puntitas del vestido. Los niños se meten por donde pueden; otean por debajo de las tablas, suben a los tejados, se sientan sobre las chimeneas de las casas. La banda de música, encaramada sobre un balcón corrido, echa un pasodoble al aire. Los viejos se sientan en la tribuna. El cura, el alcalde, el teniente de la Guardia Civil, ocupan el palco de honor. Sólo falta ya el torero, *Lobito Chico.*

El muchacho está vistiendo su traje de luces en la mejor pensión de La Puebla de Montalbán, y la cuadrilla ronronea a su lado, atisbando sus mínimos deseos y cumpliendo sus órdenes. El chavalillo, un poco pálido, se pasa la lengua por los labios resecos. Su padre, el carpintero, le da algunas palmaditas en la cara, y suda a chorros. *Lobito Chico*, hermano, tiene un arranque hispánico. Reconoce las cosas:

—No te pesará, padre. Yo llegaré.

Esta frase, hermano, explica muchas cosas. Explica que el padre se lleva gastadas veinte mil pesetas con él en la temporada, porque ya se sabe que al principio hay que pagar las corridas, hay que pagar la cuadrilla, hay que pagar muchas cosas... Y el padre es carpintero, y trabaja día y noche para sacar el presupuesto del niño... Claro que si *Lobito Chico* se aúpa y sale figura...

—A ver... Medio millón por corrida.

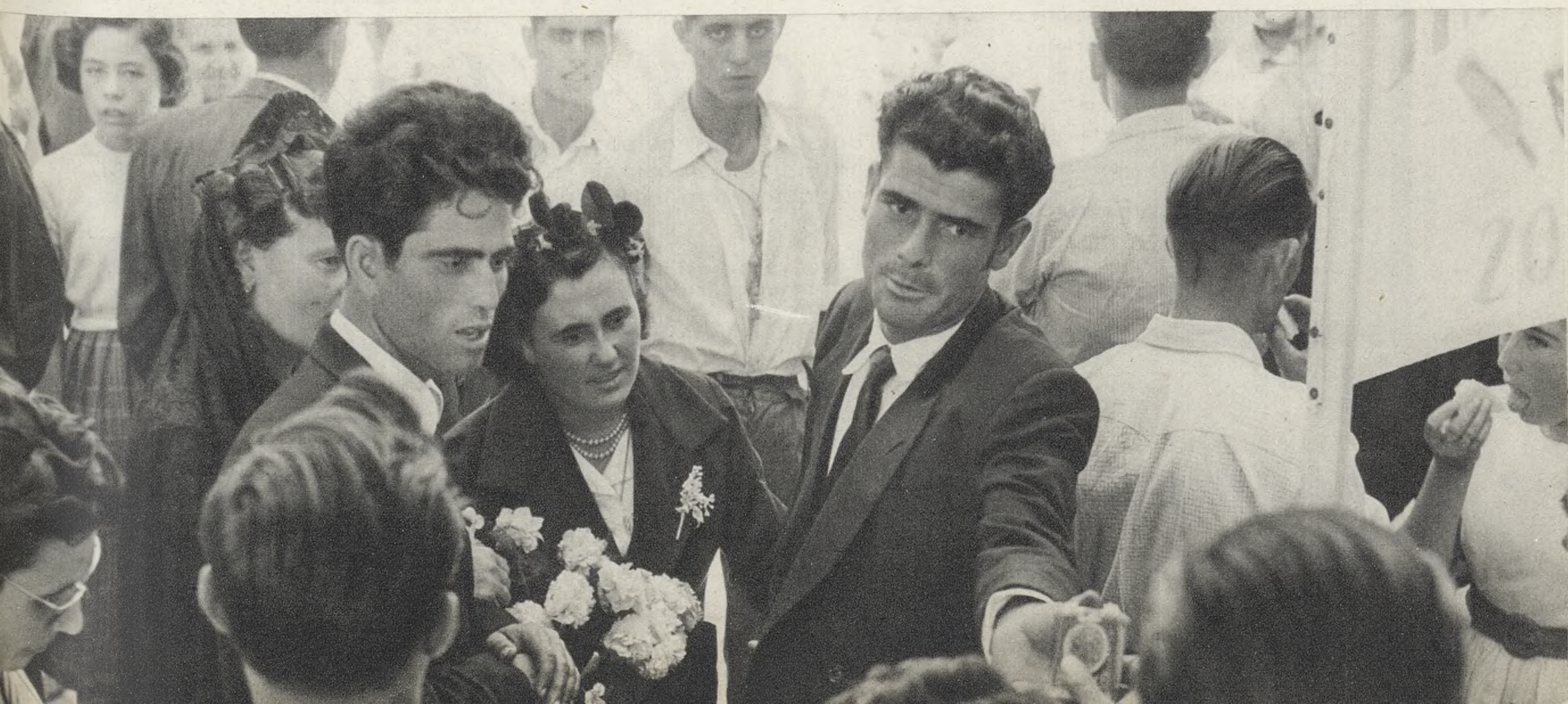
Se entra en la capilla a rezarle a la Virgen. De la plaza llegan las risas, la música de la banda y los gritos de los niños. Y entonces, tras la plegaria, el sobresaliente inicia el camino de la caravana hacia el ruedo y cruza ante unos cangilones de feria vacío, porque el ruedo es una ventosa que ha paralizado todos los festejos.

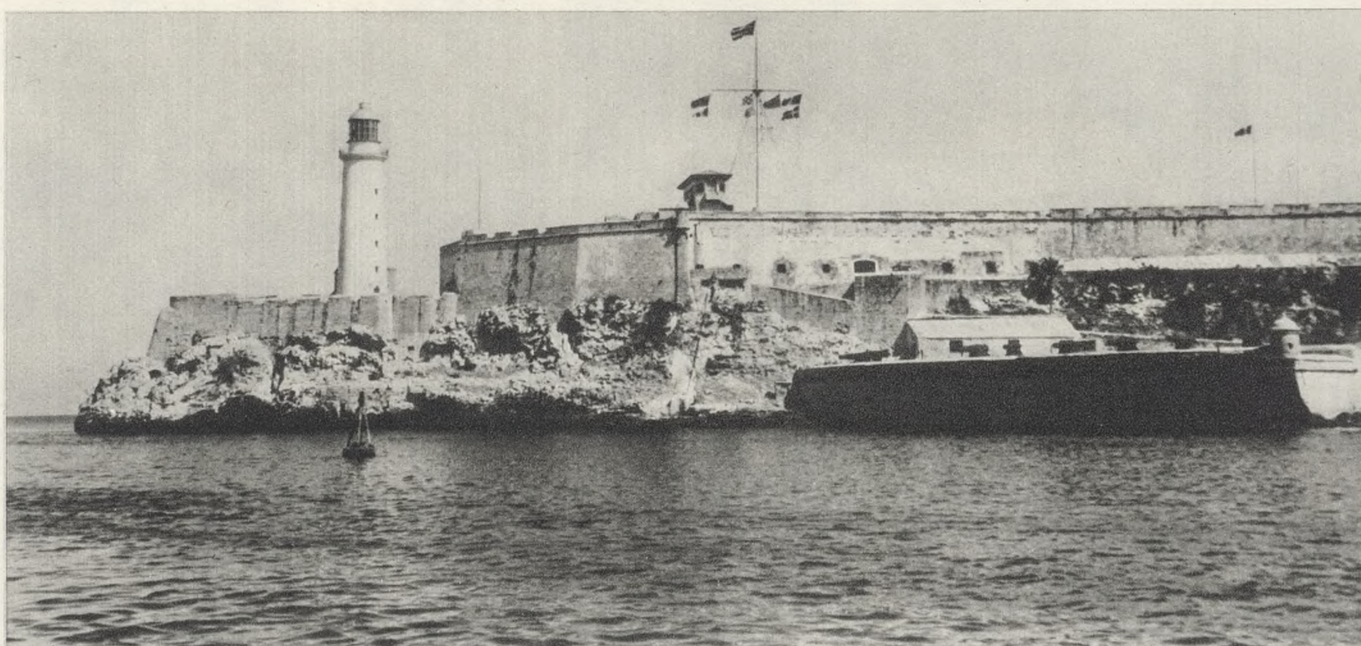
Detrás, hermano, pensando sus cosas, *Lobito Chico.* Y un poco más lejos, en el cuartelillo, el desconocido, el grandioso aspirante a torero, que también, hermano, piensa en sus cosas.

En la llanada de Castilla el sol abre sus ojos para ver salir la sangre del toro, para verla rebotar en la arena.—P. M. H.

Pero, amigos, la vida es así... Mientras el pueblo entero goza del festejo, un muchachito ha de trabajar: «¡Al rico helado!» Y perderse la faena de «Lobito».

Y lo bueno es que ahora mismo acaba de salir de la iglesia una pareja de recién casados. El es pastor de ovejas; ella mueve la rueca y aventa el trigo.





CASTILLO DEL MORRO, LA HABANA - CUBA

El Castillo de los Tres Reyes de El Morro fué construido de 1590 a 1630, período en que se sucedieron tres monarcas en la Corona de España —Felipe II, III y IV— y es el monumento más característico que identifica la ciudad de San Cristóbal de La Habana. Destruído por los ataques que sufrió en 1762, fué reedificado en 1763. En 1845, bajo el gobierno del Capitán General D. Leopoldo O'Donnell, se le adicionó la torre del faro que lleva su nombre y que en el lenguaje familiar de los habaneros se le conoce por "La Farola del Morro".

EL MORRO

Gran centinela que España
quiso regalarle al mar,
como un ojo del palmar,
del tabaco y de la caña.
Allí, junto a La Cabaña,
siempre fiel, siempre despierto,
te das hacia el mar abierto
en borrachera de brisa,
con tu luz hecha sonrisa
sobre la boca del puerto.

Francisco Riveron

EGLOGA TRAGICA

Una obra maestra de nuestra lengua en el Ecuador

Gonzalo Zaldumbide, el nombre máximo de las letras ecuatorianas en la actualidad, es un maestro de la prosa castellana, un clásico de nuestra lengua: el clásico que vive en Quito.

Allá, en un alto valle de los Andes del Ecuador, ante un paisaje maravilloso de volcanes nevados y de iglesias barrocas, un hombre que ha sido durante cuarenta años diplomático de su país en París y en Wáshington, en Lima y en Río de Janeiro, en Santiago de Chile y en Londres, acaricia ahora las hojas de los libros que publicó—«Elogio de Henri Barbusse», «La evolución de Gabriel d'Annunzio», «Cuatro clásicos americanos», etc.—y da su nombre glorioso a una novela que apareció casi clandestinamente, en 1916, bajo el seudónimo de «R. de Arévalo».

«Egloga trágica», que es esta novela, se editó con el nombre de su autor en Quito el año pasado y produjo un deslumbramiento nacional. El Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, a cuya tarea coopera el maestro Zaldumbide desde la presidencia del Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica, acaba de editar en España la misma novela, como primer tomo de unas «Obras escogidas de Gonzalo Zaldumbide», que recogerán todo el legado de uno de los primeros escritores del mundo hispánico.

Nuestros lectores podrán gustar en estas páginas algunos de los fragmentos descriptivos de «Egloga trágica», novela singular, en la que, sobre las tierras y las almas del campo ecuatoriano—égloga de ganados y de indios—, planea una tragedia entre clásica y romántica, un drama de amor y de fatalidad. Todo ello descrito en una lengua única, arrebatada y precisa al mismo tiempo, llena de sabrosos arcaísmos andinos y de perfumados modernismos a la moda de ultrapirineos, una prosa ejemplar, un estilo clásico.

E. DE LA O.

GONZALO ZALDUMBIDE

GONZALO Zaldumbide es actualmente el hombre más significado de las letras ecuatorianas. No hay en su país otro escritor tan universalmente acatado como él. Y es de los pocos hombres de letras hispanoamericanos a quienes se conoce y respeta en cualquiera de nuestras naciones.

A petición de MUNDO HISPANICO, don Gonzalo nos ha contado, con la mesura que le es propia, algunos de sus rasgos biográficos.

Nacido en Quito, cursó Humanidades en Ibarra, ciudad cercana a la «hacienda» en que solía residir su familia; allí, la sombra del tío-abuelo, fundador, titular y donante del colegio, pudo aplaudir al despierto muchacho, que empezaba a mostrar desde entonces lo que llegaría a ser. Los tres años de Filosofía, que eran de rigor en la *ratio studiorum*, los hizo en el colegio de los jesuítas de Quito. Muy poco gratos debieron de ser esos fríos claustros del internado para un adolescente que añoraba la vida de la ciudad campestre, los caballos, los campos, el dulce clima luminoso; pero halló una compensación en su gusto naciente por el arte sabio del silogismo aplicado a las abstracciones metafísicas. Le ha quedado de entonces el sentido del raciocinio estricto y vigoroso, el amor de la sencillez en la claridad.

Vino luego la etapa universitaria, que fué breve—clase de Código y Derecho romano—. Al final del primer año, la primera revelación: su brillante discurso sobre el Ariel de Rodó. El Presidente de la República, al entregarle la medalla universitaria del certamen, entusiasmado por aquel discurso, le otorgó en el mismo acto solemne un premio especial, hasta entonces inusitado: una beca de estudios en París.

En llegando a París se inscribió de oyente en la Sorbona para iniciarse en Filosofía y Letras y perfeccionar su francés, aprendido en Quito.

La famosa beca duró un año. Pero el joven estudiante pudo proseguir

sus estudios gracias a su madre y luego a sus hermanos, que le permitieron desde aquí prolongar su permanencia en París siete años.

Años bien aprovechados, en verdad, aunque muy a su modo. Otro cualquiera lo habría subordinado todo a la obtención de un diploma que lo proclamase doctor en Filosofía y Letras. Zaldumbide hizo algo mejor. Lo que ambicionaba no era un diploma, sino cultivar libremente sus aficiones intelectuales, siguiendo los cursos de maestros de su preferencia. Escuchó a Bergson en el colegio de Francia, a Brockard en la Sorbona, a varios grandes. Leyó detenidamente a Schopenhauer, a Nietzche, etcétera; pero su más definida predilección le inclinaba a la literatura pura.

Desde la adolescencia le había atraído y retenido la celebridad naciente de D'Annunzio. Nos cuenta cómo, yendo una vez en vacaciones de verano a su hacienda—viaje entonces posible sólo a caballo, y de tres días, por caminos cuesta arriba y cuesta abajo, en los cuales las cabalgaduras no podían acelerar su marcha—, iba leyendo, modo insólito de aliviar la fatiga bajo el sol. Recuerda con vivacidad el placer con que, al paso tras paso de las acémilas, cautelosas a través de las empinadas breñas del Guaillabamba, por cuya hoz se precipitaba el río como un tropel de leones acosados, iba leyendo. ¿Leyendo qué? Pues nada menos que *Las vírgenes de las rocas*, de D'Annunzio, y hallando imaginarias correspondencias entre aquella desolación ilustre y la ardiente esterilidad de ese paisaje bravío, cual si estuviese ascendiendo al castillo de ensueño donde languidecían Violante, Maximilia y Anatolia. Años después, su libro sobre D'Annunzio—su primer libro de análisis y conclusiones—le sirve para eliminar de su sensibilidad los fermentos dannunzianos de ese hedonismo estetizante, que había cundido por la Europa decadente de comienzos del siglo.

Le seducían ya otros autores, más sobrios y por lo mismo más duraderos, que le enseñaron sin duda a limpiar de adherencias retóricas el estilo. La metafísica angustia de la soledad del hombre en el universo, sentimiento que halló redivivo en dos obras singulares, *Les suppliants* y *L'enfer*, le hicieron prorrumpir en su *Elogio de Henri Barbusse*, autor entonces no conocido, que no llegó a la celebridad sino con su libro de guerra *Le feu* y con su posterior obra de socialista militante, ajena ya a la literatura.

En 1910, Zaldumbide regresó inopinadamente al país. El viejo pleito de límites entre el Ecuador y el Perú estaba en trance agudo y sus antiguos condiscípulos habían sido llamados a las armas. Zaldumbide no dudó... A su arribo, el conflicto entraba ya en vías diplomáticas.

Volvía a la patria después de haber viajado largamente por Francia, España e Italia, países de su predilección, y brevemente por otros, de turista. Y tal como lo tenía anunciado en la portada de su primer libro (*La evolución de Gabriel d'Annunzio*, escrito y publicado en París en 1909), traía en preparación una novela, intitulada de antemano *El regreso*. Ese «regreso» era el retorno a la tierra natal, ideado con amor y nostalgia. En llegando, efectivamente, fuése a vivir en su heredad campestre, y escribió allí lo que había planeado, su novela, cuya primera parte se publicó por separado en una revista, el año 1916, quedando el resto inédito hasta ahora, en que se publica íntegro el relato. Aquellas páginas de *El regreso* perduraron en la memoria de lectores quiteños, que reclamaban la continuación de su ya célebre pero aun no conocida *Egloga trágica*.

Si *Egloga trágica* no es cronológicamente una de sus primeras obras, es la primera sin duda por su valor: la mayor obra, la obra maestra de Zaldumbide. Y también, a mi juicio, la mejor obra literaria de la literatura ecuatoriana. Ni conozco yo en la literatura de nuestra lengua un dechado de prosa narrativa, y lírica a la vez, que pueda compararsele. El lector puede apreciarlo por sí mismo en los trozos que, con tan feliz idea, inserta MUNDO HISPÁNICO en el presente número. El autor de estas líneas no hace sino reafirmar la convicción expresada anteriormente en su introducción a la lectura de esta novela: estamos ante una obra de estilo superior, fusión afortunada de la más fresca espontaneidad con la más ceñida perfección formal, simbiosis de pasión y geometría, abundancia lírica contenida en límites exactos.

Por las avenidas de esos renglones ubérrimos galopa, vívido y cadencioso, el centauro del verbo, con una vertiginosa precisión, que mantiene tensos sus músculos, gobernándolos para que no excedan jamás. A cada instante parece que su ardor va a traspasar la barrera del límite; pero él llega centelleante hasta ella, gira contra toda expectación en súbita maniobra, y reemprende, una vez y otra, la carrera fantástica. Y su movimiento nada tiene de oratorio. Muy al contrario.

La *Egloga* es, pues, un monumento del estilo. Pero tiene algo más allá del estilo. Revela un alma que lanza a nuestras almas, querámoslo o no, a perspectivas trascendentales del destino humano.

La dramática incertidumbre, a la que en verdad deja sin respuesta *Egloga trágica*, queda abierta a su busca de paz consigo; deja, patente a todos, una puerta que es invitación a hallar la senda. Entretanto —para decirlo en la perfecta fórmula que encontró un corazón íntimamente unido a don Gonzalo—la *Egloga* es obra «de pasión y de compasión», ternura desolada y sin objeto, «símbolo—dice él—de la dicha que nadie logra».

Pero ¿por qué Zaldumbide, con tales dones de poeta y de narrador, apareció, sin embargo, dedicado casi exclusivamente a ensayos de crítica literaria en tres, cuatro libros sucesivos destinados a vasto público? La crítica—y ésta sería la respuesta—, la crítica, tal como la ha intentado Zaldumbide, es una creación tan personal como cualquiera otra, una auténtica proyección subjetiva. Un retrato no es sólo el retrato de una persona, sino a la vez un reflejo del propio pintor. Así, Barbusse, D'Annunzio, Rodó, fueron para Zaldumbide ocasiones de manifestación personal, y él las aprovechó para delimitarse en sus propios contornos, refractario lo mismo a las restricciones que a los excesos.

Mayor lástima fué quizás su verdadero apartamiento de la actividad cotidiana y constante propia de los escritores de irresistible vocación. *Alone*, el ilustre crítico chileno, imputa a «la casaca diplomática» este desvío.

Y es que, efectivamente, Zaldumbide se vió desde muy temprano lanzado a la carrera diplomática. Muy joven todavía, hallábase ya consagrado a la vida de campo y de lecturas, que era la de su intención, cuando un excelente ministro del Ecuador en Lima le llamó para secretario de su Legación. «Mordí el anzuelo», nos dice Zaldumbide, y la inesperada carrera le retuvo sin interrupciones más de cuarenta años.

Su segundo puesto lo devolvió a París de primer secretario. Llegó allá en vísperas de la guerra mundial del 14, fué testigo ocular de ella y apasionado en su amor por Francia. Ocho años después se le promovió *sur place* a ministro plenipotenciario en París. Tras un intermedio de plenipotenciario en Wáshington, fué llamado en 1929 a desempeñar la cartera de ministro de Relaciones, hasta 1932, año en que fué nuevamente destinado a Wáshington, y de ahí otra vez a Francia y a la todavía ilusionante y ginebrina Sociedad de las Naciones.

Su ciclo de Europa se cerró en vísperas de la segunda guerra. Fué llamado a América, y sucesivamente embajador en el Perú, en Colombia, en el Brasil, en Chile; conoció a fondo el continente. Para término y coronamiento de su carrera había anhelado llenar la Embajada de su país en España; se la ofrecieron, y ello habría colmado sus gustos más acendrados, por su fidelidad de siempre a nuestros orígenes, los de nuestra lengua y espíritu. Fué frustrado este anhelo por la vergonzante sumisión de nuestros Gobiernos de países «libres» a esa especie de veto de la O. N. U., que impidió a la mayor parte de ellos seguir «cultivando las relaciones que felizmente existen»—frase consagrada, pero en este caso sincera—con la madre patria, a quien se nos obligaba así a injuriar en un castellano traducido del inglés. En vez de ir a Madrid, Zaldumbide fué de embajador a Londres, y éste ha sido el último puesto suyo en el Viejo Mundo.

Al regresar definitivamente al país halló entre sus papeles aquí olvidados los borradores inéditos de su *Egloga*, que habían permanecido en la sombra más de cuarenta años. El largo encierro no los había marchitado. Su obra resurge ahora intacta y lozana. La *Egloga*—su éxito lo ha mostrado—es más fuerte que el tiempo.

MIGUEL SANCHEZ ASTUDILLO, S. I.

Quito, 1958.

EGLOGA TRAGICA

LA LLEGADA

A los árboles de Pimán,
lejos de su sombra.

... VOLVÍA de muy lejos, al cabo de largos años de ausencia, y mayores distancias de olvido...

Al trote de mi caballo, que, reconociendo el camino polvoroso, apresuraba ya el regreso a la querencia, muertas memorias resucitaban, y me seguían en leve tropel de acompañamiento.

Transmonté con emoción dulce y ansiosa la árida loma, tras la cual, a poco trecho, iba por fin a divisar el pequeño valle donde vive, próvida y risueña, la vieja hacienda, término de mi viaje.

A la distancia, olvidadizo y desprendido, no acertaba a representarme bien la fisonomía ni el alma de este horizonte; pero, al primer golpe de vista, al ver el manto pardo de las laderas, con sus flecos de silvestres verduras y sus remiendos de sembrados trabajosos, reconocí la gracia pobre, la humildad franciscana de sus paisajes. Y el familiar encanto de otros días me penetró.

Era como si estos rudos campos fuesen sensibles a mi retorno y me esperasen para reintegrarme a su manso seno: y al avanzar hacia ellos, en verdad sentíame acogido por el llano entre las colinas como en abrazo que aboliese de pronto el tiempo del olvido.

Su aspecto, para mí nuevo y antiguo, como de amigos perdidos y encontrados, me enternecía oscuramente, cual si una parte de mí mismo, de la vida ya despojada, persistiera ahí presente e inasible.

Mi anhelo prestaba a todo—al lejano monte vigilante, al llano tendido al pie, a las dehesas y sus animales, a los sembrados constantes y a las lomas áridas—el alma, que me desbordaba en una secreta efusión, casi dolorosa, a fuerza de indecible enternecimiento.

Y cuando vi la arboleda oscura, y el caserío rojizo y blanco entre la arboleda, la onda que me venía llenando el pecho afloró a mis ojos, y un velo tenue tembló entre mi alma y el rincón amado. Parecíame que iba a encontrar, aún vivas a pesar de todo, y esperándome, invencibles en su fiel espera, a mi madre muerta, a mi hermana muerta...

Emoción dolorosa y gozosa, alegría rociada de lágrimas, la de volver, hastiado de correr el mundo, a un rincón perdido donde se pueda morir en paz.

Un viento súbito pasó, y fué cual si llevase la nueva de mi llegada a los árboles de la avenida, que, ondulando, la propagaron de fronda en fronda. Rumoreábanla todavía con las mil lenguas ágiles de sus hojas cuando posé bajo las ramas, que se movían como enseñas de bienvenida. También en mi memoria hubo como un soplo que

piqué a mi caballo y desmonté con presteza. Cerca de él se había puesto mamá Chana, la vieja aya identificada a nuestro hogar, depositaria de todos los secretos domésticos y de todas las tradiciones de la familia. De verlos, mis ojos ávidos, prontos en aquel día al enternecimiento, se me humedecieron, de placer, de pesar, y como viendo otras visiones, cual si detrás de esos dos únicos supervivientes se asomaran figuras del pasado.

Los sirvientes, reunidos en torno del apeadero, seguían atentos la muda y entrañable escena de nuestro abrazo, y esperaban su turno. Abracé a todos, sintiendo venir a mí, bueno y tardo, su cariño rústico. Para ellos, volvía yo a existir de veras tan sólo desde el momento en que me veían de nuevo. También para aquesta gente, simplificadora y grave, estar lejos da lo mismo que no existir. Todos se asombraron oscuramente de volverme a ver, venido de tras los montes y mares; y muchos de ellos no acababan de reconocerme. Hasta *taita* Chilca, el criado anciano, que me enseñó aquí a montar y tanto galopó conmigo por estos campos, en mi adolescencia centáurea, tardó algunos instantes en persuadirse. Aunque él se había dicho cien veces: «Ya ha de estar grande *ño* Segismundo, ya ha de estar hombre», yo continuaba siendo en su memoria un chiquillo ecuestre, cuya imagen guardaron sus ojos. Al verme bajar del caballo, le intimidó el hallarme *otro*, distinto, casi extranjero.

Al volver, algo fatigado, a esta inocente campiña, esperaba yo que su paz, añeja y reconfortante, estimulara mi corazón, modelándolo acaso a imagen y semejanza de su sencillez. Viejo abrigo de los amores y vicisitudes de mis padres, de mis abuelos, cuna de mis propios sueños, a medida que me internara en el recinto nemoroso, ejercería sobre mí el influjo pacificador de las cosas ahí acumuladas, lentamente humanizadas al roce de tantas gentes de mi sangre, que ahí amaron, vivieron y murieron.



pasó arremolinando todos mis recuerdos, a modo de hojarasca en la soledad.

De la blanca casa, a quien ya veía sonreír por entre los árboles, salió a mi encuentro Juan José, mi tío materno. De los míos no me queda sino él; los demás se han muerto, o se han ido, que da lo mismo. Así le amaba por todos juntos.

Esperábame de pie, gigante, a la puerta del patio sonoro. Para abrazarlo, vivamente

EGLOGA TRAGICA

EL SALUDO DE LOS INDIOS

Encontramos en la azotea a las mujeres de los sirvientes y de algunos peones, que avanzaban en grupo ceremonioso.

—Vienen a saludarte—dijo Juan José.

Cada una traía, sobre el hombro o sobre la cabeza, o colgando de la mano, ya sea un cesto, ya una canasta o un pañuelo lleno de frutas, de aves, de granos o de huevos.

La mayordoma, después de abrazarme la primera, con ruboroso respeto campesino, me ofreció un enorme ramo de flores—flores del jardín, flores salvajes de las alturas, de los páramos y las quebradas—, como homenaje de la tierra propia y símbolo de que todo lo que en ella crece es para el amo. Luego me echó sobre la cabeza un puñado de pétalos.

Yo también, conmovido con la ingenuidad de aquel rito de antigua usanza, no supe qué actitud tomar ante la campesina cortedad de la mujer. Agradecíle algo embarazado, mientras su hija mayor me obsequiaba, entregándolo a mamá Chana, allí presente, un cabrito lechal inmaculado.

En seguida, la ayudanta me brindó un tesoro en el oro bermejo de las naranjas, el oro verde de las limas, el oro amarillo de los limones ceutís, de sutilísimo aroma. Desfilaron a saludarme las demás sirvientas, cada cual con su rústica ofrenda, ligeramente conturbadas todas en su simplicidad. Luego, las más tímidas y humildes, las indias, mujeres de los gañanes, de los mansos siervos de la gleba, pasaron obsequiándome *pañuelitos* de huevos frescos, racimos de plátanos, gallos, gallinas, conejos recién cazados, primicias de sus *huasipungos*, y otros cuantos aperos para henchir la despensa. Me confundía tanta gentileza, y repetía inútilmente: «Basta, basta.» Iba abrazando a todas aquellas pobres mujeres, agradeciendo aquel tributo ingenuo, oliente a bondad del campo y tradición antigua de esta tierra hospitalaria y desprendida. ¿Dónde más encontrar el candor con que esta sencilla gente me daba la bienvenida y me reconocía amo y señor del lugar, como antes a la ama grande, a mi madre, y a cuantos paternalmente poseyeron la hacienda con sus pobladores?

—*Su mercé* perdone la pobreza—dijo la mayordoma, excusándose del improvisado recibimiento—. Si con tiempo hubiéramos sabido que *su mercé* iba a llegar, hoy día toda la gente de la hacienda le hubiera salido al encuentro. Hubiéramos hecho arcos en el camino, y a la entrada uno más grande, de ramos y de flores, con toda clase de frutas colgando del arco. Las cuadrillas de indios danzantes hubieran venido bailando alrededor de los caballos, y el de *su mercé* hubiera venido encintado desde el lindero, tirado por los priostes y seguido de la banda de música del pueblo. Una longuita racional hubiera aprendido de memoria la loa de salutación para decirla delante de *su mercé*, deseándole buena llegada. Y toda la peonada hubiera pedido al patrón un día de toros y algunos barriles de aguardiente para continuar el baile... Pero, viniendo así, de repente, no ha habido campo de preparar nada, niño. *Su mercé* perdone.

Luego, bajando la voz, añadió:

—Si la patrona viviera, todo hubiera sido de otro modo.

Se alejaron—las tres cholas delante, las indias detrás—en grupo sórdido y triste. A éstas les di, al despedirse, un poco de dinero. Recibíanlo besándome la mano y no osaban tocarla con las suyas, terrosas, agrietadas, de dedos sarmentosos como raíces; para llevarla a los labios me la cogían entre los pliegues del rebozo. De verla fina y pálida, exenta de los callos del trabajo, parecíales, sin duda, insignia de la casta dominadora, de la nobleza del blanco.

EL ORDEÑO

Bajé a asitir al ordeño. Juan José, que siempre está en pie temprano, vino, como de costumbre, a desayunarse con un vaso de leche recién ordeñada. Una india se la traía espumante y cálida, todavía humeante del buen calor animal. Parecíame que bebiese a grandes sorbos la paz y la ecuanimidad.

Su genio sano y agreste se complace en aquel espectáculo, que continúa, en el candor de cada mañana, la inmemorial unión, casi fraternal, del campesino con sus animales, mansos y dadivosos. Desde que el hombre ancestral, ingenioso y previsor en fuerza de la necesidad, comenzó para sustentarse y acompañarse en medio de la tierra hostil a domesticar animales, aquel cuadro era el mismo de ahora. Y su antiquísima poesía, a través de las edades, se conservaba más pura ahí, entre esa gente arcaica y su marco rústico, por el aspecto de remotísima antigüedad que le dan las indias ordeñadoras, con su vestido aun barbárico y su alma en todo primitiva. Ultimos salvajes domesticados, vástagos postreros de la gran raza selvática, conservan aún la sencilla, ruda belleza de mejores tiempos.

Se acercan, con los pies desnudos sobre el lodo, a la bestia, siempre temerosa: le atan con un cabestro las patas, y en cuclillas, exprimiendo con dedos ágiles las tetas carnosas, rosáceas, hacen brotar, vivo y rápido, de la ubre, plena y pelosa como un odre, el chisguete, que al caer en el recipente espuma a blancos borbollones. Las vacas se están ahí dormilentas, ruminado cual si meditaran, mientras hambreados, los becerrillos berrean. Un mugido de ronca ternura les sale de tiempo en tiempo de las potentes entrañas, y cuando el hijo, parido con dolor y amor, puesto en libertad, se abalanza a mamar sin ver, sin responder a la madre, que lo olfatea cual si lo besara, la expresión maternal, casi humana, de sus lentas pupilas, es insondable. Flota en su mirar cargado de horizontes un oscuro ensueño. Adormecidas de mansedumbre, resignadas a no comprender nada del misterio del hombre, que les habla como un dios, imperioso y familiar; ligadas a la querencia por una especie de entrañable apego, van por la tierra, guiadas por el espíritu primordial, graves y fecundas, lentas en el ritmo eterno.

LA DOCTRINA

A la segunda mañana, despertéme con el alba, al ruido de la «doctrina».

A la voz del indio mayoral, que conducía el rezo, los gañanes, en coro, hombres y mujeres, repetían cada versículo de la sagrada enseñanza. Distinta, sólo se oía, como un eco, la última palabra, repetida en voz más alta que el comienzo, de cada frase entrecortada, de ritmo borbotante y desigual. Decían, en lengua bárbara, confusa:

—Cada fel cristiano—está moy oblegado—a tiner divoción—al Santu Sacramentu;—signar, persignar,—tres croces:—la premer, en la frente,—par qui libre Dios—di malus pensamentus;—la sigonda, nel pechu,—par qui libri Dios—di malus sentimentus;—la tircera, en la buca,—par qui libri Dios—di malus joramentus.—Pur tantu...

Desde los tiempos de la Conquista continuaba, igualmente vano, aquel modo de acristianar. De cuatro a cinco de la mañana, todos los sábados, cada campestre caserío resuena con el murmullo de los indios congregados para loar al Dios del blanco. Incúlcanseles de memoria los mandamientos y misterio del culto extraño: poco importa que no entiendan la intención ni el símbolo de los ritos, que practican a la fuerza, como autómatas. Desposeídos en siglos de todo discernimiento, de toda personalidad, aceptan el Dios ajeno, perdido el culto del propio dios de su tierra; y la religión afirma, aumenta, su útil estupor de esclavos. Su mente obtusa prolonga el miedo del blanco en las tremendas amenazas del Dios venido a conquistarlos. Preciso es obedecerle: lo manda el amo.

Mi padre, pesimista compasivo e irreligioso, había suprimido en la hacienda la antigua práctica. Quería tan sólo que su gente fuese menos triste, menos medrosa de alma y cuerpo: que creyeran lo que quisiesen su tradición, su raza, su anhelo, en una religión que se les parezca, hecha a imagen y semejanza de sus corazones. Quería tan sólo desbastarles un poco el alma, todavía en bruto, humanizarla más en la vida sin inquietarla con el más allá. Para libertarlos de la esclavitud del concertaje, superviviencia de las encomiendas coloniales, había adoptado para los siervos de su gleba la forma de trabajo más liberal: por el lote de tierra, que les daba a cultivar para ellos solos, pa-



gaban a la hacienda tres días de servicio en la semana.

Después de su muerte, mi madre restableció la vieja costumbre de la «doctrina». La bronca salmodia venía ahora de la puerta de la capilla. Terminado el catecismo, brotó la salve, cantada en tono de lamentación. Era impresionante. Toda la tristeza cristiana se sumaba con la tristeza del indio en aquel son de súplica plañidera, extraño consorcio de la angustia supraterrena mezclada a la primitiva y elemental del simple drama de ser y de padecer, sin saber y sin protestar. En ese cántico de patética melodía, los indios sentían el fervor oscuro y taciturno del pecador que implora una ayuda desconocida para su miseria.

Terminada la acción de gracias, el mayordomo corrió el padrón de la gente para saber quiénes habían faltado a la doctrina. Tenía a dos manos la larga tabla en que se hallaban inscritos todos los nombres de la gañanía; a cada nombre correspondía un agujero marginal, por donde pasaba un pabilo, retorcido, anudado a los extremos: si a la lectura del nombre no respondía el *binditu alabadu* del nombrado, señalábase la falta para el castigo, corriendo hacia afuera el cordoncillo.

Se dispersó la peonada. Solos o en grupos, se encaminaban, los que debían aquel día de trabajo, a la tarea que el mayordomo les había asignado. Pronto pobló los campos la animación de la labranza. Y en la alegría de la mañana desaparecía la impresión de la esclavitud, y sólo era sensible el encanto de la vida antigua, saludable y fácil.

EGLOGA TRAGICA — *EL RONDADOR*

A lo lejos sonó un rondador. Era algún peón que, terminado el trabajo en la hicienda, regresaba a su choza distante, dando al viento su alma gemebunda en las siete cañas desiguales.

Tras la fatiga diuturna que le embrutece, teniéndole con los ojos y la mente oscura clavados en el surco, que va regando con el sudor de su frente, el indio, por un momento, olvida su mísera condición, liberta su anhelo recóndito en la rústica melodía. Su triste y salvaje música parece decir a un tiempo su pena y su pobre esperanza. Sus sentimientos cautivos se exhalan todos, oscuros y hondos, en esas notas de inconsciente melancolía, siempre igual, resignada y tarda. Parecen mecerle y adormecerle, como cantándole: «Hijo de la gleba, vástago de florida estirpe, antes dueña y señora del suelo, hoy pisoteada y servil, tendrás hasta el fin de tus días que arar la tierra que ya no es tuya y cosechar para el amo; e igual que penaron tus padres y tus abuelos, penarán tus hijos, y así será mientras el blanco fiero beba de tus fuentes, viva de las mieses que tú cultivas, regale su vista en la abundancia de los rebaños, pobre indígena desposeído.»

El tono cambió de ritmo, se hizo más suave; parecía modular una consolación. Era cual si otra voz le dijese: «Apura el paso, que en el umbral de la choza, o junto al fogón en que humea la simple cena campestre, tu mujer te espera. Durante el día, tus longos pastaron tus cuatro ovejas; tus dos bueyes están ya dentro del cercado, rumiando como quien se acuerda. La siembra próspera grana en el huasipungo que te prestó el amo, y es, en realidad, cual si fuera tuyo. ¿Qué más quieres? ¿Qué otra cosa amas en el mundo? ¿Qué otra clase de vida concibes? De lo perdido, ya ni te acuerdas. Has hallado en tu servidumbre, y en el olvido de ti, una especie de triste felicidad; felicidad de los infelices que ignoran, callan y posan...»

Flotaba la música silvestre como el aroma de las lomas áridas. Era la voz ingenua del alma agreste, y sus sencillos acordes se dilataban en la tarde quieta, al igual del humo del hogar que inciensan las humildes chozas prosternadas. Es el ritmo hereditario que aduerme en sus pechos la rebelión, les enternece y ablanda el rijoso instinto que en ellos suple el amor.

A medida que el rondador se alejaba, la quejumbre de su melodía volvíase más patética. Aunábase a la tristeza crepuscular de aquella tarde cansada en el paisaje árido. Creíase oír en ella la desesperanza ignota transmitida por los antepasados a los continuadores de la secular servidumbre, la melopeya cansina de una raza próxima a extinguirse. Su misma pobreza de alma era conmovedora.

Me encaminé a la casa. El viento nocturno barría del cielo, ya apagado, el resto de la ceniza crepuscular, despejando el naciente, donde la luna insinuaba su tímida transparencia.



EGLOGA TRAGICA — *EL ARBOL DERRIBADO*

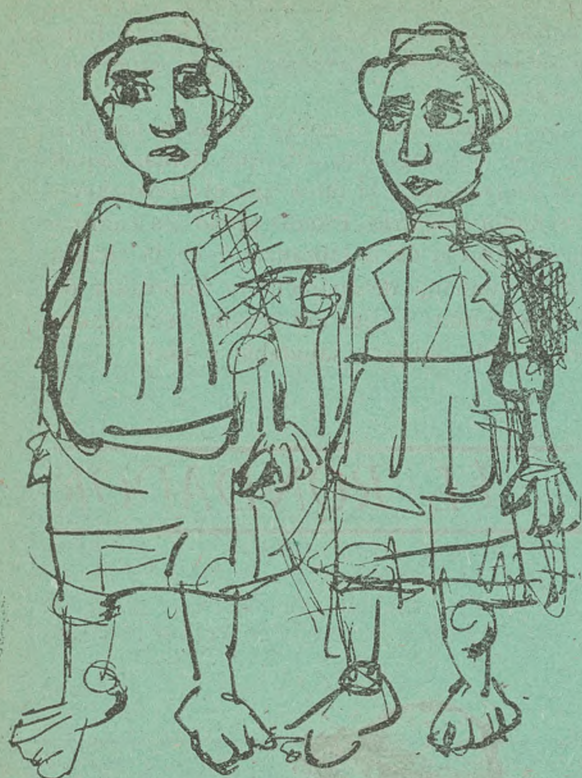
LA noche anterior, un viento huracanado y loco sopló en el valle, y el eucalipto enfermo, de hojas que habían blanqueado al secarse, el árbol cano, aquel árbol exangüe y paralítico, no había podido resistir al embate. Amaneció medio tronchado, agarrado todavía, como en una convulsión de su raigambre, a la tierra dura. Se veían, a modo de enormes dedos crispados, sus raíces leñosas, hincadas al suelo. Se había inclinado a la casa de servicio, amenazando su techumbre. Un acceso más del viento, y la aplastaba.

Era preciso tumbarlo hacia la loma.

Antes de ir a las tareas respectivas, todos los indios venidos al trabajo fueron puestos a la imprevista faena. Se les dió en recompensa una copa, y, excitados a la obra en común, las voces y las opiniones animaron la escena, sólo para mí patética. Yo amaba aquel árbol, hasta última hora tan erguido, que parecía que iba sintiendo la lenta y continua ascensión de la muerte, de las raíces a la cima, y resistía sin abandonar una sola de sus hojas, obstinado y fiero como un hombre fuerte que quisiera morir de pie, según su voluntad estoica.

Treparon entre el vocerío dos longos a lo alto de la ramazón para atar en ella cabestros, de cuyo extremo, pendiente hasta el suelo, debían halar los peones, llegado el momento de derribarlo. Y en seguida comenzaron las hachas a hacer tajos en el tronco. Penetraban en la madera recia y salían rechinando, remordidas por los labios de las mismas heridas que abrían. Golpes horizontales intersectaban de tiempo en tiempo los repetidos cortes oblicuos, y saltaban entonces gruesos gajos de corteza, dejando a lo vivo la pulpa amarillosa, por cuyas fibras la savia había cesado de correr hacía tiempo. La herida se ensanchaba sin sangrar jugo ninguno, resecada de antiguo la savia por el ignorado mal. Cada hachero ritmaba los dos tiempo de su mandoble, modulando el resuello en un ronco *ja-han*.

Repercutían los golpes, haciendo temblar las hojas, los pequeños cuescos de semilla muerta a medio cuajar, que colgaban de ramillas finas y fibrosas. Tiraban los peones de los cabestros, todos a una, dando en coro voces guturales. Reían a cada partida en falso, burlándose sin malicia unos de otros, increpando al árbol, que no se dejaba vencer. Un longuito vivaracho, de seis a siete años, ojialegre y bullicioso, en quien no se marcaba todavía la tristeza cohibida de la raza, feliz de crecer sin traba a la intemperie, como un animalillo suelto, iba y venía curioseando, tirando de los ponchos a los conocidos, agarrándose de la cuerda a cada tirada, persuadido de ayudar a la colosal faena. Continuábanla todos de buen humor;



tomáronla desde el principio como un trabajo de recreo, y les excitaba una especie de instinto retozón, cuya libertad cortaba apenas mi presencia desde el corredor. Y al verles jugar así, broncamente, entre ellos, de puro gusto físico, me admiraba de verlos. tan cerca aún de la infancia humana, sumidos todavía a medias en la inocente animalidad.

Ya el tronco crujió, atacado por las hachas hasta la médula. Tirando de los cabestros tensos, más de veinte indios contrarrestaban la inclinación del árbol sobre la casa, mientras otros tantos halaban de las cuerdas atadas a la ramosa copa hacia el recuesto adonde se quería tumbar el gigante muerto. ¡Oíase más sonoro el *ja-han* alterno de los dos hacheros dando los últimos golpes!

Estaban todos alerta. A cada hachazo, el árbol entero se estremecía, como si el dolor le hubiese llegado a un nervio recóndito aun sensible y le recorriera hasta la punta de las hojas. En fin, un crujido más largo y más áspero, el del primer desgarramiento.

Un gran esfuerzo final, todos a una, y el gigante, vencido, se abatió. Su ramaje hizo, al caer, un vórtice de aire. Los peones corrieron todos hacia los lados, y cuando el tronco retumbó contra el suelo, miráronse instintivamente unos a otros, por si acaso alguno...

Mas yo vi, con ojos turbados por el espanto, que una rama, como un brazo, como una mano certera, cogió a alguien al caer, y lo aplastó.

Di un grito y señalé el punto:

—¡Lo ha aplastado!—exclamé, y adelantéme a los demás, de súbito inmutados.

El palo había quedado a caballo sobre el tapial que separaba de la loma la casa; pero la ingente ramazón cubría el principio del declive en el recuesto. Vi debajo del tronco el color de un poncho. Cuando me acerqué, una pierna pequeñita, medio libre entre dos ramas delgadas, removía, encogiéndose en los calambres de la muerte. ¡Era el longuito!

Habíalo cogido la rama más fuerte y más larga, que se bifurcaba casi al extremo, cayéndole sobre los hombros de tal manera, que la cabecita emergía, de la nuca arriba, al vértice de la horqueta. Antes de verlo imaginé ya la frente rota, la nariz abollada, los pómulos triturados, la quijada deshecha. ¡De bruces, la cara contra el suelo, del cuerpecillo sembrado en tierra no sobresalía sino aquella pierna, segundos después inmóvil, apagadas las últimas crispaciones en los dedos del pie desnudo!

Imposible levantarlo. La rama lo tenía acogotado con un ademán homicida, ciego. Fué preciso aserrarla...

Sacamos el pequeño cadáver ya frío. De lo que fué su rostro no quedaba sino una masa sanguinolenta y huesecillos rotos. El golpe, mortal, en la nuca, había hecho saltar los ojos fuera de la cuenta, rota; reventados contra el suelo, guardaban, húmedo de humores, el polvo que los había cegado. Sobre los labios magullados, la punta de la lengua, remordida, sangraba llena de tierra.

No lo reconocí. Un rumor recorrió el grupo de indios, entre aclamaciones:

—¡Guagua de mayoral ha sidu, ve, pes, pobre guagua!

EGLOGA TRAGICA — *EL DESCASTAMIENTO*

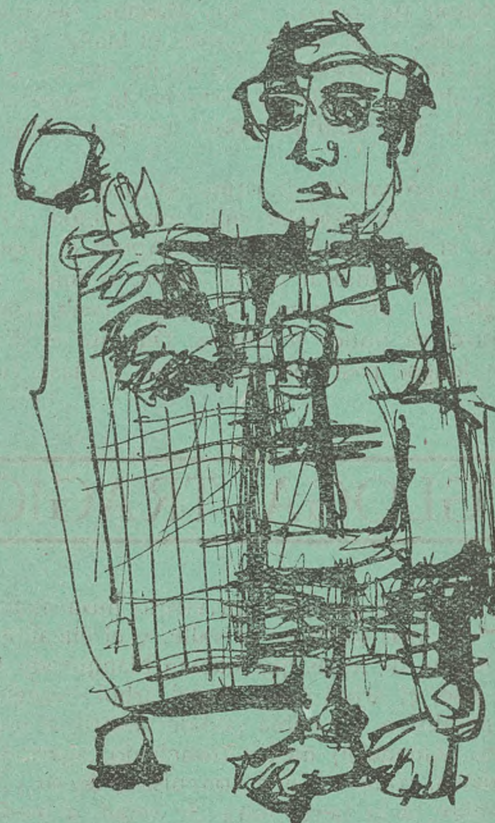
El momento que pasé en la biblioteca topé, por casualidad, pero precisamente, con un ensayo que publiqué, escrito en Francia, sobre lo inestable y precario del equilibrio del hispanoamericano que va a nutrirse de buenas letras en Europa y se encuentra abocado a una dualidad o bifurcación de su destino intelectual. Se lo mandé a Juan José, quien me escribió larga carta, referente a ese ensayo sincero de conciliación de la cultura extranjera con un genuino y desinteresado amor patrio. Y se me vino a las mientes que, tal vez, esa especie de dilema ahí expuesto y resuelto le haya servido de piedra de toque para juzgar de mi posición espiritual como la de un inadaptable. Pues a poco andar tuvo entonces ocasión de mandarme un periódico de Quito, en que se me denunciaba como un renegado, como un descastado, pretencioso y fatuo, en un comentario, mezquino y tonto, e intencional, de la lectura de esas páginas en que yo había descrito la dramática perplejidad, y feliz conclusión por lo alto, de esa doble fatalidad. «Ya ves—me escribió—lo imbéciles que son los *intelectuales* de por acá, lo cerril de su patriotismo», etc. Me acuerdo de las expresiones de Juan José, y conforme a ellas, repliqué—intitulando mi artículo «Un imbécil»—al majagranzas que se metió a mordicar como una rata en un amigo desprevenido.

Juan José había abundado siempre en el sentido de mi exposición, comprendiendo a fondo el fatalismo de esa ambigüedad, de esa dualidad, común a todo espíritu americano amante de cultura superior, europeizado, es decir, universalizado de entendimiento pero no de afectos ni de intereses; obligado a nutrir su inteligencia de pan ajeno, mientras su corazón sigue adherido al terruño propio, aunque éste no dé ese pan candeal, o para que llegue a darlo.

Precisamente, lo que yo había descrito era lo postizo de nuestra condición en Europa, de aprendices que no llegarán a maestros en Europa, de aspirantes a maestros que no tendrán en su América con quien compartir lo que ganaron en Europa, aunque en Europa tampoco hallaron europeos con quien mancomunar su afán.

Yo no había predicado ni practicado el descastamiento. El reclamo de la querencia nativa, la indestructible fidelidad interior, el amor filial, el aislamiento sentimental en el extranjero, la falta de contacto fraternal con las cosas y los seres propios, nos traen memoriosos y nostálgicos y nos inclinan al retorno espiritual. Si alguno puede desoír esas voces de llamamiento, para el tal no existe el conflicto en que he ahondado, y que daba vida, nervio y autenticidad a mi observación.

Si a menudo el que regresa no halla en nuestros países, todavía incultos e ignorantes, sino ignorancia y desdén de las ideas que él cultivó; si a menudo el retorno no basta a consolar de todo lo que cercena, también es verdad que, nutrido el espíritu con lo más acendrado del espíritu europeo, siéntese, sin embargo, en Europa aislado, inestable, transitorio, inútil, y su acción, desorbitada. La voz de la inteligencia, claro, distinta, irrefutable, le retiene en el dominio ajeno, dándole por compañeros tan sólo libros y por refugio tan sólo museos; nada viviente ni hermanable entre amigos casuales, que no lo conocen, y maestros, que lo descorazonan. Al propio tiempo que la voz de la sangre, sorda, potente, confusa, irrevocable, le reclama su tierra, su hermano, su compañero, de quienes, empero, le alejan distancias intelectuales y le desvían sus aspiraciones más íntimas y le diferencian su multiplicada sensibilidad y sus predilectas lecturas.



Dos patrias tiene así, inacordes, inacordables: la de la inteligencia y la del sentimiento, la de la vocación y la del destino, y ambas le mutilan de algo, se lo disputan, dejándole siempre baldío e insatisfecho. Dos patrias—la patria abstracta, exaltante y helada; la real, casi adolorida de insuficiencia—le hacen clamar, entrambas, por un

ideal de patria única, total, en que la cabeza se llene de lo mismo que reboza del corazón; en que las más altas ciencias de la inteligencia surjan de lo más profundo de su propio suelo, sin ayuda extraña. Ese y no otro era el drama, intelectual y sentimental, que yo había descrito en aquella larga disertación, pintándolo, quizás, con excesivos colores y con matices quizás demasiado sutiles, si bien es cierto que entonces, hace años ya, unos y otros eran de suyo más vivos.

Culpa mía no fué si el majagranzas de mi historia los trastrocaba, ignaro y malévolo, a punto de merecer que le «levantaran los fondillos y le dieran una azotaina», como le dijo el entonces famoso Tuerto Calle.

Pero Juan José jamás se equivocó, y menos al verme llegar y sumirme encantado en el seno nativo. ¿Cómo, pues, podría él ahora, a tan poca distancia en el tiempo y tan cerca en el espacio, temer en mí un extranjerismo que pudiera apartarme de Marta y de mi destino? No, no debe ser esa inexistente disparidad lo que le induzca a creerme diferente de Marta, tan genuina flor de la tierra.

Seguramente, no lo ha pensado, al aludir, como aludió, a su poca fe en mi permanencia en el rincón natal. Tienen que ser otras sus dudas. ¿Cuáles, cuáles? Y mi cogitación volvía a querer ver claro en la reserva y mutismo de Juan José.

Fuí a acostarme temprano para madrugar y alcanzar a Juan José antes de que saliese, como solía, sin buscarme ni decirme hasta luego. Dormí tranquilo.

Tres días después llegaron los caballos, despachados por Juan José, sin nuevo llamamiento, ya superfluo.

¡Qué retorno el mío!

Cuando divisé, de la última loma, la arboleda oscura y el caserío rojizo y blanco entre la arboleda, la onda que me venía llenando el pecho afloró a mis ojos—tan amarga esta vez, en vez de la tan dulce de aquel mi primer regreso—, y otro velo—tan fúnebre esta vez, en vez de aquel otro tan tenue—tembló entre mi alma y el rincón amado.

... ...

¿Detalles? ¿Para qué? Sin embargo...

Juan José me esperaba, de pie, a la entrada del patio, ahora mudo. Gigante vencido, encorvado, deshecho en llanto, era ahora tan pobre cosa como yo mismo.

A nuestro silencioso sollozar juntábase, en mi alma, a mis solas, el lamento de Marta. ¿Adivinábalo Juan José? Oírlo no podía, ese lamento que sólo yo oía en mí.

Ese lamento nos separaba. Lo acallé en mis adentros. Bien es cierto que ese lamento de Marta era también por él, por Juan José. «¡Pobre Juan José!», decía, y en verdad, ¡pobre Juan José! La compasión, la piedad de Marta, nos unía. Mísero yo, mísero Juan José. En verdad, sólo Marta vivía, ya inmune.

... ...

Mama-Chana no había podido salir a recibirme. Guardaba cama. Sin duda para morir. Fuí a verla. Entre lágrimas me contó lo que había acontecido en El Pinar durante mi breve y tan larga ausencia.

Mama-Chana, al no hallar a Marta en su cuarto una mañana, la buscó toda la mañana, la buscó en el huerto, la buscó en la capilla, la buscó en todas partes...

Había sido el huasicama quien la descubrió. Vino a decírselo, acezando, espantado:

—¡Ña Marta se ha caído al estanque!

La pobre vieja, cayendo y levantando, sostenida más por su angustia que por sus piernas endebles, había avanzado hasta el borde del agua.

Flotaba ya el cadáver, rebalsado, junto a la orilla, entre ramas.

¡Dulce Ofelia de este perdido rincón del mundo! No enloqueció de dolor como la otra, la amada de Hamlet. Su alma pura se sublimó, de suyo, por sí sola, cándida y leve como en vida, para amar mejor, de «su otro mundo».

No sabiendo qué hacer, Mama-Chana habíase quedado ahí, velando el cuerpo flotante, hasta que vinieran en socorro.

La pobre vieja había recobrado los ánimos tan sólo para ordenar: que vaya un posta, volando, a llamar al patrón.

Despachado el mayordomo al instante, al otro día llegó Juan José.

... ...

Sacaron del agua el cadáver. Lo inhumaron en la capilla, al lado de la madre.

Y Mama-Chana fué a tenderse en su lecho, a dormir, ya inútil para el resto, y como si para ella comenzara el sueño eterno, sobre sus miembros gastados, sobre el alma ya exánime. ¡Pobre vieja!

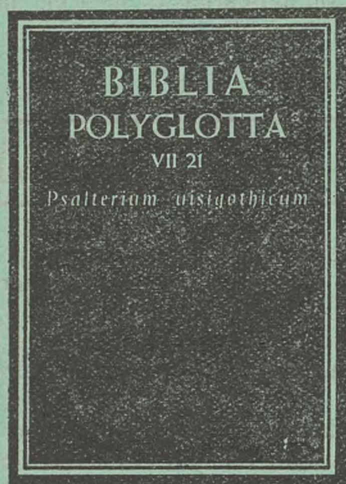
Con ella se acababa la vida antigua.

Quedábamos tan sólo Juan José y yo, supervivientes de nosotros mismos.



Consejo Superior de Investigaciones Científicas

Biblioteca de Autores Cristianos



BIBLIA POLIGLOTA MATRITENSE

(BIBLIA POLYGLOTTA MATRITENSIA)

VOLUMEN 0: PROOEMIUM

(en latín y castellano)

SERIE VII, 21: PSALTERIUM

Por

Mons. Dr. TEOFILO AYUSO

Considerado como la primera autoridad mundial en lo que se refiere a la *Vetus Latina* y a la *Vulgata Hispana*. Posee, filmados o fotocopiados, la totalidad de los códices españoles y extranjeros relativos a ambas series de la Poliglota, y ha trabajado exhaustivamente en la colación de todos los textos.

Consideramos ocioso subrayar la singular trascendencia de esta obra que realizan conjuntamente el C. S. I. C. y la BAC. España ha agrupado sus mejores especialistas de renombre internacional, les ha dotado de medios científicos, y el primer volumen sale después de diez años de trabajo.

La seriedad científica en la preparación de la obra y la exquisita presentación tipográfica son tales, que el copioso aparato crítico del primer tomo, con decenas de miles de referencias numéricas a Códices, ha salido limpio de erratas.

Las anteriores Biblias poliglotas (ediciones de Alcalá de Henares de 1514-17; Amberes, 1569-72; París, 1628-55, y Londes, 1654-57) eran sinópticas porque no llevaban aparato crítico. Es decir, agrupaban todos los idiomas en una doble página.

Hoy todo el valor está en el aparato crítico, que confronta las variantes de los códices, y la Poliglota ha tenido que ser ordenada por series idiomáticas. Cada tomo expresa con claridad en un número romano la serie idiomática a que pertenece y en un número arábigo el libro o libros de la Sagrada Escritura que contiene.

Cada serie está siendo preparada por un grupo de especialistas dirigido por profesores. Dichos directores de las diversas series son:

I.—ANTIGUO TESTAMENTO HEBREO
PROF. DR. FRANCISCO CANTERA Y BURGOS, catedrático de lengua hebrea en la Universidad de Madrid.
PROF. DR. FEDERICO PÉREZ CASTRO, catedrático de lengua hebrea en la Universidad de Madrid.

II.—NUEVO TESTAMENTO GRIEGO
DR. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I., (†).
DR. JOSÉ O'CALLACHAN MARTÍNEZ, S. I., profesor de lengua griega en el Colegio de Estudios Clásicos de Raymat (Lérida).

III.—ANTIGUO TESTAMENTO GRIEGO
PROF. DR. MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO, catedrático de filología griega en la Universidad de Madrid.

IV.—ANTIGUO TESTAMENTO ARAMEO: A) *Targum palestinense.*

V.—ANTIGUO TESTAMENTO ARAMEO: B) *Targum Onquelos y Yonatán.*
PROF. DR. JOSÉ MARÍA MILLÁS VALLICROSA, catedrático de lengua hebrea en la Universidad de Barcelona.
PROF. DR. ALEJANDRO DÍEZ MACHO, catedrático de lengua hebrea en la Universidad de Barcelona.

VI.—ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO SIRIACO
PROF. DR. IGNACIO ORTIZ DE URBINA, S. I., profesor de patrología en el Instituto Oriental de Roma.

VII.—VETUS LATINA

VIII.—VULGATA HISPANA
MONS. DR. TEÓFILO AYUSO MARAZUELA, profesor de Sagrada Escritura.

IX.—NUEVO TESTAMENTO COPTO
DOM PAULINO BELLET, O. S. B., del «Scriptorium Biblicum» de la abadía de Montserrat.

X.—VERSION CASTELLANA
PROF. DR. FRANCISCO CANTERA Y BURGOS.
DR. JOSÉ O'CALLAGHAN MARTÍNEZ, S. I.

PIDALA A SU LIBRERO

y si no la tiene a

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. Alfonso XI, 4 - MADRID





